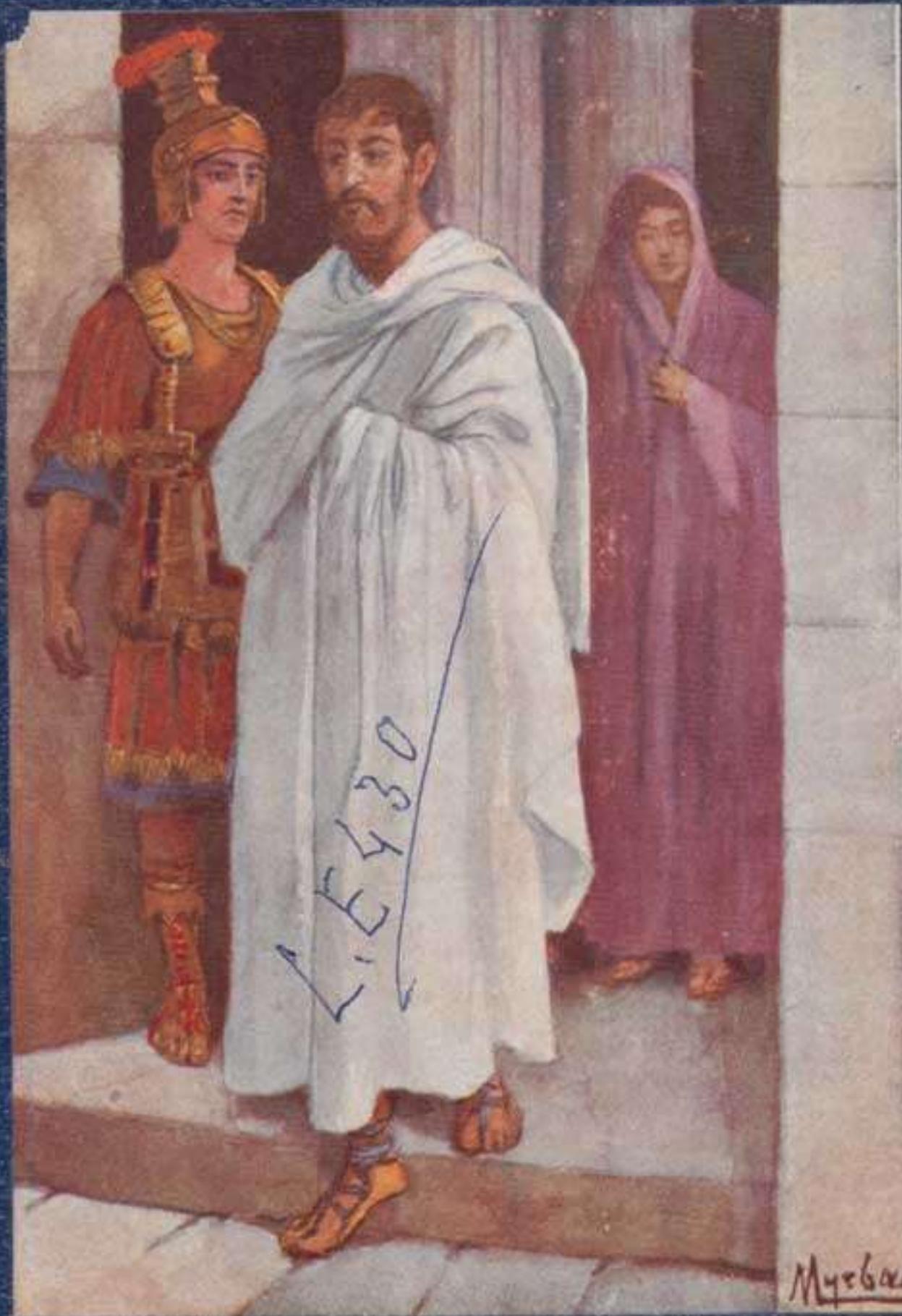


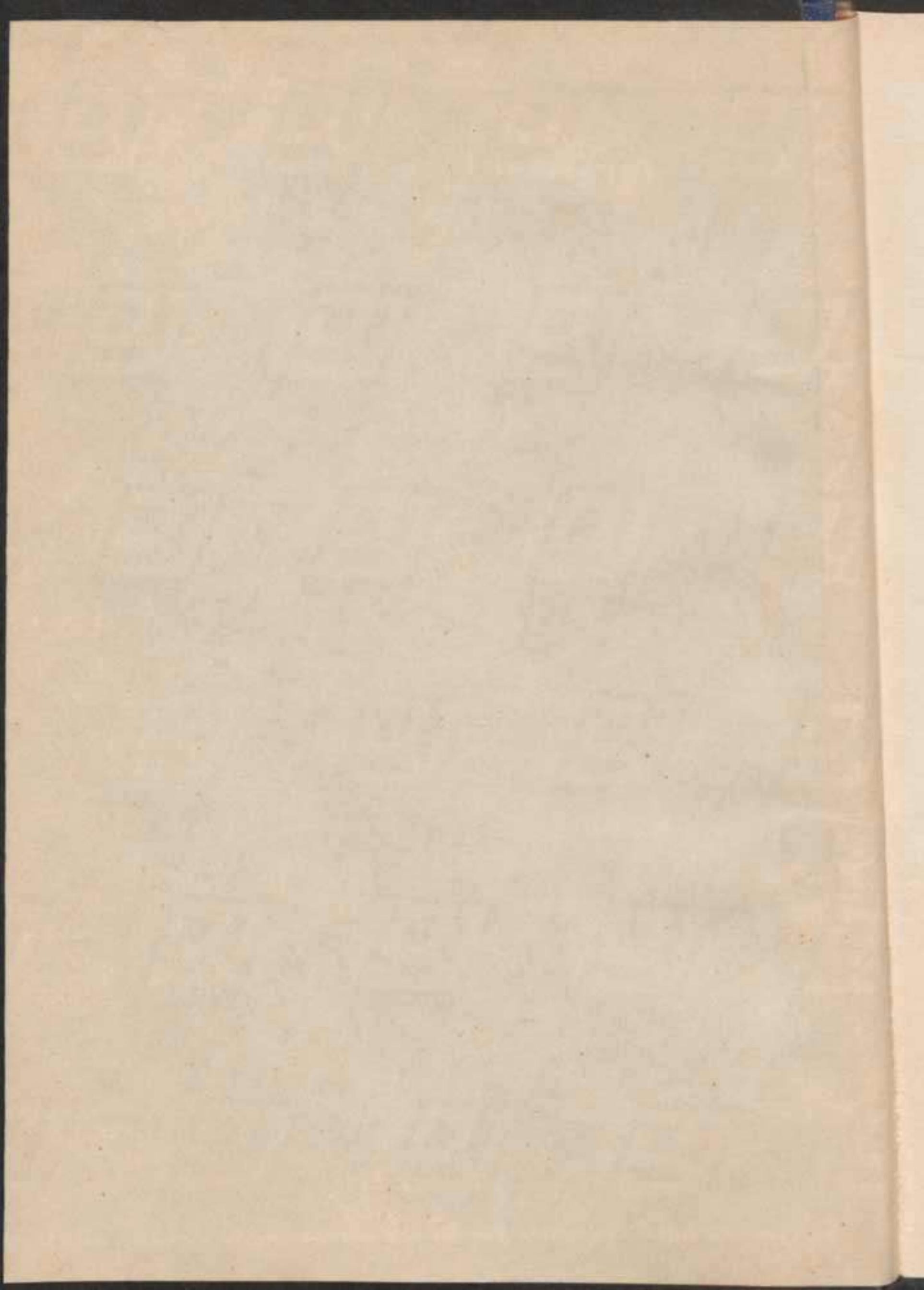
SENECA



LOS GRANDES HOMBRES







SÉNECA

L. E. 430

OBISPADO DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT.

El Censor,

Antonio Aragón Fernández

Barcelona, 8 de mayo de 1929.

IMPRIMASE

† José, Obispo de Barcelona

Por mandato de Su Excia., Ilma.

Dr. Francisco M.^a Ortega
de la Lorena

Canciller-Secretario

LOS GRANDES HECHOS DE
LOS GRANDES HOMBRES

SÉNECA

LA VIDA DE UN SABIO ESPAÑOL

RELATADA A LA JUVENTUD
por JOSE D. BENAVIDES

ilustraciones de F. DE MYRBACH

PRIMERA EDICION



R. 25.517

LECTURAS
PARA NIÑOS

PUBLICADO POR LA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 - BARCELONA

PRINTED IN SPAIN

L. E. 430

**Es propiedad
:: del Editor ::**

INDICE

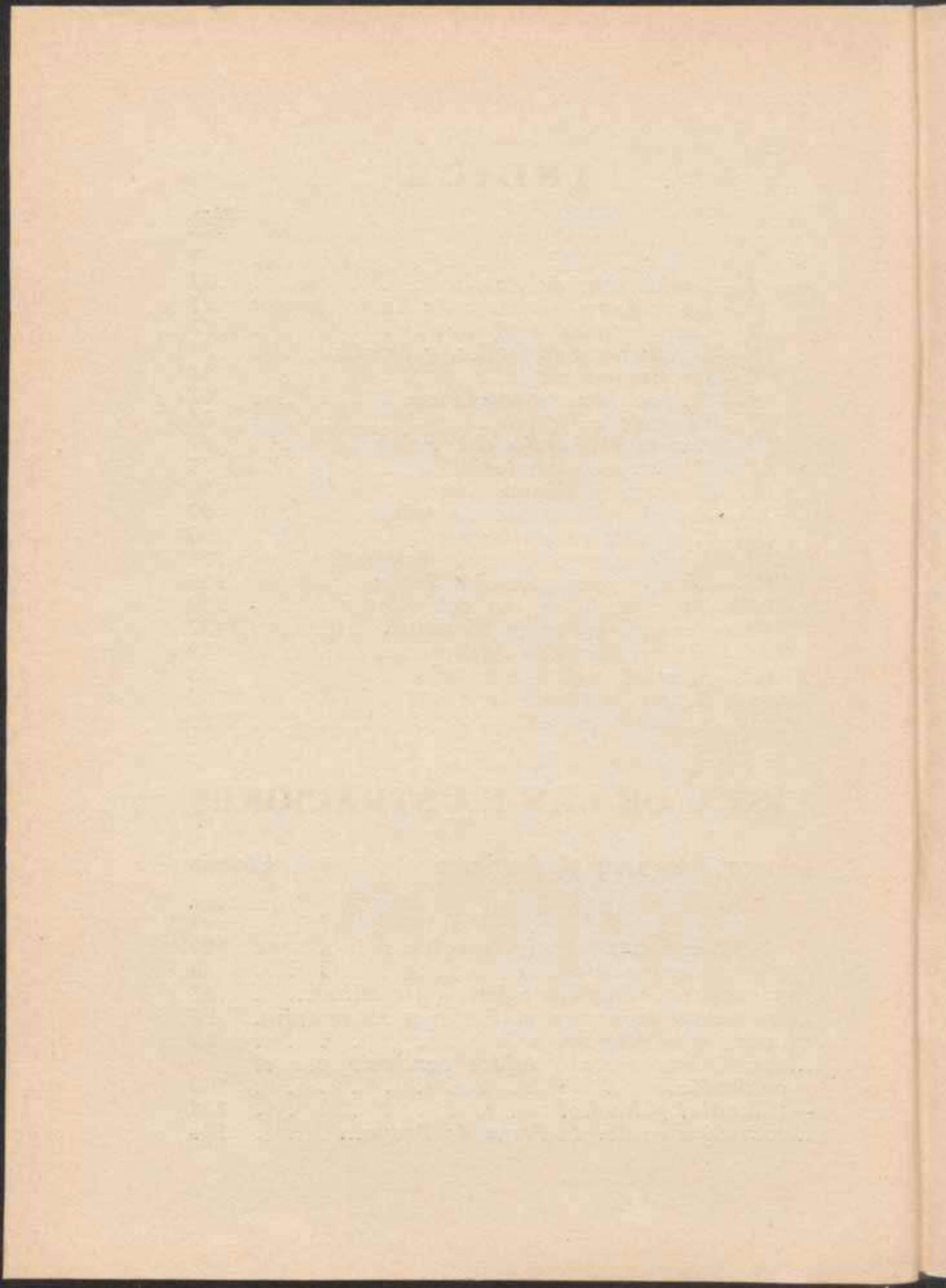
	<u>Págs.</u>
Prólogo	7
I.—La historia de Azulina	11
II.—La primera travesura de Lucio Anneo.	21
III.—Los duendes barbudos	27
IV.—La amenaza de Quilón y Amatis	31
V.—La trágica visión	41
VI.—Séneca intenta suicidarse	47
VII.—El viaje a Egipto	53
VIII.—Consejos al hijo del Felah	67
IX.—Magistrado senatorial	73
X.—Altercados conyugales	85
XI.—En el palacio de Agripina	97
XII.—Una intriga cortesana	105
XIII.—Lucio Anneo Séneca desterrado	111
XIV.—Séneca preceptor de Nerón	125
XV.—La segunda esposa del filósofo	129
XVI.—Nerón sucesor de Claudio	137
XVII.—Séneca ministro de Nerón	149
XVIII.—El sentido de la verdad	153
XIX.—Nerón incendia a Roma	163
XX.—Y murió el sabio	171

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

Séneca sale para el destierro

Frontis

	<u>Págs.</u>
<i>El hombre avanzó hacia la orilla</i>	<i>24</i>
<i>—¿Sabéis quién soy?</i>	<i>35</i>
<i>Los remeros, alineados a babor y estribor... .</i>	<i>43</i>
<i>...se encontraron con el llorón y su nodriza.</i>	<i>76</i>
<i>El vaso quedó hecho añicos</i>	<i>89</i>
<i>...con ánimo sereno, dejóse conducir por el centurión.</i>	<i>104</i>
<i>—¡Claudio! ¡Claudio!</i>	<i>138</i>
<i>...rompió a cantar la Toma de Troya...</i>	<i>164</i>



PRÓLOGO

Los libros que han sido engendrados en el alto sentido de la verdad, tienen en justa recompensa, la primavera eterna de una perenne juventud. Así acontece a la obra de Lucio Anneo Séneca, ilustre literato y filósofo, hijo de Séneca "el retórico", que vió la luz en la Colonia Patricia Romana de Córdoba, al apuntar la alborada magnífica del Cristianismo.

Lucio Anneo Séneca, joven aún, surca en una nave el Mediterráneo, y toma carta de naturaleza en Roma. Allí, con su voz tonante y persuasiva, obtiene resonantes triunfos como orador. Con acento cálido, subyuga y reduce a silencio a las masas, y con gesto viril, enérgico, las sugestióna. De su boca brotaron los pensamientos más puros de la filosofía y las normas más austeras de los "Estoicos". Sus palabras se oyeron sobre la armonía del mar Jonio y resonaron sobre las siete colinas del orbe romano.

Séneca fué el creador de la palabra deno-

minativa de la ciencia nacida para inquirir el oculto encadenamiento causal de los hechos, sus principios y sus leyes. Ningún genio ha llegado tan lejos en el arte de la expresión.

Su nombre privó en la Corte. Las casas aristocráticas del imperio disputábanse su compañía. Pero una intriga cortesana, cautelosamente tramada, empaña la austeridad del filósofo. La maledicencia de sus enemigos, esparce la especie por doquier. Y Séneca, se ve envuelto en una serie de desventuras, que lo conducen a la pérdida de la privanza del César. Aquí comienza su descenso. El fin iba a ser la cárcel.

La vida de Lucio Anneo Séneca es tan varia como gradaciones hay entre el placer y el dolor. Su vida intensa le dió un profundo conocimiento del espíritu humano. Así, pudo escribir en su destierro de Córcega aquel hermoso tratado sobre Las Consolaciones. Este módulo literario, muy en boga entre los filósofos de su época, había nacido para contrarrestar los efectos de la tristeza y el dolor, que según ellos radicaba en el infortunio, la vejez, la enfermedad, la pobreza, el destierro y la muerte.

Las Consolaciones tienden a hallar un paliativo para aminorar los males morales, y Séneca, que poseía el don de consolar a las almas, escribió su tratado con este criterio. Sus

biógrafos señalan esta obra como maestra, considerada en su aspecto moral.

Según Quintiliano (1), la obra de Séneca, consta de:

“Orationes” (discursos).

“Poemata” (tragedias).

“Epistolae”	}	cartas y diálogos
“et dialogi”		
“feruntur”		

Lucio Anneo Séneca hombre sensato, no podía transigir con el proceder impúdico de los cínicos de su época. Pero en cambio, su espíritu refinado, se abría, en cierto modo, hacia las tendencias sustentadas en las doctrinas de Epicuro, aunque no practicara la sensualidad voluptuosa que era la base de la doctrina de los epicúreos. Su ánimo débil, estaba bien templado, sin embargo, y con cierta intuición del bien se avenía con los principios de la Filosofía Estoica de los griegos. Su fortaleza en la desgracia, hicieron de Séneca un filósofo neo-estoico-epicúreo, ya que la austeridad de sus escritos no guardaba relación con la vida espléndida y regalada de su hogar, sobre todo, desde que Agripina (2), obtuvo del emperador el indulto del filósofo y este pasó del destierro

(1) Marco Fabio Quintiliano, retórico latino del siglo I y II.

(2) Agripina, madre de Nerón.

de Córcega a la Corte romana, como preceptor de Nerón. Comenzaba entonces a germinar la doctrina del Cristianismo.

Entre las escuelas filosóficas de la antigüedad, la que más concomitancias tuvo con el Cristianismo, fué la de los "Estoicos". Los afiliados a esta escuela sustentaban que la fuerza que gobernaba al mundo residía en un Ser Supremo: Dios... Pero un Dios material, que daba energía y vigor a todas las cosas.

Este es el hombre, cuya vida y rasgos culminantes vais a conocer, queridos jóvenes.

I

LA HISTORIA DE AZULINA



OR centésima vez Lucio Anneo había acudido a su madre, para que le repitiera la breve y, en cierto modo, real historia que le encantaba, y permanecía erguido varonilmente y con la cabeza levantada en actitud irónicamente majestuosa. La madre, entregada a la tarea de arreglar una túnica, fingía no darse cuenta de la demanda, pero teniendo buen cuidado de no mirarlo para no echarse a reír ante aquella graciosa postura que le era habitual.

El sol inundaba la casa con su cálida luz. Los ventanucos, abiertos de par en par, parecían respirar ávidamente aire y azul que, al posarse sobre la cabeza del niño, de espesos y despeinados cabellos, arrancaban destellos de oro y bronce. ¡Ah, aquellos cabe-

llos! ¡Aquellos cabellos eran, de consuno, la desesperación y el orgullo de su madre! El peine (1) no encontraba modo de salir de entre ellos y muchas veces no lo hallaba tampoco para entrar, tal era el horror que inspiraba a Lucio Anneo aquel instrumento de tortura. Cada vez que se disponía a peinarlo, la madre tenía que ir a buscar al muchacho a los rincones más apartados de la casa y prometerle que le contaría una nueva y maravillosa historia. Sólo así se calmaba Lucio Anneo Séneca y dejaba que lo condujesen al lugar del suplicio. La promesa le hacía sonreír con sonrisa tan bella que lo iluminaba todo y abría en las mejillas sonrosadas una infinidad de oyuelos. Su madre alzó los ojos de la labor y se le quedó mirando, con las manos bien guardadas entre los pliegues de la citonisa (2).

Con voz suplicante y ansiosa Lucio volvió a demandar:

—¿Quieres contarme de nuevo, mamá, la historia de Azulina?

—¿Te peino? — inquirió la madre.

—Sí — contestó él en voz queda y resignada.

(1) Entonces, el peine que se usaba consistía en un toско madero, con púas igualmente recias.

(2) Citonisa, especie de túnica sostenida en la cintura por un cordón.

Un día que le preguntara a su madre el misterio del nacimiento de Azulina, la hija del herrero, ella le refirió la historia que lo encantaba y que, finalmente, iba a repetirle.

—”Al caer de una tarde de invierno en que el suelo estaba cubierto de nieve y el frío se hacía casi insoportable, apareció en la entrada de Córdoba, la figura de un hombre joven, de semblante pálido y expresión huraña, pues había perdido la fe, no sólo en sus semejantes, sino también en el Gran Organizador de todo lo existente. Al llegar a las orillas del pueblo, oyó el ladrido de un perro feroz que estaba al cuidado de las ovejas de su amo, y al levantar el viajero la cabeza — que traía gacha bajo el pesado bulto que transportaba en sus hombros —, vió una casucha de piedra cerca de una cantera desierta, y decidió quedarse allí. Este joven, llamado Silas, había sido acusado de robo en su tierra. El no había robado, y así lo dijo. La gente de aquellos tiempos era supersticiosa y consultaron a la Suerte para saber si Silas era inocente o no. La Suerte lo declaró culpable. Por esta razón Silas decidió abandonar la ciudad donde había nacido. Emprendió el viaje con el corazón destrozado y llena de desesperación el alma, declarando que no existían verdaderos amigos. Dentro del

fardo que le agobiaba, llevaba los útiles de su oficio — era herrero—. Caminó durante muchos días, hasta llegar a la capital de la Bética; Córdoba, donde resolvió establecer su residencia. Inmediatamente encontró trabajo, pues no había allí muchos herreros. No trató de hacer amigos, ni los deseaba, porque no le inspiraban confianza ya. Se encerró en su casucha y trabajaba en la fragua desde la mañana hasta avanzada hora de la noche.

Los vecinos sentían curiosidad por este hombre solitario que preparaba por sí mismo sus comidas, y algunos muchachos atrevidos le espiaban. Silas suspendía el trabajo, y, acercándose a la puerta, fijaba sobre ellos sus grandes ojos negros con expresión tal, que los muchachos huían amedrentados.

Cundió el rumor de que era un mago, por lo cual la gente se apartaba de él temiendo sus maleficios. Al terminar su primer trabajo, llevóselo al comprador, que le pagó con cinco monedas de oro. Casi había olvidado, en su afán de laborar, que al final recibiría el pago de su trabajo. Sin embargo, ahora que tenía el oro en la mano, experimentaba un gran placer. Conocía las riquezas bien ganadas, pero jamás las había amado. Lo daba todo a los pobres, o lo gastaba con sus amigos, y de esa manera fué dichoso.

Al llegar a su casucha colocó las ganancias dentro de una vasija de hierro, ocultándola cerca de la fragua, debajo de unas piedras sueltas, las que cubrió con arena. Después, trabajó aun con ahinco, para ganar más oro y sentíase feliz al ver que el montoncito aumentaba.

Al llegar la noche, cuando todo era oscuridad, cerraba el ventanuco, de modo que nadie le pudiera ver. Entonces, solo entonces, sacaba de su escondite la olla, y era feliz contando su pequeño tesoro. Aquellas monedas parecían proporcionarle la satisfacción que el agua a un sediento. Así, día tras días, Silas pasó su vida solitaria. Sus piezas de oro aumentaban, pero su vida se hacia cada vez más egoísta y oscura. Llegó a tal punto su amor al oro, que no pensaba en otra cosa. Al ir y volver para buscar o entregar su trabajo, cruzaba por las verdes praderas sin ver siquiera la hermosura del campo o de las flores que pisaba al caminar. Veía solamente, en su imaginación, el oro que había dejado amontonado en su casa. Ningún amigo cruzaba el umbral de su choza. Con la gente sólo hablaba de lo concerniente al trabajo. El oro ahorrado rebosaba ya de la olla y estaba ahora oculto en dos bolsas de cuero.

Una noche, al terminar Silas su trabajo,

puso al fuego, para que se asara, el pequeño trozo de carne que constituiría su cena, mientras iba en busca del material que necesitaría al día siguiente para empezar una nueva obra.

Era una noche desapacible y brumosa. Al salir no cerró la puerta de la choza creyendo que, con tan mal tiempo, no transitaría nadie por allí. Al regresar, se sentó junto al calor de las brasas y pensó en su oro. ¡Sería un placer contemplarlo mientras comía! Colocó la lámpara en el suelo, cerca de la fragua, y quitó la arena de encima de las piedras, levantando éstas. ¡y, a sus pies vió tan solo un pozo vacío! Su corazón latió violentamente y, no pudiendo creer que el oro no estuviera allí, introdujo su mano temblorosa en el escondite, ¡nada había! Acercó la luz, y nada vió tampoco. Buscó por toda la choza, mas el oro no aparecía. Hundiendo la cabeza entre las manos, dió un grito desgarrador, un grito de desolación.

Salió de la choza y corrió hacia el poblado, donde relató lo ocurrido. Todo el mundo prometió ayudarle en la búsqueda del ladrón. Pero ni el oro ni el ladrón fueron hallados.

Silas siguió trabajando sin cesar, pero a ratos se quejaba hondamente, como aquel que sufre un dolor físico. Todas las noches, ponía los codos sobre las rodillas, y sumien-

do la cabeza entre las manos, lloraba tristemente. El oro que ganaba ahora no le parecía tan precioso como el que había perdido. La gente decía que Silas perdía la razón, y no hay duda que era así.

Muy preocupado, paseaba un día por las márgenes del río. Plantas lozanas y floridas besaban el curso del agua. Silas, distraído, dió un largo paseo y, en el camino de vuelta, advirtió que cerca del agua había una gran mata de bellas margaritas. Bajando muy despacio, muy despacio, cortó todas las flores, y con la preciosa carga regresó a la choza.

Durante la noche se efectuó una transformación inusitada: la más espléndida de las margaritas se había trocado en una preciosa niña.”

Aquí, Lucio Anneo interrumpió a su madre para repetir la frase que más le había llamado la atención la primera vez que oyera la historia:

—“Cuando el herrero advirtió que de dentro de las flores salía una niña...”

Y la madre continuó:

—”...La tomó lleno de alegría en sus brazos y la llamó Azulina. La niña comenzó a llorar. Entonces Silas le dió los primeros alimentos, y ella le miró amigablemente con sus grandes ojos azules.

Una vecina, al enterarse, se ofreció para llevar consigo a la nenita, pero Silas, estrechando fuertemente a la pequeña contra su pecho, exclamó:

—¡No, no puedo dejarla ir! Ella vino hacia mí, y tengo derecho a conservarla. Mis riquezas se fueron no sé adónde, y ella ha llegado, no sé tampoco de dónde.

Y Silas guardó en su choza a la nena de los cabellos de oro.

Al principio, la gente se mostró retraída, pero luego, poco a poco, sus corazones fueron ablandándose. Le auxiliaron con dádivas para la pequeña y se ofrecieron a ayudarlo en sus cuidados.

La vecina que quiso llevarse a Azulina, iba a verla con frecuencia, ofrendándola algún obsequio.

—Me conmueve vuestra solicitud — decía Silas, — pero quisiera cuidar de la nena yo solo para que comience a quererme pronto.

En este preciso instante la pequeña rodeó con sus bracitos el cuello de Silas y acercó sus labios al rostro de su amigo.

—Mirad — exclamó la vecina, — os quiere ya.

Ya Silas no pasaba tantas horas sentado, con los codos sobre las rodillas. Frecuente-

mente daba paseos por el campo con Azulina. Contemplaban juntos el crecimiento paulatino de las plantas y recogían muchas flores. Ambos se deleitaban con el vuelo de los pájaros.

Pronto Azulina comenzó a ser una deliciosa criatura. Los niños acudían a jugar con ella y ya no temían a los grandes y oscuros ojos de Silas, cuya expresión era ahora simpática. Ya no escondía tampoco, ni acumulaba sus ganancias. Las gastaba en cosas para Azulina. Trabajando para ella, su corazón perdió la amargura, dando cabida a distintos sentimientos. El quería a Azulina, y a través de este cariño llegó a adorar al Gran Organizador de todo lo existente y a sentir afecto por las cosas y los hombres. Era como si la pequeña criatura la hubiera tomado de la mano para guiarle hacia la bondad y el amor”.

Aquí la historia dejaba de interesar a Lucio, y el muchacho, con rápido movimiento, escapó de entre las rodillas maternas y los torturadores dientes del peine. Corrió hasta una mata de magníficos claveles rojos, que asomaban por la ventana la deslumbrante belleza de su color, y dijo:

—Entonces yo debí nacer de un clavel rojo... — y rió y rió, hundiendo en los plie-

gues inmensos de la citonisa sus inquietas manos.

Y es que Lucio Anneo rebosaba salud y alegría.

II

LA PRIMERA TRAVESURA DE LUCIO ANNEO



A primavera agonizaba, cediendo al ansia cálida del verano naciente todas las rosas a punto de abrirse. En la calle desierta ardía el mediodía. Un vientecillo tibio barría y arrastraba hojas de saúco que se arremolinaban. En el cielo, de un azul pálido como anegado en la luz excesiva, se perseguían grandes nubes blancas.

Lucio Anneo salió de casa muy quedo, haciendo altos de cuando en cuando, pero no indeciso, sino temeroso de que se le sorprendiera en su intentona de evasión.

Cuando Lucio hubo llegado a la puerta, cuando se asomó a ella, sus ojos se entrecerra-

ron deslumbrados por la luz y luego observó con desconfianza la calle.

Lucio Anneo se aventuró a salir. Antes de avanzar, permaneció un instante inmóvil para saborear el placer de su libertad. Miró hacia arriba. Por el ventanuco asomaban los claveles rojos bamboleándose en el viento, como si le dijeren: “¡No! ¡No!” Y una túnica de su madre, puesta a secar, parecía suplicar en sus ondulaciones: ¡Vuélvete! ¡Vuélvete!

A Lucio, le sugirió aquella visión el recuerdo de las margaritas abiertas a la vera del río, que el día anterior había visto. Se volvió de súbito, atravesó corriendo la calle en dirección al río y no cesó en su carrera hasta que llegó a sus márgenes. Allí, un tanto fatigado y jadeante, en medio de aquella inmensa soledad, volvió a detenerse.

Las casas de ambas orillas se perdían a lo lejos, en línea sinuosa. El río pasaba por en medio, majestuoso y magnífico. Las murallas de Córdoba se elevaban cerca de él, inundadas de sol, poniendo y extendiendo una larga sombra fría a lo largo del curso del agua. Lucio Anneo sintió que volvía a asaltarle un deseo otras veces sentido: cortar muchas margaritas y llevárselas a su madre.

Avanzó despacio hacia el agua. Lo inspeccionó todo muy bien, buscando con los ojos

la mata florida y la vió allá abajo, en la orilla, donde la hierba iba escaseando para dejar espacio libre a las arenas.

Llegó hasta las margaritas y las recogió todas, lanzando breves exclamaciones de felicidad. Terminada la tarea, decidió emprender el camino de regreso a su casa, pero... se volvió un instante hacia la corriente. El agua pasaba tranquila, pareciendo acarrear la caravana de las nubes y el azul pálido del cielo. La fila opuesta de viviendas y con ella las murallas, se anegaban cabeza abajo en el líquido transparente, con una sugestiva precisión de contornos.

Lucio bajó hasta las blandas arenas, cerca de las toscas alineadas y estuvo contemplando el agua con sus grandes ojos oscuros.

Las nubes pasaban. Las casas de enfrente reflejadas en el fondo, parecían temblar. La punta extrema de la muralla se perdía en la lejanía. Un caballo arrastraba un carro, y las ruedas parecían por momentos oblongas y el caballo una extraña bestia que cambia de formas a cada instante.

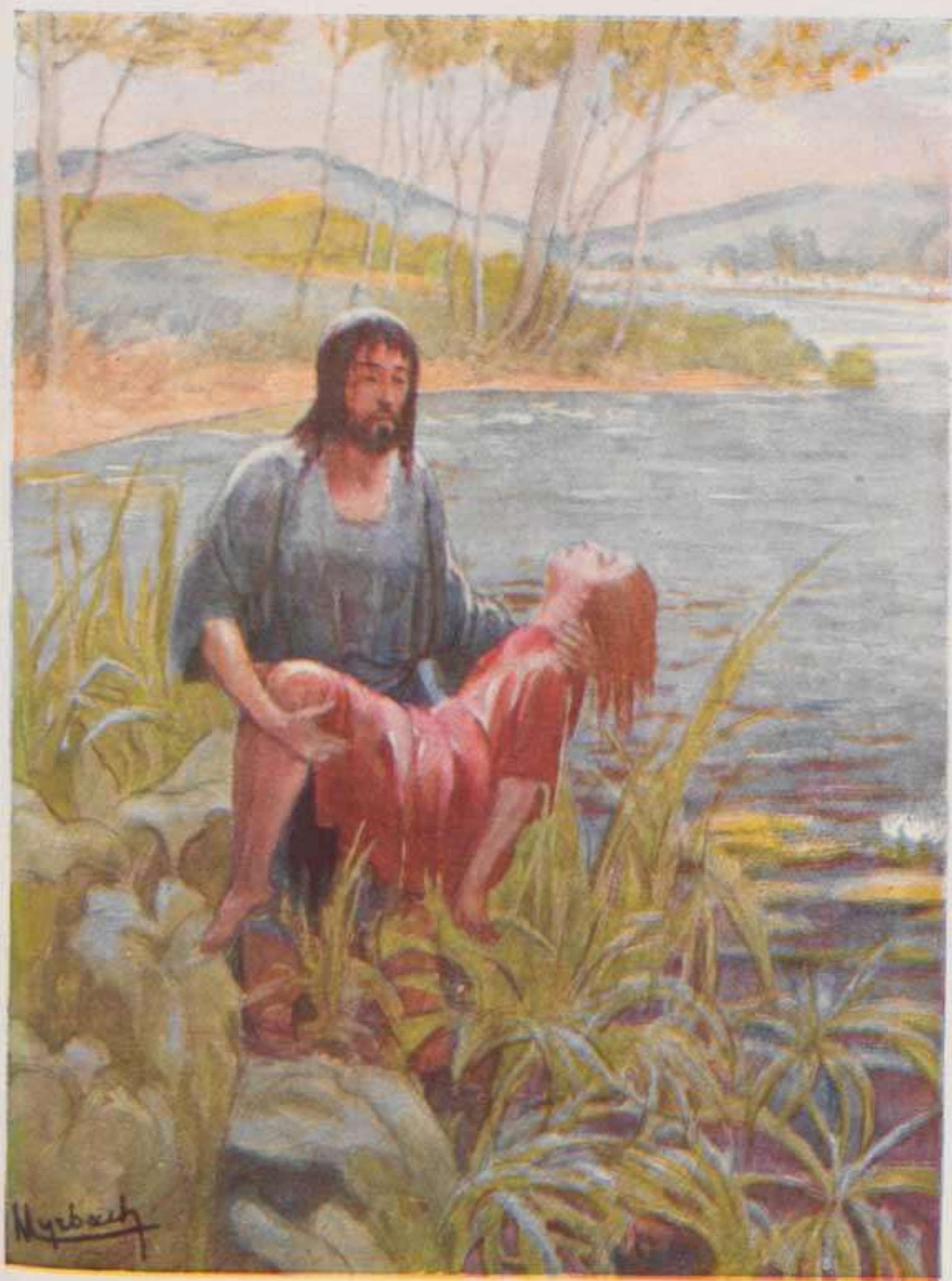
Lucio estaba un buen rato contemplando aquel inmenso espejo que aun cuando pasaba y pasaba, siempre reflejaba las mismas cosas. Avanzó un poco más, casi inconscientemente. Trepó a una tosca y vió la madeja rebelde de

sus cabellos agitados por el viento, reflejada allá en el fondo. Y de esa tosca pasó a otra y luego a otra, y se iluminó su rostro, al divisar allá abajo un niño de pelambre revuelta, piernas desnudas y fresca risa.

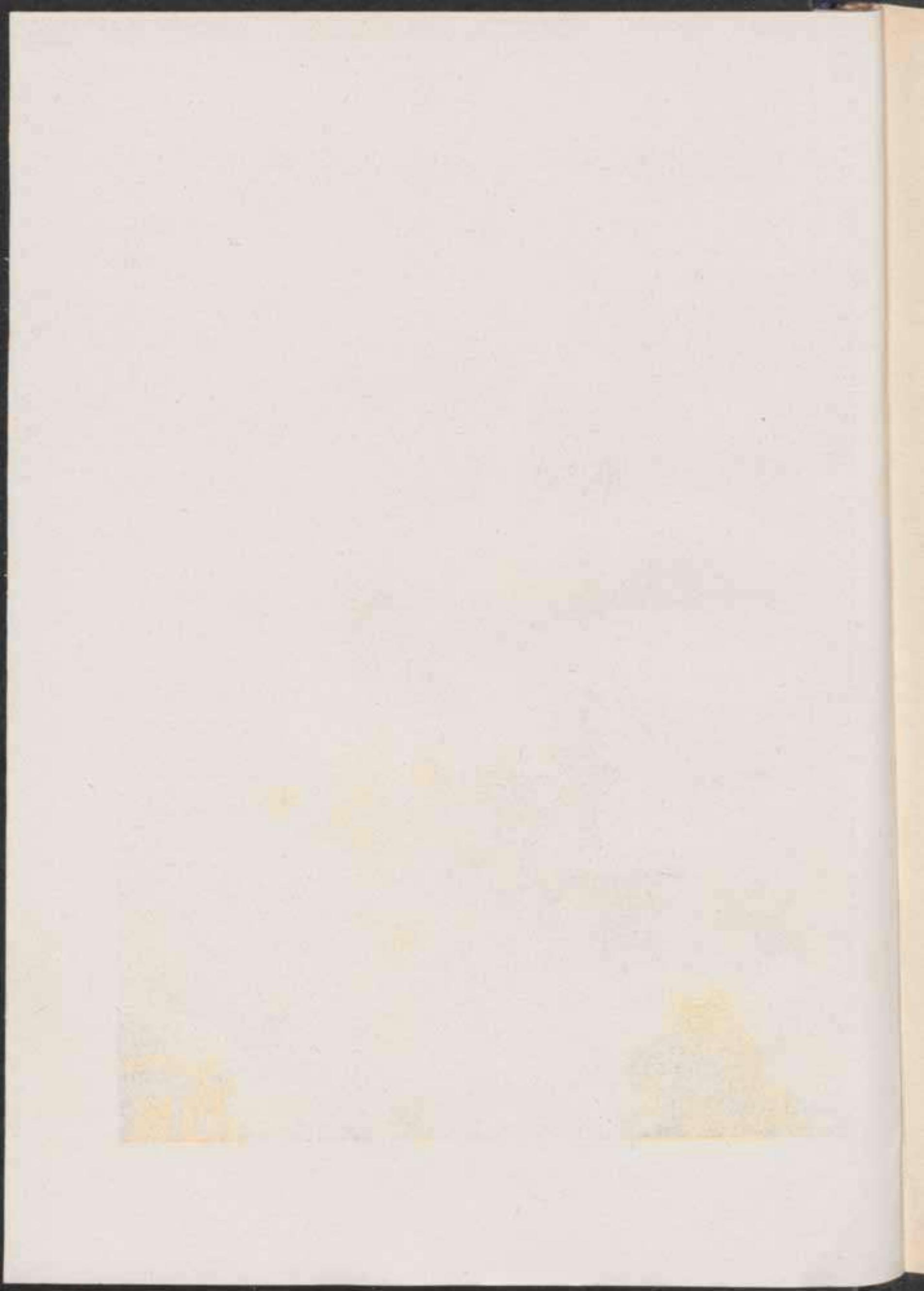
Y reía, reía, mostrando a aquel otro Lucio todos los oyuelos de sus carnes rosadas y todos los rizos rebeldes acariciados por el viento, dorados por el sol y besados por la luz.

Acabó por levantar el brazo, sosteniendo con su pequeña mano el gran puñado de bellas flores, para enseñárselas también, para confiarle el secreto de su escapada y para ver reflejada allí, junto a su imagen, las blancas margaritas. Pero, debido a un rápido movimiento, perdió el equilibrio y cayó al agua, la cual se cerró sobre él maligna y calma, riendo, riendo en amplios círculos concéntricos...

A treinta pasos, dormitaba un hombre, tendido de cara al sol, sobre el lecho de hierbas. Ver que el niño caía en el río, precipitarse al agua, sumergirse en ella y volver a aparecer a flote con Lucio, fué obra de un instante. Los brazos del pequeño pendían inertes como su cabeza, y los cabellos empapados se le adherían al rostro. El hombre avanzó hacia la orilla, llevando entre sus nervudos brazos el ligero cuerpo del niño, el cual se estremecía sobre su pecho con pequeñas vibraciones nerviosas.



El hombre avanzó hacia la orilla ...



Llegó a la cuesta de la colina al pie de la cual se deslizaba el río y se apresuró a remontarla, gozando la caricia del sol después de la fría zambullida. Y como conocía al niño, lo contemplaba extasiado, admirado ante aquella belleza floreciente.

Por la calle no circulaba nadie. Sólo había en ella sol y el polvo que arremolinaba el viento suavemente. Cuando el hombre estuvo ante la casa donde el niño vivía, llamó con fuerza.

La madre, que tan pronto advirtió la ausencia de su hijo, y había enviado en su busca, se asomó por la ventana y vió a aquel hombre con su hijo en brazos, pero deslumbrada por la fuerte luz exterior, no advirtió el estado en que Lucio se hallaba. Entró de nuevo, abrió la puerta y se adelantó para recibir al niño, dispuesta a afearle su conducta. Mas, al ver a aquel hombre empapado y jadeante, y al niño pálido y exánime, dedujo lo sucedido. Con el consiguiente sobresalto, cogió al niño en brazos y corrió hacia el interior de la casa, en tanto llamaba a grandes voces a los siervos. Lo desnudó, lo envolvió en paños calientes y lo acostó en un diván; sus dientes castañeteaban y tenía los ojos cerrados. Mientras tanto, una tía de Lucio se ocupaba del salvador, a quien hizo sentar junto al fuego, le dió una

pócima caliente y le recompensó con generosidad.

La madre permaneció junto a su rebelde hijo, esperando ansiosa que volviera en sí por completo, mientras algunas lágrimas silenciosas resbalaban por sus mejillas. Y cuando, por fin, vió que los grandes ojos del muchacho se entreabrían le preguntó:

—¿Para qué fuiste al río, Lucio Anneo?

Los alegres oyuelos aparecieron en el rostro del niño.

—En busca de margaritas... Quería ver si mañana encontrábamos entre ellas a una nueva Azulina.

Sintió la madre un gran deseo de besarlo, de besar a aquel niño todo ternura que no podía vivir sin besos y caricias, pero se contuvo, y haciendo un verdadero esfuerzo, le espetó un sermón de padre y muy señor mío.

III

LOS DUENDES BARBUDOS



ODAS las noches de plenilunio, haciéndose preceder por un resplandor rojizo que parecía incendiar las copas alargadas de los tres únicos olmos de la colina, se elevaba la luna plácida-mente sobre la cuesta empinada. Una bandada de rapazuelos, animados por la claridad lunar que ahuyentaba el miedo (aquel miedo que les hacía ver ejércitos de duendecillos en las sombrías rinconadas y un fantasma en cada espantapájaros), llegaba a la puerta de la herrería, deteniéndose a contemplar, muy gustosa, la escena habitual que se desarrollaba en su interior. Entre montones de hierros torcidos, iluminados por el fulgor de las llamas de la fragua, Silas, sosteniendo con una tenaza un trozo de metal enrojecido, lo golpeaba con un

martillo, esparciendo en el aire, a cada golpe, millares de chispas...

Rompiendo el silencio, alguien demandaba con cierta timidez:

—¿Puede hacer unas herraduras para mi caballo que ha perdido dos?

—Dígame cuando podrá hacerme una lanza, pesada como la muralla y afilada como un rayo de sol — rogaba con impaciencia un muchacho pelirrojo.

Silas contestaba bondadosamente a los demandantes, prometiéndoles cumplir en breve plazo sus encargos.

Charlaban todos entre sí, como esas golondrinas que en los comienzos del verano se alinean en los cercos para contarse los chismes de que se enteran volando por los caseríos. Había en el grupo ojos negros y dorados; cabezas oscuras y bronceadas; citonisas nuevas y túnicas remendadas.

La luna, jugando a esconderse en las nubes los distraía a ratos y, como si fuera una novedad, seguían absortos su ascensión. Desde el fondo del taller no podía verse el espectáculo, pero los que en él trabajaban lo iban adivinando por las frases admirativas de los niños.

—Ahora parece un capullo — gritaba uno.

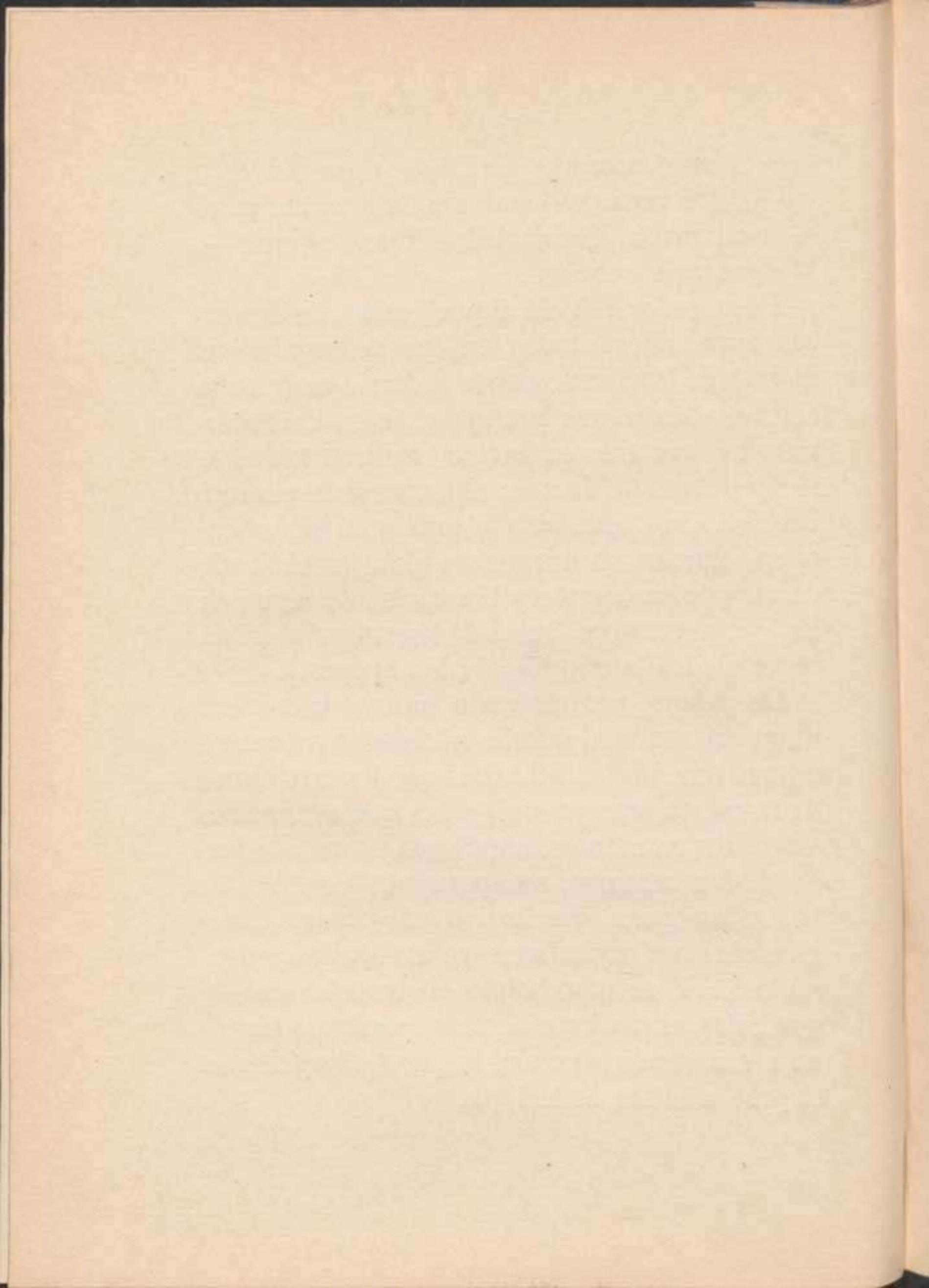
—Ya se le ve la cara — decía otro.

—¡Mirad cómo se ríe!

—¿Qué verá desde tan alto la muy curiosa?
— exclamaba con ansiedad Lucio Anneo—.
Me gustaría saberlo...

Pues, señor... Veía el pueblecito con sus casas enanas levantadas en los pedregales; el molino de la ribera, donde a diario se apilaba el grano de oro que la empolvada molinera devolvía convertido en harina; los huertos escasos y pobres de frutos; el brazo transparente del río... Sólo esto veía la luna que, eterna curiosa, clavaba su mirada de plata en el fondo de los pozos abiertos y blanqueaba el agua de los recipientes en que, al despuntar el alba, beberían los borriquillos y los bueyes...

De pronto, un nubarrón enorme como una montaña sumía al pueblo en tinieblas y entonces parecía a los muchachos que los tres olmos de la cuesta eran tres gigantes que avanzaban envueltos en mantos ampulosos y que, a lo largo de los caminos, se apostaban los duendes barbudos para pincharlos al pasar, castigándolos por no hallarse ya arropados y dormidos... Y se marchaban en tropel antes de que Silas, el paciente herrero, poniendo término a sus tareas, cerrara la puerta impidiendo el paso a la luz de la luna.



IV

LA AMENAZA DE QUILÓN Y AMATIS



QUELLA mañana, adquirió Silas, un par de sandalias blancas que hubieran calzado perfectamente los diminutos pies de su hija. En los ojos de Azulina ardió una lucecita de envidia.

El buen hombre la contemplaba apenado por no poder satisfacer tan justo deseo, y queriéndola contentar, le contó, acariciándola:

—“En el país de la Tristeza, donde todos, desde el rey hasta el último esclavo, eran tristes, delgados y amarillos, vivía un pastor niño, a quien llamaban Alegre, pues cantaba desde el amanecer hasta la noche y pasaba lindamente su tiempo bailando descalzo sobre el césped. El rey, caprichoso envió en busca del pastor. Una vez en Palacio, le quitaron las remendadas ropas, lo vistieron de púr-

pura luciente, lo calzaron con sandalias de esmeralda. Y Alegre, que en la pradera saltaba feliz sobre el césped, comenzó a languidecer. Se puso pálido, perdió la agilidad, fué marchitándose poco a poco... Cuando ya moría, le vieron sonreír. Soñaba que otra vez, con los pies desnudos, danzaba cantando en un prado florido...”

Azulina sonrió, pues había comprendido la intención del relato paterno, y, de nuevo gozosa, sin la más leve sombra en el ánimo, se encaminó al huerto que cuidaba con amor. Había que verla pasar por entre las plantas verdes y frescas, temerosa de pisar los anchos florones amarillos hermosos y delicados. En sus ratos de ocio, Lucio Anneo ayudaba a Azulina, transportando el agua de riego desde la noria, y con un carpidor, que él mismo había construído, arrancaba la maleza que pudiera restar lozanía a los frutos lustrosos y tiernos que la niña depositaba en una cesta circular. Y cada amanecer, mientras Silas encendía la fragua para la fatigosa jornada de trabajo que le esperaba, Azulina iba a vender los frutos. Recogía caricias y palabras de bondad la niña sin madre. ¿Quién podía mal quererla si de continuo devolvía una atención por un desaire, un favor por una injuria? Hasta que un día...

Estaba la Bética de bodas. Casábase la bella princesa morena con un caballero pecosó y feísimo, al decir de las malas lenguas, que venía de un reino distante, del otro lado del mar. Como la enamorada acudiría a recibirlo en la frontera, iba a atravesar un paraje próximo a la choza de Azulina y a la casa de Lucio Anneo. Las personas mayores, atareados por la cotidiana lucha con el suelo ingrato e improductivo, no se inquietaron ni poco ni mucho. Pero en los pequeños, los comentarios entusiastas se sucedían con grandísima variedad.

—Dicen que la llevará en una fragata de velas moradas y cubierta de rosas.

—Cuentan que le envió una túnica de topacios, tan pesada, que para levantarlas necesita la ayuda de quince esclavitos negros, que le trajo también de Oriente.

Lucio Anneo añadió:

—Y en un cofre de madera olorosa ha encerrado para ella unas tablas en las que está escrito el cuento más viejo del mundo.

Alguno, más desconfiado, aventuraba:

—¡Quién sabe si la tendrá hechizada y la primera gaviota que pase al clarear es el espíritu de nuestra princesa!

Todos no podrían ir. Suspendieron los juegos para deliberar. ¿A quién elegirían? Los

jefes de la legión infantil, que por su número de años y su condición de charlatanes hicieron caer sobre sí mismos el derecho de admirar de cerca a la regia novia, eran Quilón y Amatís. De ambos se sabían cosas peregrinas.

El primero, despacioso, llegaba tarde a todas partes. Eso que era avariento y mal intencionado. En esta ocasión le tentó la codicia.

—Buscaré flores por los atajos — se dijo — y se las arrojaré a la princesa. Me ha de regalar, por lo menos, un bolso de oro o un anillo de diamantes.

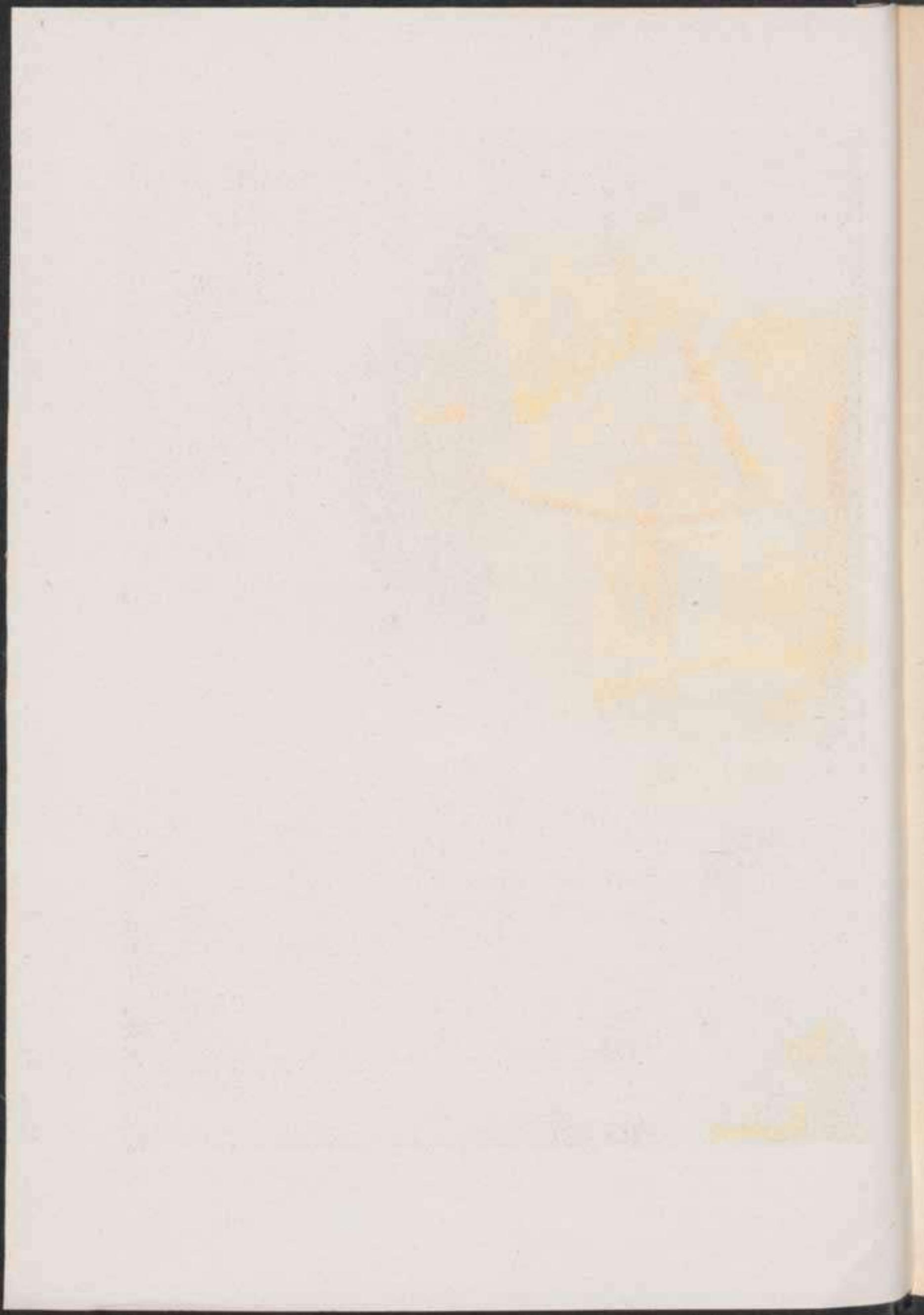
Amatís, en cambio, se pasaba de lista y de ligera. Madrugaba con exceso en cualquier circunstancia. Se cansaba siempre de esperar y acababa por marcharse sin conseguir ninguno de sus propósitos. Engreída y vanidosa, pensó:

—Mío será el primer saludo que reciba. Sonreirá agradecida y es muy probable (esto lo suponía mirándose en el espejo de un charco) que al verme tan bonita quiera sacarme de aquí para que la acompañe.

Llegó — ¡naturalmente! — cuando alborreaba el día. Se sentó en una piedra algo retirada del camino y, al cabo de una hora, como había dormido muy poco aquella noche,



— ¿Sabéis quién soy?



quedó sumida en profundo sueño, en el momento de aparecer en la curva la comitiva suntuosa, asustando a los pájaros con su jubiloso campanilleo, entre un torbellino de polvo, el tronar de los cascos de los caballos y el ruido de los arneses.

La princesa contaba diez y ocho años. El pretor que iba a casarse con ella, tenía noticias de su gran hermosura y de sus enormes riquezas.

Lucio Anneo, sentado a la vera de un ribazo, trabajaba afanosamente en una talla en madera. Al ver la comitiva, levantó la cabeza de su trabajo, miró distraídamente y continuó su labor.

Mirándole rencorosamente, la princesa le dijo:

—¿Sabéis quién soy?

—No; son muchas las personas que se internan en el bosque — respondió él.

—¿Sabéis mi nombre?

Lucio la miró con perplejidad.

—¿Para qué había de saberlo? Tengo otras cosas en que pensar.

Luego, temiendo parecer descortés, agregó:

—Yo me llamo Lucio Anneo Séneca.

Uno de los acompañantes de la futura desposada, dijo rudamente:

—¡Estúpido! Ella es la hija del César.

—Ciertamente.

—¿Qué hacéis con tanto interés? — preguntó la princesa.

—Un león, como veis.

—Te concedo la vida — dijo la hija del César, con gran dignidad.

—¡Pues no sabía yo que mi vida fuera vuestra!

—¿No soy la hija del César?

—¿No soy yo Lucio Anneo Séneca?

—¿Y que hay en ello?

—Que hay muchas hijas de Césares en el mundo pero un solo Lucio Anneo Séneca.

—Eso no detendría mi mano si deseara daros la muerte.

Lucio levantó los ojos, fijándolos en la bella damita. Su entrecejo se había fruncido.

—Sólo habláis de la muerte — dijo tranquilamente.— ¿Tanto os interesa?

La novia abrió la boca, su linda y diminuta boca roja, como para decir algo, pero no se le ocurrió nada. Durante unos momentos reinó el mayor silencio.

Lucio extendió el brazo, contemplando la madera tallada con la cabeza inclinada hacia un lado. Era la figura de un león agachado, pronto a saltar.

—¡Un león agazapado! — murmuró—.

No; es sólo un gato doméstico, en el momento de beber su leche.

Y comenzó a trabajar, de nuevo, con afán.

—¡Oh! ¡Te odio! ¡Te odio! — exclamó la damita, enfurecida. Y dando un tirón de las riendas, obligó a su caballo a volverse en redondo. Sus espuelas se hundían en la piel del animal y su látigo funcionaba sin cesar, obligando al noble bruto a lanzarse en loca carrera y desaparecer con la comitiva en pocos segundos.

Cruzó muy oportuna la dulce Azulina, con un ramo de amapolas y de espiguillas silvestres. Muy complacida y llena de emoción, aceptó la joven la simplísima ofrenda de la muchachita descalza.

Su ignorada rival despertó a tiempo de ver que la hija del César, besando a la pequeña, le regalaba su pañuelo de encajes.

—Ya me las pagarás, entrometida.

Y rabiosa y humillada en su altanería, se fué pensando en vengarse.

Ya de vuelta — como a la mitad del camino — Azulina encontró al tardo Quillón, dolorido y magullado, después de una búsqueda inútil por los cerrillos... Al enterarse de su mala suerte, el muchacho sentencioso y enfurecido exclamó:

—Te acordarás de Quillón, te lo aseguro...



Días después, cuando Lucio se reunió con Azulina en su visita cotidiana, le dió una triste noticia.

Estaba la niña bella como nunca. Después de cuidar su querido jardín, habíase sentado junto a una planta de margaritas. Algunos blancos pétalos habían caído sobre sus cabellos de oro, y aquella nívea corona era como un símbolo de su pureza.

Cuando Lucio llegó a su lado, le dijo:

—Tus hermanas, las margaritas, besan tus cabellos.

—¿Mis hermanas?

Y la niña tuvo una sonrisa llena de tristeza e incredulidad.

—¿Acaso no naciste de una margarita?

—No, Lucio. De las margaritas no se nace. Eso son cuentos para entretener y hacer soñar a los niños.

—Así lo suponía, pero no quería perder esta ilusión. ¿Quién es tu madre, pues?

—No sé, Lucio. Es un secreto que el corazón de mi padre guarda avaro y amargamente. Sé que tuvo una esposa a la que amó apasionadamente y que esta esposa murió. ¿Por qué guardó el secreto de este matrimonio? ¿Por qué hizo correr entre la gente supersti-

ciosa la especie de que yo había nacido de una margarita? No lo sé. Pero es lo cierto que yo tuve una madre como la tuya.

Después de un silencio, Lucio Anneo declaró:

—Me voy a Roma, Azulina.

—¿Y nos habremos de separar?

—Es preciso. Mis padres han decidido marchar, y yo, claro es, he de seguirles. Primero se irán ellos. Yo embarcaré después con mi tía.

—¡Pobre de mí! — exclamó Azulina tristemente.

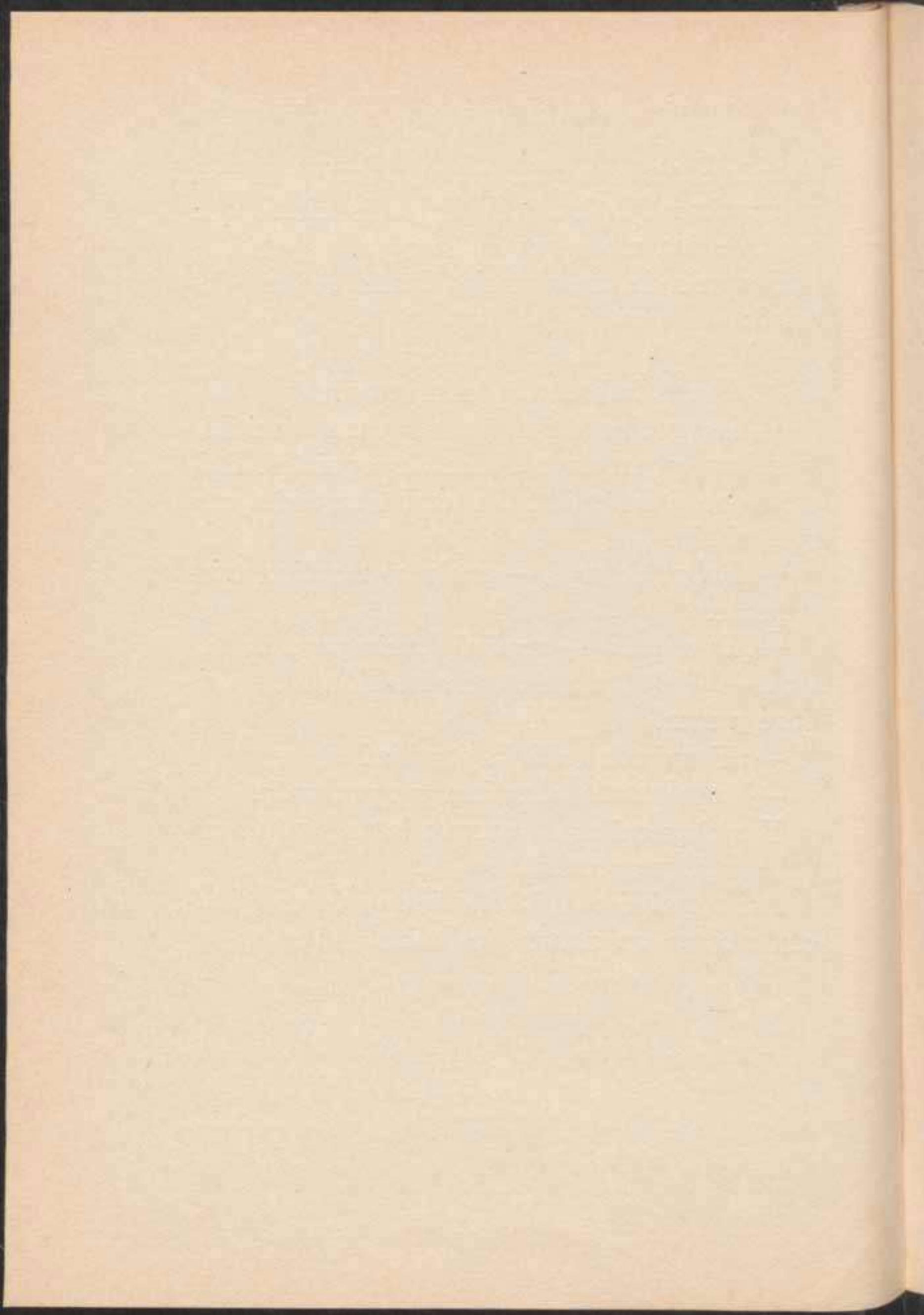
—¿Por qué? — replicó Lucio para consolarla—. Volveremos a vernos. Yo no te olvidaré nunca.

—¿Y cuándo será la partida?

—Muy pronto, Azulina, muy pronto.

Y ambos callaron, porque la angustia anudaba sus gargantas.

Así terminó aquel bello idilio, dulce e inocente como un cuento de hadas.



LA TRÁGICA VISIÓN



LA nave surcaba la mar. Bailoteando en medio de las olas, parecía un gigantesco crustáceo, cuyos tentáculos, los remos, movíanse rítmicamente, ávidos de avanzar.

La marcha lenta y continua era promovida por centenares de remeros que, situados a babor y a estribor, bogaban al compás de un: "Aaaah" prolongado y rítmico.

El crepúsculo, teñía de fulgores rojizos las crestas lejanas, coronadas por nubes de fuego. En la lejanía se vió pasar una nave de ébano, con rumbo desconocido, cargada de frutos rojos. Abiertas las alas, recta la pechuga, cruzaban el cielo las aves marinas. Cúmulos de ópalo tendían sus bellos cuerpos reposando en la atmósfera. Los rayos oblicuos del

sol poniente acariciaban la lejana tierra azul y violeta.

Lucio Anneo y su tía, desde cubierta, contemplaban el movimiento acompasado de los remos, que se hundían en el agua, y luego, al poco, reaparecían chorreando.

Con esa curiosidad infantil propia de los niños, preguntó Lucio Anneo a su tía:

—¿Quién mueve esos palos?

—No son palos; son remos — corrigió la tía, añadiendo: — ¿Quién ha de moverlos? Los remeros.

—¿Los remeros? Ah, pues yo quiero verlos. ¡Quiero verlos!

—¿Para qué?

El jefe de la embarcación, al oír las voces del niño, preguntóle:

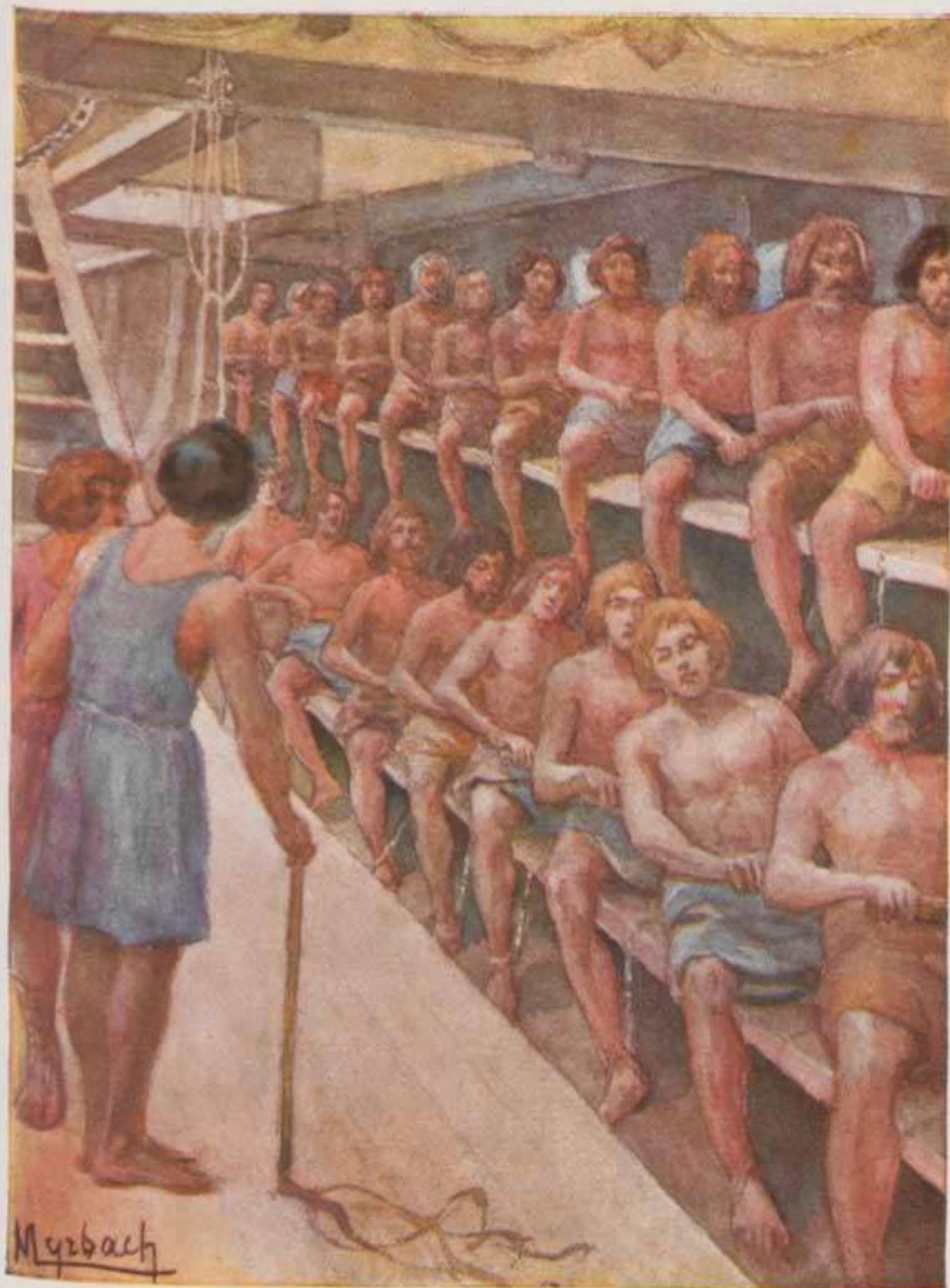
—¿Qué quieres?

—Quisiera ver los remeros — respondió Lucio Anneo.

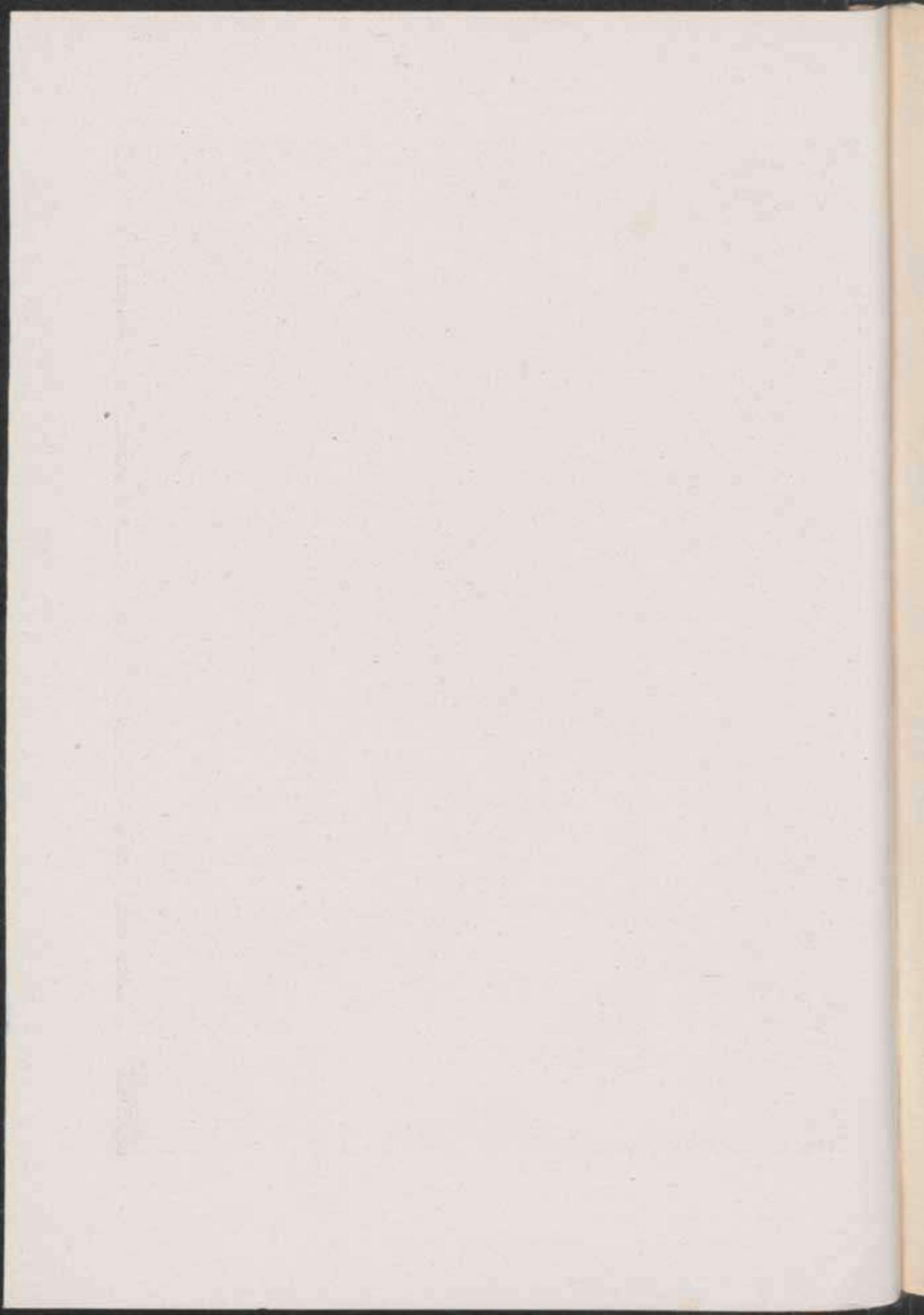
—¡De ninguna manera! — protestó la tía.

—¿Por qué no? Puede ser una lección útil. ¡Vengan! ¡Vengan!... ¡Usted también!

Descendieron por una escalinata que los condujo a la parte baja de la nave. Lucio estaba satisfecho de haber logrado su anhelo, pero, a medida que descendían por aquellas gradas, sentía una rara opresión en el pecho. Sin saber por qué, tenía el presentimiento de



Los remeros, alineados a babor y estribor...



que algo desagradable iba a presenciar. De buena gana hubiera regresado a cubierta, mas como la iniciativa había partido de él, no tuvo más remedio que continuar.

Quedó petrificado. Ante sus ojos apareció una visión espeluznante y desoladora.

Habían llegado al corazón de la galera. Aquella estancia se extendía de proa a popa. Los remeros, alineados a babor y estribor, eran gentes sudorosas, con el cabello revuelto, descalzos y sin más vestido que un taparrabos. Sus manos callosas, empuñaban el pesado remo, que movían rítmicamente.

—¡Aaaah! ¡Aaaah!

—¡Aaaah! ¡Aaaah!

Los boquetes se sucedían en el casco de la nave, para dar salida a los remos y por ellos se filtraban húmedas ráfagas marinas. Las olas chocaban con la nave y, de cuando en cuando, un raudal de espuma, mojaba los rostros y el cuerpo de los remeros. A pesar de la ventilación, respirábase una atmósfera cargada de pestilencias.

Lucio observaba atentamente. Vió que los remeros llevaban amarrados los pies con pesadas cadenas. Movidó por un humano sentimiento de conmiseración, preguntó:

—¿Por que los atan así?

—¿No ves que son esclavos?

—Sí, pero ¿no son hombres como nosotros?

—No. Son gente ruín y malvada, que merecerían mil muertes, a no ser por la magnanimidad del César, que les conmutó la pena capital a cambio de servir a galeras toda su vida.

—¿Tienen que pasar toda su vida aquí? —
inquirió Lucio, horrorizado.

Uno de los remeros, al oír las exclamaciones del niño, le dirigió una mirada y una sonrisa triste. Al notarlo el capataz, hombrón fornido, todo él rudeza y brutalidad, descargó sobre las espaldas del infeliz una tanda de latigazos, acompañados de los insultos más feroces.

—¿Por qué le pega de ese modo?

—Estas gentes, además de ser malas, son holgazanas. Hay que estar siempre golpeándolas, para que boguen. De lo contrario, no llegaríamos nunca al término del viaje.

La tía de Lucio, cogiéndolo de la mano, le dijo:

—Ya has visto lo que deseabas... ¿Qué te ha parecido?

El muchacho quedó un rato pensativo y no sabiendo como expresar su honda emoción, rompió a llorar.

Una mano blanda se posó en su hombro y

oyó estas palabras dichas con tono dulce y acariciador:

—Eres un tonto. ¿Por qué lloras?... Hace unos momentos querías ver a los esclavos, deseo absurdo que me desagradó. Y de pronto, después de verlos, te echas a llorar. ¿Qué lógica es la tuya?... ¡Decididamente, eres un tonto!... No me mires de ese modo. ¿Te asombran mis palabras? Siempre viste tratar a los esclavos en la misma forma. No somos nosotros, aunque nos duela, los que podemos remediarlo. Cuando seas hombre, procede mejor y haz por ellos lo que puedas...

El caudal de las lágrimas se agotó, pero en el alma del niño quedó indeleble la visión siniestra de aquellos mártires que bogarían y bogarían siempre sin alcanzar jamás el fin anhelado: la libertad, la vida...

Desde el puerto más cercano, Civita — Centucellae o Portus Trajanus—, hicieron el camino en cabalgadura. Llegaron a Roma en las primeras horas de la mañana. La ciudad los recibió desperezándose, medio dormida aún.

Lucio y su tía iban presurosos, atravesando calles. El muchacho miraba a los ojos de sus semejantes y en todos los rostros percibía un no sabía qué de trivial que le decepcionó. El hombre era allí extraño al hombre,

y la vida ciudadana, cruel y egoísta. Calles de piso irregular, sin sutura en las piedras; calles angostas y retorcidas. He aquí lo que iban viendo cuando andaban buscando el edificio vetusto, carcomido por la edad, en donde los esperaba la familia. Y al fin, llegaron a él. Ya la madre descendía los escalones para abrazarlos, y el padre, todo alegría y cordialidad, sonreía satisfecho al ver a su hijo después de la separación que, a pesar de lo breve, le pareció muy larga.

VI

SÉNECA INTENTA SUICIDARSE



LOS rayos del sol resplandecían sobre los campos verdes y las amenas praderas. Acá y allá, veía Lucio Anneo nubecillas de polvo que se arrastraban por los caminos señalando el paso de hombres y ganados y las sombras alargadas de los grupos de árboles se proyectaban en la tierra otorgando al viajero frescura y reposo.

Por encima de los jardines floridos alzábanse esplendentes las terrazas, cúpulas y torres de Pompeya, y a lo lejos se extendían las hileras de colinas que lucían con colores incomparables, como si fueran topacios, amatistas y ópalos.

Entretanto, la dorada llamarada del Vesubio había ido tomando ardientes tonos ana-

ranjados, y éstos, a su vez, se habían fundido en un fuego escarlata.

En derredor, los campos eran intensamente verdes, como si la tierra fuera una esmeralda dotada de luz interior.

Un pájaro remontó el vuelo desde un saba negro, donde posaba, envió al crepúsculo graznidos estridentes y partió a recorrer los jardines de Pompeya.

Lucio, después de saludar a los amigos de su padre, de cuya casa pensaba ser huésped durante el tiempo que permaneciera en Pompeya; solo, filosofando a su sabor, haciéndose mil preguntas y dándose mil respuestas, comenzó a deambular por calles y más calles, regocijándose con el canto de los pájaros y el murmullo de todo lo que le rodeaba.



—Aquel que pasa junto a la escalinata del Templo de Venus, no es el hijo de Séneca ¿el retórico? — preguntó Claudio a su compañero Marco, mostrándole aquel paseante alto y demacrado, que se desgañitaba tosiendo.

Fijóse Marco en el desconocido, y luego, contestó:

—Sí, es él, Lucio Anneo, nuestro condiscípulo en Roma.

—¿Cómo se le habrá ocurrido venir a Pompeya?

—Eso es lo que yo me pregunto. Fácil es averiguarlo. Se lo preguntaremos a él mismo. Es posible que se alegre de vernos.

—Durante los estudios fuimos muy amigos.

Y Marco, dando una carrera, gritó:

—¡Lucio Anneo! ¡Séneca!

El aludido, volvióse rápidamente, y al reconocer a sus camaradas, se aproximó dando muestras de alegría.

—¡Por Baco! ¡No os había reconocido!—
Y se estrecharon jovialmente las manos.

—¡Pero, por todos los dioses! — inquirió Marco—. ¿Qué os trae a Pompeya?

Estaban parados junto a la escalinata del Templo de Venus.

—Sentémonos aquí un momento y dialoguemos — invitó Lucio Anneo.

—Sí, hombre, sí. ¡Después de tanto tiempo!

—Vamos a ver. Cuéntanos qué ha sido de tu vida.

—Desde que nos despedimos en Roma — comenzó diciendo Lucio — he frecuentado asiduamente los cenáculos de los filósofos. Y en verdad os digo, que hasta entonces no había comenzado a vivir.

—¿Te sientes otro hombre?

—Sí, me siento renacer. Ahora me conozco a mí mismo. Vivo. Antes vegetaba.

—¿Y a qué doctrina te has afiliado?

—¿A cuál ha de ser? A la de los “Estoicos”.

—¡Con razón estás tan flaco!

—No es por eso. Es que me siento muy enfermo.

—Toses de una manera muy extraña.

—Es una tos crónica, que me da fiebres y me tiene muy preocupado. Si no hubiese sido por mi padre, ha tiempo que habría terminado con mi vida, siguiendo, naturalmente, la doctrina de los “Estoicos”. Mi padre me hizo tales reflexiones, que logró convencerme. Supe persuadirme de que yo era un ser predestinado y que mi vida ha de influir sobre la marcha del imperio. Una utopía parece esto, pero su amor lo disculpa. Dijo, además, que un hombre de mi temple no debía arredrarse por una enfermedad sin importancia. Estas últimas palabras me convencieron. Luego, más tarde, me autorizó para trasladarme a Nápoles, donde recorrí todos los pueblos del golfo, que tienen una dulzura inefable, con la verdura de sus pinos y cipreses, y el azul sereno del cielo y del mar. Indudablemente, el aire del mar ha sanado mis pulmones y ya

me encuentro mucho mejor. Hace unos días visité las Islas de Capri y Anacapri. Paso ahora una temporada en Pompeya, en casa de un amigo de mi padre, hasta que mi progenitor venga a buscarme, para volver a Nápoles, a visitar el Vesubio. Es muy probable que al llegar a la ciudad, embarque con rumbo a Egipto, con el fin de instalarme en casa de mi tía, casada con el gobernador de aquella provincia. Y esto es todo.

—¿Y no te has casado?

—No he podido. Aún no he logrado borrar de mi recuerdo, el nombre de Azulina, aquella amiga de la infancia, la hija del herrero de Córdoba, en la Bética, de la que ya os hablé en Roma. A pesar de esto, tuve relaciones con una joven bellísima. Una romana preciosa, de cuerpo magnífico. Sus cabellos son negros como el azabache; su rostro, perfecto como el de una diosa; los ojos, dulcísimos e inocentes; su nariz semeja una flor de sésamo; sus dientes son perlas y corales sus labios. Posee una voz armónica como el canto del kokila, y su paso tiene una majestad indolente que cautiva. Su familia, al verme tan pálido y demacrado, opúsose terminantemente a nuestra amistad.

—¡Pobre Lucio! ¡Cuida de tu salud!

—Estoy seguro de que estas fiebres des-

aparecerán en Egipto. El clima de allí es más seco y más saludable.

—Vamos a brindar por tu salud. Libaremos unos vasos de vino, del buen zumo de la campiña napolitana.

—No, no. Gracias.

—¡Por Baco! ¡No os neguéis!

—Bien, acepto. No puedo ofender a los dioses.

Y los tres amigos, en camaradería franca y cordial, entraron en un tugurio, y en vasos de arcilla cocida, con la alegría que les proporcionaba el encuentro y su juventud, libaron varias veces a la salud de Lucio Anneo Séneca.

VII

EL VIAJE A EGIPTO



ABÍA hecho Lucio Anneo la primera estación en su camino a Egipto, en el cruce de Horus, (1) y, conocedor de la frecuencia con que los bandoleros asaltaban a los caminantes, se apresuró a recorrer los puestos de la caravana y a exhortar a las gentes a que extremaran su vigilancia. La sangre fluía raudamene por sus venas y sentía en el pecho una fuerte opresión que parecía como si fuese a ahogarle. Se separó de la caravana para respirar el aire puro. Oyó el graznido de un buho, y en el mismo momento llegó a su olfato un fuerte perfume de loto, que procedía de los estanques.

(1) Horus, frontera de Egipto.

Había alzado los ojos para guiarse por las estrellas. De pronto, vió la franja de la vía láctea, que surcaba todo el cielo, de un azul profundo.

—El río celestial — murmuró involuntariamente.

Y desapareció aquella opresión del pecho y se esparció por todo su cuerpo una oleada de bienestar. Un ruido lejano y confuso, le sobresaltó. Se detuvo a escuchar. ¿Ladrones? ¡No! Todo estaba en calma, reinaba el silencio, ni lejos ni cerca se movía nada. Había sido uno de esos ruidos indescifrables de la noche.

El canto de un gallo se dejó oír. La constelación que buscaba, apenas se percibía. Algunas de sus estrellas se habían hundido ya tras las copas de los árboles. Los astros de una parte del cielo estaban a punto de extinguirse. No cabía duda: comenzaba a despuntar el día. Y la caravana seguía avanzando. Lucio Anneo se sumió en sus pensamientos. Su recuerdo le acercaba a Azulina. Y un compañero de viaje que le preguntó por sus pesares, al saber de sus cosas, le dijo:

—Estar separado de aquel a quien se ama, es dolor; estar unido a aquella a quien no se ama, es dolor.

—¡Oh, qué gran verdad! — exclamó Lu-

cio con voz conmovida—. ¡Qué verdad más profunda! ¿A quién se debe?

—¿Qué importa? Lo esencial es que sintáis y conozcáis su verdad.

—¿Cómo no iba a conocerla y sentirla? Si no estuviese afiliado a los “Estoicos”, no elegiría otro maestro que el que ha pronunciado esas palabras. Y puesto que hablamos de esto ¿sabríais responderme a algunas preguntas? ¿Qué es el alma? ¿Qué es el mundo? ¿El mundo es eterno? ¿Es eterna el alma? ¿Es el mundo eterno y temporal el alma? Y estas otras: ¿Por qué ha creado el mundo el Supremo Hacedor? Por más que cavilo sobre estas cuestiones, no puedo hallar ninguna solución satisfactoria. Antes al contrario, se me ofrecen constantemente nuevas dudas.

—Del mismo modo que huye el horizonte ante el que intenta alcanzarlo, huye la respuesta ante el que inquiere tales cuestiones.

—Pues bien; si os acomoda, en compensación a vuestra simpatía, aún siendo un “Estoico” como soy, voy a exponeros una doctrina, interesante de verdad.

—Hablad, pues.

Y Lucio Anneo, habló así:

—Hay cuatro verdades indiscutibles.

—¿Y cuáles son esas cuatro verdades?

—La verdad del dolor, la verdad del ori-

gen del dolor, la verdad del aniquilamiento del dolor, la verdad del camino que conduce al aniquilamiento del dolor.

—Mas, ¿cuál es la verdad del dolor?

—El nacimiento es dolor, la edad es dolor, la enfermedad es dolor, la muerte es dolor; preocupaciones, cuidados, penas, melancolías y desesperación, son dolores; no conseguir lo que se apetece es dolor. Esa sed insaciable que nos lleva de vida en vida, que va acompañada de placer y pasión, que se dirige tan pronto aquí como allí. La sed de goces, la sed de ser, la sed de cosas perecederas.

—¿Y la verdad del aniquilamiento del dolor?

—Es precisamente el aniquilamiento pleno y total de esa sed, el abandonar, el renunciar, la liberación, la salvación de esa sed. Y la verdad del aniquilamiento del dolor, es una senda que tiene ocho ramificaciones, a saber: conocimiento recto, decisión recta, discurso recto, obra recta, conducta recta, aspiración recta, pensamiento recto y meditación recta.

Luego que Lucio hubo colocado las cuatro piedras angulares, pasó a levantar todo el edificio de la teoría, que fuese un hogar habitable para las ideas y sentimientos. Fué explicando cada principio de la misma manera que se alisa y se talla cada piedra de un edi-

ficio, y luego, fué poniendo principio sobre principio, cuidando de que todos quedasen bien asentados y exactamente ajustados. Al lado de la columna del pensamiento del dolor puso la columna del pensamiento de lo perecedero, y uniéndolas a ambas, y apoyado en ambas, como recia viga, el hondo pensamiento de la inersencialidad de toda apariencia. Entrando por este firme pórtico, guiando cuidadosamente a su amigo de viaje, subió y bajó varias veces, la escalera bien asentada de sus deducciones fundamentales, afirmándolo y acabándolo todo. Y de la misma manera que un arquitecto experto, al construir un edificio suntuoso, coloca bellas estatuas en lugares adecuados, de tal forma que además de decorar cumplen su misión complementaria, así Lucio Anneo, en ocasiones, utilizaba parábolas agradables e ingeniosas, ya que a menudo una parábola aclara el sentido de un discurso profundo.

Cuando hubo terminado la exposición de su teoría, quedó largo tiempo pensativo, sin moverse, presa de las más contradictorias e inquietantes cavilaciones.

De ese ensimismamiento, supo sacarlo el viajero, mostrándole las márgenes de un estanque, donde reían infinitas flores. El aroma que despedían era más fuerte que el de todas

las esencias fragantes que pueden encerrarse en un frasco de cristal. A lo lejos veíase una cañada en que rocas y bosque se apartaban para dejar paso a un hermoso río, el Nilo, que silenciosamente, como una corriente de luz de estrellas, se vertía en el estanque.

Todo este paisaje estaba cobijado por un cielo de un azul intensísimo, y bajo la bóveda celeste flotaban blancas nubecillas de caprichosas formas, sobre las que se posaban graciosos geniecillos.

En esto se unió a la caravana un nuevo personaje, muy conversador, y comenzó a contar lo que le había ocurrido a un campesino del llano de la sal que se le llamaba Chu-en.

El campesino le dijo a su mujer:

“—Bajaré a Egipto en busca de alimento para mis hijos. Ve, pues, y mídeme el grano que nos queda en el granero.

Ella lo midió, y eran ocho medidas.

El campesino le dijo de nuevo a su mujer:

—Aquí tienes dos medidas para alimentarnos tú y tus hijos. Con las seis restantes hazme pan para el viaje.

—Y emprendió el camino hacia Egipto, después de haber cargado su asno con cañas, juncos, sosa, sal, madera de Uiti, bastones del país de los bueyes, pieles de pantera y de

lobo y todo género de productos del llano de sal.

Tomó al Sur el camino de Herakleópolis, y cuando hubo llegado cerca de Per-jefi, que está al norte de Medenit, se encontró a un hombre a la orilla del río. Se llamaba Dehuti. Cuando vió los asnos del campesino, le agradaron y pensó: “Desearía tener un buen ídolo que me ayudase a robar las cosas de este campesino”. La casa de Dehuti daba a un camino estrecho. No tenía más que la anchura de una pieza de tela, con agua a un lado y sembrados de cebada al otro.

Dehuti dijo a su criado:

—Tráeme una sábana de la casa.

La trajo el criado al punto y el amo extendió la sábana en el camino, de manera que un extremo tocaba el agua y el otro al sembrado.

Cuando el campesino llegó al camino público, Dehuti le dijo:

—Ten cuidado, campesino, y no pises mi sábana.

—Haré lo que me aconsejas y tomaré el buen camino—. Y se fué hacia arriba.

Dehuti añadió:

—¿Te va a servir de camino mi cebada?

—Yo voy bien, la orilla es alta, sobre el camino está la cebada y tú me cierras la senda con tu ropa. ¿Es que no quieres que pase?

Mientras así hablaba, uno de sus asnos hincó el diente a la cebada. Dehuti, irritado, amenazó:

—Te quitaré el asno, pues se está comiendo mi cebada. Le utilizaré para trabajarla y trillarla.

—He ido por el buen camino. Como uno de los lados estaba cerrado, he llevado a mi asno por el otro, y ahora me lo quitas por que ha mordido unas plantas de cebada. Pero yo sé quien es el señor de este pueblo. Y él impedirá que haya aquí ladrones. ¿Podrá permitir que me roben en su pueblo?

Dehuti objetó:

—El proverbio dice: El nombre de los pobres no se cita más que a causa de su señor. Yo hablo contigo, y tú piensas en el intendente.

Cortó una rama verde de tamarindo, le azotó con ella y luego le quitó los asnos, haciéndolos entrar en su casa.

El campesino se echó a llorar y Dehuti le dijo:

—No grites tanto, campesino, pues caminas a “la ciudad del silencio”.

—Me pegas, me robas lo mío y quieres además impedirme que me queje. ¡Oh, señor del silencio, devuélveme lo mío y no gritaré!

El campesino pasó diez días quejándose sin

que Dehuti, le hiciese caso. Entonces se fué a Herakleópolis para quejarse al intendente Rensi, a quien dijo:

—¡Señor intendente! Grande entre grandes, guía de los que son y de los que no son. Cuando bajes al lago de la verdad, que el viento te sea propicio y no arranque la escota de tu vela; que tu barco no vaya a la deriva, ni le ocurra ningún accidente a tu mástil. Que la corriente no te lleve, que no te alcance la perversidad de las ondas, que entre tus compañeros no veas ninguna cara temerosa. Que se te acerquen los peces tímidos y des caza a los mayores pájaros. Pues eres el padre del huérfano, el esposo de la viuda, el hermano de la divorciada, el vestido del hijo sin madre. ¡Ojalá pueda proclamar tu nombre por el país de manera que valga más que la más bella ley! ¡Guía en que no hay engaño, grande en quién no cabe maldad, que has aniquilado la injusticia y creado el derecho! Aparta el mal. Haz justicia, loable a quien los más loables ensalzan. Destruye la injusticia que me han hecho. Ve cuan abrumado estoy de aflicción; ve cuan débil soy. Júzgame, pues tengo necesidad.

El intendente Rensi, se presentó ante su Majestad:

—Señor, he encontrado a un campesino que

en verdad habla bellamente. Ha sido robado por uno de mis súbditos y ha venido a quejarse a mí.

—Si quieres verme contento — contestó su majestad — detenle algún tiempo y no respondas nada a cuanto diga, para que siga hablando. Cuanto diga, haz que lo escriban para que podamos conocerlo. Entretanto, vela por el sustento de su mujer y de sus hijos. Envía un emisario para que remedie la necesidad de su casa y atienda a su sustento, sin que sepa que eres tú quien lo haces.

El campesino fué a quejarse por segunda vez.

—¡Señor intendente! Grande entre los grandes, rico entre los ricos, timón del cielo, puntal de la tierra. ¡Que no se caiga el timón, que no se hunda el puntal! El gran señor coge aquello que no pertenece a nadie y despoja al que está solo. Y, sin embargo, tú tienes en tu casa cuanto necesitas. No hay nada peor que una balanza desequilibrada, una lengua que yerra, un hombre justo que vacila. Tus consejeros cometen injusticias. Roban los encargados del interrogatorio. El que debe dar aire, nos quita la respiración. El que tiene que distribuir, roba. El encargado de combatir el mal, obra peor. El encargado de medir el grano se guarda una parte. El que puede ver,

anda como un ciego; como un sordo, el que puede oír, y extraviado el encargado de guiar. Tú, que sabes de todos los hombres ¿no has de saber de mi necesidad? Tú, que sabes encauzar el agua, héme aquí extraviado. Tú, que sacas a tierra al que está a punto de ahogarse y salvas a los náufragos, sálvame a mí.

El campesino llegó por tercera vez.

—¡ Señor intendente! Tú atiendes a las necesidades de todos, pues eres como la corriente del Nilo, merced a la cual verdean los campos y se pueblan los lugares desiertos. ¡ Reprime a los ladrones! ¡ Ampara al miserable! No seas inundación que arrastra al que acude a tí suplicante; ten cuidado, que la eternidad se aproxima. Castiga a quien debes castigar. La palabra prospera más que las hierbas vivaces. No riegues mi discurso con el mal, pues si lo haces crecerá aún más. Tú eres como el lavandero codicioso que perjudica al amigo. Eres el barquero que sólo pasa al que tiene dinero para pagarle. Eres el justiciero en quien está aniquilada toda justicia. Tú eres el dueño del granero que no socorre al que acude con las manos vacías. Eres un pastor que no cuida del rebaño. Un ave de rapina que vive de los pajarillos. Eres el que, pudiendo oír, no oye. ¿ Por qué no escuchas? Que sea hallada la escondida verdad y que la

mentira sea destrozada para siempre. No cuentes con la mañana antes de que venga. No seas insensato, que han llamado a tu puerta. No dejes morir a aquel cuya vida debes conservar. Es la tercera vez que te suplico. ¿He de emplear aun más tiempo?

El campesino fué por cuarta vez a quejarse:

—Intendente, haz que triunfe la verdad, haz que nazca el bien y aniquila el mal, como la saciedad acaba con el hambre y el vestido con la desnudez, como el cielo se serena tras la tormenta, calentando a quienes tienen frío, como el fuego cuece lo que está crudo y como el agua extingue la sed. Mira en derredor de ti. El engaño es el enemigo de la justicia. El egoísmo es malo, porque el rencor es fuente de discordia. Está henchido mi cuerpo y cargado mi corazón, y de mi cuerpo sale la queja como por la brecha de un dique se filtra el agua. Mi boca se abre a la palabra. He vertido lo que había en el estanque de mi seno. He lavado mis vestidos, se ha producido mi discurso y aparece completa ante ti la imagen de mi miseria. ¿Cuál será tu decisión? Obra según la verdad, por respeto al señor de la verdad, cuya verdad es la verdad justa. Eres “styl”, eres libro, eres escritura de Thoth cuando te alejas de hacer el mal. El bien aparece cuando tú eres bueno. La verdad dura

eternamente y desciende al juicio de los muertos con aquél que ajustó a ella sus acciones. El que se embarca en la mentira no llega a tierra y su barca no fondea en el ansiado puerto. No seas parcial; no atiendas a tu preferencia. No seas negligente, pues será criticada tu conducta. No hay ayer para el negligente; no hay amigo para el que es sordo a la verdad; no hay día alegre para el codicioso. Te estoy suplicando, y tú no me escuchas. Tendré que irme a impetrar la compasión de Annubis (1).

El intendente Rensi envió a dos servidores para que hiciesen volver al campesino. Este llenóse de temor, pensando que le llamaban para castigarle por su discurso. El campesino dijo:

—Como el sediento se llega al agua, como la boca del infantuelo a la leche, así ansío yo ver cómo viene la muerte.

El intendente habló:

—No temas, campesino. Te quedarás conmigo.

El campesino, entonces, juró:

—Comeré eternamente tu pan y beberé tu vino.

El intendente respondió:

(1) Dios de los muertos.

—Acércate, para que veas que he reproducido bien tus quejas.

Y mandó que las escribiesen sobre un papiro nuevo, correspondiendo cada queja a un día.

Por orden de su majestad, le dieron seis esclavos, cebada, trigo, asnos y, además, todo lo que poseía Dehuti”.

*
**

Un silencio profundo se produjo entre los oyentes. Todos meditaban. Y todo estaba dicho. Ya se acercaba el final del viaje. El Cairo estaba a la vista. Sus murallas se divisaban muy cerca. Un momento más, y la caravana, rodeada de una legión de muchachos, entraría en la ciudad.

VIII

CONSEJOS AL HIJO DEL FELAH



Lucio Anneo — dijo el tío de Séneca, Galerio, el gobernador de Egipto—. Puesto que vuestra estancia aquí será corta, apresuraos a gozar del clima, y no olvidéis el bien que ha de hacer el baño a tu enfermo pulmón.

—Sí, sí. Iré en seguida, Galerio. Agradezco vuestro interés. Además, me divierte bastante darle consejos al hijo del felah. Todos los días le doy alguno.

—Perderás el tiempo. El hijo del felah es sordo como una tapia. Y perezoso.

—No importa. Algo ha de quedarle.

—No creo. Pasa todo el día en completa ociosidad. Pone en las diversiones su corazón y camina a la ruina.

—Yo haré que ponga su corazón en las

palabras que le digo, y le serán provechosas.

—Se enseña a bailar a un Kaeri (1), se doma a los caballos, se pone un milano en un nido, se le atan las alas a un halcón, pero al hijo del felah no se le puede hacer nada de esto. Es un insensato. No tiene educación. Por la noche le dan lección y durante el día le educan, pero él no escucha ninguna explicación y hace lo que le viene en gana.

—Bien. Ahora mismo voy a verle.

Salió Lucio Anneo. Pronto llegó a los baños. Allí sentado en las escalinatas estaba el hijo del felah. Le advirtió Séneca que lo esperase. Y luego del baño, se encaró con él:

—Mi corazón siente repugnancia de seguir adoctrinándote. Aunque te den cien azotes, tú no haces caso de ellos. Eres como un boricua al que en vano se golpea. Eres como un negro cuando lo llevan al tributo. Se pone el milano en el nido, se atan las alas del halcón... Yo haré de ti un hombre, muchacho perverso. Fíjate bien. Me dicen que abandonas la escritura y te entregas a las diversiones. Que andas de calleja en calleja buscando tu perdición. Eres como un remo roto que no rema en ningún sentido. Te han encontrado trepando por un muro. La gente huye de tí, porque la maltratas.

(1) Animal etíope.

“¡ Si supieras lo que es el vino, jurarías no probar la bebida!

”Te enseñan a tocar la flauta y a sonar el pito, a tocar el Kinnor y a cantar.

”Te sientas ante una mujer rociado de aceite. La corona de ischetpenu (1) cuelga de tu cuello y te golpeas el vientre con los dedos.

”Vacilas y caes. Estás completamente embobado.

”He oído que persigues los placeres. No desatiendas mis palabras.

”Tú ánimo se inclina a todo genero de insensateces. Brinca tu corazón y eres como un pájaro. Tu oído no escucha reflexiones.”

Eres como un antílope en la huída. No seas un sordo que no oye y al que hay que hablar con las manos. No dejes que tu alma flote como las hojas a merced del viento. No pongas tu corazón en los placeres, que de nada sirven ni prestan al hombre servicio alguno. El que trabaja corporalmente y tiene que servir al Colegio de los treinta funcionarios superiores, trabaja rudamente, empleando todas sus fuerzas, pues su labor es dura. No tiene criado que le traiga agua, ni mujer que le cueza el pan. En cambio, sus más afortunados compañeros, que se han hecho escribas, viven a su antojo y sus criados hacen

(1) Una planta.

por ellos los trabajos duros. Entretanto, el insensato trabaja y sus ojos miran con envidia al escriba. Fíjate, pues, apresúrate a coger el buen cargo. Fíjate.

—Sí, me fijo. Pero parece que este mundo singular está organizado de tal modo que la mano izquierda tiene que encargarse de lo que la derecha deja de hacer.

—Llegará un momento en que te absorberá el yugo de la costumbre.

Y Lucio Anneo no quiso hablar más. Dejó al hijo del felah, y se dirigió al parque de los Cien estanques de loto. La sombra densa de los árboles y el soplo fresco del agua le invitaban a permanecer allí. Excelentes e ingeniosos juegos los que se practicaban en el parque, juegos que ocupaban el cuerpo y el espíritu, sin cansar demasiado, como el de las cañas de agua. Se llenaban de agua cañas de bambú y se soplaban unos a otros, y el que resultaba más mojado, ese era el que perdía. Otro juego había, en el que los jugadores se dividían en dos bandos y combatían utilizando como armas ramas de Kadamba, con sus grandes flores amarillas. Por el polvillo de las flores podían reconocerse las heridas, y por ellas decidía el árbitro cual era el bando ganador. Era un juego muy emocionante y gracioso.

Luego Lucio Anneo, encaminóse a casa de su tío Galerio, el gobernador de Egipto. Cuando hubo llegado a ella manifestó el deseo de regresar a Roma. Su permanencia en Egipto ya había durado bastante tiempo, y de salud encontrábase mucho mejor.

Galerio le dijo:

—¡Pero, hijo, calma tu impaciencia! ¿No ves que estamos en el curso meridional del Sol? Cuando entre en su curso septentrional y la luna esté en creciente, escogeremos un día en que todos los auspicios sean favorables para el viaje. Pero antes, no.

Lucio respondió que estuviera tranquilo. Tendría paciencia hasta que llegara el momento propicio, y se dejaría guiar por la sabiduría en todos los momentos, tras lo cual Galerio alabó su obediencia, le dió su bendición y mandó que trajesen unos refrescos.

Por fin se aproximaba el día, en que concluyeron todas las señales y auspicios favorables. Lucio Anneo se puso en camino hacia Roma, mientras un esclavo antes a sus pies, recitaba con voz doliente:

Un tiempo huyó el fugitivo...

Hoy se sabe de mí en el palacio.

Un tiempo me deslizaba muerto de hambre...

Ahora les doy pan a mis vecinos.

Un tiempo un hombre dejó, desnudo, su país...

Hoy me visto con ropa de fino lienzo.

Un tiempo corrió un hombre que de nada

[disponía...

Hoy tengo multitud de siervos.

Mi casa es bella y amplios mis dominios.

Y en el palacio de Egipto se acuerdan de mí.

Hoy está ante mí la muerte,

como un enfermo que ha sanado,

como un enfermo que sale de la enfermedad.

Hoy está ante mí la muerte,

como perfume de mirra,

como remero que descansa poniendo el barco

[a la vela.

Hoy está ante mí la muerte,

como perfume de flor de loto,

como el que descansa en la orilla fresca.

Hoy está ante mí la muerte,

como un sendero pisado,

como el regreso a casa después de la guerra.

Hoy está ante mí la muerte,

como un cielo despejado,

como un campo de olorosas plantas.

Hoy está ante mí la muerte,

como el que desea volver a ver su casa,

tras largos meses de enfermedad.

IX

MAGISTRADO SENATORIAL



AS plazas y calles de Roma, bullían de animación y gentío. El primer magistrado iba a pronunciar un discurso en el Senado, presidido por el emperador Calígula.

El anuncio de este discurso, había despertado honda impresión en todos los sectores políticos, de tal manera que la gente afluía por todas partes y como un río humano se dirigía al Senado.

Por las aceras próximas al Templo de Minerva, paseaban reposadamente dos severos patricios. Dialogaban. Uno de ellos decía:

—Indudablemente, Lucio Anneo Séneca, es un joven de talento. Su carrera es rápida y brillante.

—Naturalmente. Había de llegar teniendo

como base la sólida influencia de su tía, la esposa del gobernador de Egipto.

—¿Os referís a Galerio? — interrumpió el interlocutor.

—Sí; el mismo. Y como este patricio ocupa un lugar preeminente en la corte del emperador, no le ha sido difícil obtener la primera magistratura para su sobrino.

—En el encumbramiento de Séneca ha influido mucho su tío, pero también puedo aseguraros que, para conservar este puesto y lograr conmover a toda una ciudad, que corre ávida detrás de él, donde quiera que pronuncie un discurso, necesitase algo más que influencias. Se requiere tener talento, ser original e ingenioso...

—Séneca vale como orador y como filósofo. Pero puedo afirmaros rotundamente, que a su edad, sólo con su propio esfuerzo y talento, no hubiera llegado adonde ha llegado, pues en la ciudad abundan ingenios como el de Séneca, que por carecer de protector, se confunden con el vulgo y permanecen ignorados.

—No serán tales talentos. El talento se abre paso a través de la indiferencia y obliga a que sus enemigos lo reconozcan y lo respeten, aunque finjan desconocerle, haciéndole el vacío y mirándolo con desprecio. Hoy, na-

die puede negar que Séneca es uno de los primeros oradores romanos.

—¡No tanto!

—¡Digo que sí! A mí me es enteramente igual Séneca que otro ciudadano cualquiera. Me limito exclusivamente a señalar un valor positivo. Hablo por mí, sin influencias ajenas, porque yo no milito en ningún partido político y esto me proporciona una suprema libertad de juzgar lo bueno y lo malo de cada partido, pregonándolo si quiero, sin temor a nadie.

—No deja de ser una opinión vuestra, particular, sin ninguna fuerza.

—¿Sin ninguna fuerza, decís? ¡Ya lo creo que tiene fuerza! Tiene la fuerza de mi sinceridad, que pesa tanto o más que la opinión de un partido, donde uno opina con rectitud o sin ella, y los demás, como un rebaño, se limitan a dar su conformidad.

—Podéis ser libre, pero esta libertad será la del solitario. No os servirá para nada; mientras que si militáis dentro de la colectividad de un partido, podríais esperar al día de mañana, en que, reconociendo vuestros méritos, os viérais encumbrado. De esta manera, solo y libre, nunca llegareis a ser nada.

—Mis ambiciones son pocas. Me limitaré

a ser un buen padre de familia. ¡Esto me basta!

Llegaron hasta ellos los gritos de la llantina de un niño. Al doblar la esquina, se encontraron con el llorón y su nodriza.

—¿Conocéis a este niño?

—¡No!

—Es el hijo de Agripina.

—¡Nerón!

—El mismo.

Lloraba Nerón a grandes gritos, y, pateando, exigía a su nodriza:

—¡Pégale! ¡Castiga a la tierra, que me ha lastimado!

La vieja nodriza dando tremendas palmotadas en el suelo, y fingiéndose encolerizada, decía:

—¡Toma, tierra! ¡Toma, tierra!

—¡Más fuerte! — rugía Nerón.

—¡Toma, toma! ¿Por qué has lastimado a mi nene? — Y seguía castigando al suelo.

—No es así como debéis pegarle — corrigió Nerón.

Sentóse en el borde de la acera y, descalzándose una sandalia, descargó terribles golpes contra el suelo.

—¡Toma! ¡Toma!

Su cara estaba congestionada por la ira.



... se encontraron con el llorón y su nodriza.



—¿Qué es eso? — preguntó uno de los dos viejos patricios.

Nerón no les contestó. Su nodriza habló por él:

—Se cayó y se lastimó en una rodilla, y ahora, arremete contra el suelo, para castigarlo.

—¡Por todos los dioses! ¿No ves que eres tú el que vas a sufrir el daño? — dijo el patricio a Nerón.

Volvióse éste iracundo y, cogiendo un puñado de tierra, lo arrojó con rabia contra el anciano que se permitía llamarle la atención.

—¡Vamos, vamos! — dijo el patricio a su compañero. — Es hijo de Agripina y no es posible abofetearlo.

Nerón oyó estas palabras, y comenzó a vociferar:

—¡Estúpidos! ¡Imbéciles! — y subrayó el insulto, arrojándoles con furia nuevamente piedras y puñados de tierra.



Cuando los dos ancianos llegaron al Senado, la gente dialogaba en corrillos. Algunas personas gesticulaban, hablando en alta voz.

En el Senado, en uno de sus ángulos, se destacaba la figura simpática del viejo Sex-

tis, acompañado de Sotión, Atalón y Papiro-Fabiano.

Sotión, con su voz tonante, decía a los del corro:

—Amigos míos, vamos a oír a nuestro estimado discípulo Lucio Anneo.

—Puedo decir con orgullo que influí en su espíritu de manera decisiva, hasta el extremo de hacerle adoptar las medidas más austeras, en lo concerniente a la alimentación. Me consta que sólo come vegetales.

—En cambio, no nos decís que fuísteis vos quien lo enseñó a dormir sobre duras tablas — comentó Atalón.

—No hablé de ello, porque “El retórico” intervino, y, con la influencia propia del padre, lo disuadió a que se ejercitase en la doctrina “Estoica”.

—Sois un “Estoico” exagerado. Queréis hacer secuaces, pero no lograis sino fomentar la debilidad en los cuerpos. Caso bien notorio el de Séneca.

—¿El de Séneca?

—Sí, gracias a vuestra iniciación en la doctrina “Estoica”, y a la alimentación frugal, Lucio tuvo que reponer su salud en climas cálidos.

—Ya me enteré de que pasó una temporada en Egipto, al lado de sus tíos.

—A no ser por los cuidados maternos de su tía, posiblemente nuestro filósofo habría dejado de existir.

—A pesar de eso, sigo siendo “Estoico” — rugió Sotión.

—Yo todo lo contrario. Como buen romano, me siento ecléctico (1). Así hay que ser en la vida, y escoger lo mejor de todas las cosas.

Hubo una pausa. Nadie se atrevió a reanudar el diálogo. Sotión dijo de pronto:

—Fijaos en el discurso de Séneca. Su modo de declamar tiene semejanza con la de mi escuela. Fuí yo quien le enseñé el ardid de emocionarse durante los discursos, para conmover más fácilmente a las multitudes.

—No os jactéis tanto. Quién le enseñó a declamar fuí yo — repuso Papirino-Fabiano, indignado, siendo así que hasta entonces había permanecido silencioso—. Yo le enseñé el “Estoicismo humanizante del sentimiento”: La flor del “Estoicismo”. El verdadero espíritu de la doctrina.

—¡No, no! Lo aprendió en mi escuela — sostuvo Sotión. Y apasionadamente, agregó—: Hice de él un gran filósofo, un elocuen-

(1) *Ecléctico*: Escuela filosófica que procura conciliar las doctrinas que parecen mejores aunque procedan de diversos sistemas.

te orador, un ilustre escritor, y le enseñé a declamar. ¿Quién lo adiestró en el ademán? ¿Quién lo enteró de la expresión que debe adoptar el rostro para dar más fuerza a las palabras? Vosotros ensayásteis sus discursos, es cierto, pero la labor, la verdadera labor de maestro, la hice yo.

—¿Y no os debe nada más Séneca? — preguntó irónico Atalón—. A ver si nos vais a decir que es a vos a quien debe el primer puesto de magistrado en el Senado, y su fama de ser el mejor de los abogados romanos?

—¡Por Júpiter y Rea! — gritó Sotión.

Iba a refutar a su colega, más la pronta intervención de Sextis amansó los ánimos.

—Amigos míos, no peleéis — dijo el anciano con voz queda—. Todos vosotros intervenisteis en la instrucción de Lucio, pero si él no hubiera sido un joven inteligente, de nada hubiesen servido vuestras lecciones. Encontrasteis un bloque de buena calidad y, como todos todos sois artistas morales, hicisteis de él una bella obra...

Ya Séneca se disponía a hablar. En el Senado acababa de entrar el emperador Calígula, el que no podía ocultar la envidia que le causaba Séneca, pues el emperador tenía la pretensión de ser el mejor orador romano. Séneca ignoraba la animadversión de Calí-

gula, animadversión creada por sus ruidosos triunfos.

El público, impaciente, reclamaba silencio.

Extendió Séneca a su alrededor su mirada penetrante y serena, para obligar que la asamblea le prestara atención.

Se hizo el silencio. Cuando todos estuvieron pendientes de la palabra del orador, éste comenzó su discurso:

—¡Majestad! ¡Ciudadanos senadores! Ciudadanos romanos!

... ..

Su palabra precisa, sobria y elocuente, fué atentamente escuchada. Pocas veces la actividad mental se esparció por campos tan diversos, y se tradujo en formas tan distintas. Su discurso fué un modelo de mesura mental y tacto didáctico, primordiales características de Séneca.

Cuando los aplausos coronaron las últimas palabras del discurso, corrieron a felicitarle sus preceptores de retórica: Marnerco, Escavuso, Musa y Julio Beseo.

Los aplausos, las felicitaciones, el éxito en fin, que había obtenido Séneca, despertó el odio de Calígula, quien desde la tribuna principal decía a sus cortesanos:

—Séneca pretende eclipsarnos con sus dotes oratorias.

Durante el discurso, el emperador empalidecía cada vez que uno de los parlamentos de Séneca era subrayado con murmullos de aprobación; de tal manera, que al terminar el discurso, ordenó a uno de sus generales:

—Ve y di a Séneca que no quiero volverle a ver. ¡Que ponga término a su vida! ¡Lo manda el emperador!

—¡Majestad! Se hará como decís.

Una bella cortesana que oyó la orden del emperador, intercedió:

—¡Señor! ¿Por qué ordenáis la muerte de Séneca, que ya está moribundo?

¿No sabéis la enfermedad que padece? Dejad que la muerte, de una manera natural, se encargue de aniquilarlo.

Puso la bella tal ternura en sus palabras, puso en ellas tan cálida emoción, que el emperador, revocó la orden.

La especie, sin embargo, ya había andado su camino. Séneca sabía que Calígula era el justiciero en quien estaba aniquilada toda justicia, ciego contra lo que veía, sordo contra lo que oía y olvidadizo de lo que debía recordar. El que tiene la lengua ligera y en el pecho el corazón versátil no puede concertar planes sensatos. Y esto le ocurría al emperador.

Lucio Anneo, deseando zafarse de las iras

de Calígula, abandonó la vida política y se entregó al cultivo de la Filosofía y de las Letras.

La inesperada muerte de su padre fué para Lucio rudo golpe. Y no quiso aceptar el hecho. ¿Dudó algún momento? En lucha consigo mismo, deshizo la agresión de los sucesos, y, sembrando en su espíritu la esperanza, sumió en el silencio el clamor de su angustia. Sin embargo, las voces encerradas en su cerebro parecieron salmodiar un canto lúgubre. Su oído percibía los ruidos más ligeros y sus ojos abríanse taladrando las sombras.

Vuelto en sí, después de tanta tribulación, Lucio Anneo contemplóse interiormente, hizo examen de los sucesos de su vida, y decidió, en homenaje a su padre, recopilar las obras de "El retórico", editándolas precedidas de una biografía.

ALTERCADOS CONYUGALES



AS agudas notas de las trompas, sonaron larga y lúgubremente.

—¿Qué significa ese toque inusitado, que oigo por segunda vez? — preguntó a Lucio Anneo su esposa.

—Y lo oirás dos veces más — aseguró el filósofo—. El magistrado se ha vestido la toca fúnebre, para pronunciar sentencia de muerte. Cuando esto ocurre, se convoca el Tribunal de un modo solemne, al son de las trompas.

—¿Quién es el sentenciado?

—Quienes son, querrás decir.

—Por qué?

—Por que son tres.

—¡Tres! ¿Qué delito han cometido?

—A mi modo de ver, ninguno.

—¡Ninguno! ¿Y los condenan a muerte? No comprendo. Cuéntame.

—Verás. Ha pocos días, salieron dos soldados de la ciudad a dar un paseo. Sólo regresó uno de ellos, al atardecer. El centurión (1) al notar la falta del otro, preguntó:

—¿Y tu compañero?

El muchacho quedó confuso y no supo que responder.

Creyendo el jefe que se trataba de un crimen, dió orden severa para que lo degollasen.

Ya iban a ejecutarlo, después de ser sentenciado por el Tribunal, en las afueras de la ciudad, cuando por un sendero, apareció cantando alegremente el compañero que creían perdido.

—¡Faciano! ¡Faciano! — gritó el reo, al ver a su amigo.

A los gritos, acudió presuroso el interpe-lado.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ocurre? — inquirió.

—Van a matarme. Creen que te he asesinado.

—¿Ese es el motivo? — interrogó Faciano, al jefe de la tropa.

(1) *Centurión*: jefe de una Centuria de soldados, en la milicia romana.

—Sí. Esa ha sido la orden que dió el centurión y la sentencia del Tribunal.

—Debemos deshacer inmediatamente el error. ¿No estoy yo vivo? Corramos a evitar la muerte de este inocente.

El jefe, comprendiendo las justas razones que alegaba el soldado, transigió, diciendo:

—Vamos a presentarnos ante el centurión, para que, en consecuencia, revoque la orden.

De acuerdo con las palabras del jefe, regresaron a la ciudad, pero con tan mala fortuna, que el centurión, que aquel día había libado en exceso, montando en cólera al verles exclamó:

—¿Quién os ha autorizado para revocar la orden dada por mí?

Quiso el jefe excusarse, pero sus palabras no fueron atendidas y su conducta calificada de rebelde. El centurión, llamando a otro de los subalternos, ordenó:

—A éste, lo matas, porque ya estaba condenado. A este otro, porque ha sido la causa de la condenación de su camarada, y a tu colega, porque, habiendo recibido una orden, ha regresado sin cumplirla.

Esta es la sentencia que hoy fallará el Tribunal. Mañana, al amanecer, será cumplida, ajusticiándose a estos tres desgraciados.

—¿Porqué se comete tamaña injusticia?—
exclamó la mujer, sin poder contenerse.

—Calla, no pronuncies palabras insensatas. Recuerda que las paredes tienen oídos, y que si tus palabras llegan hasta el emperador, pueden traer la desgracia a nuestra casa.

—¿Es que acaso tú encuentras justa esta sentencia?

—No discutas. Es orden superior.

—Lo que trato de dilucidar, es si hay o no justicia.

—Ya te he dicho que es orden superior.

—¡Tu contestación es necia! Quien manda, tiene obligación de mandar bien. De lo contrario, se expone a que le desobedezcan.

—Contigo no se puede discutir. Nunca se puede discutir con mujeres. Créeme; hila, cose, cuida de los quehaceres de la casa y no te preocupes de nada más.

—¿A qué viene hablar de esa forma?

—Las mujeres no entendéis de leyes.

—¡Qué importa! ¿Para qué necesitamos entender? Nos basta con el sentido común.

—No te enfurezcas. No por elevar la voz vas a convencer a nadie.

—¿Quieres decir que no tengo razón?

—No la tienes.

—¡No puedo hablar contigo! ¡Logras siempre exasperarme! — exclamó la esposa. Y,



El vaso quedó hecho añicos.

1870

1871

1872

1873

1874

1875

cogiendo un vaso de barro, lo arrojó con furia al suelo. El vaso quedó hecho añicos.

—¡Qué irrazonable e impulsiva eres! ¿Qué culpa tiene el vaso para que lo trates de ese modo?

La esposa de Lucio Anneo no quiso escuchar razonamientos y se alejó de su lado.

Llamaron a la puerta. Entró un esclavo ilota.

—¡Señor! — dijo, haciendo una genuflexión y besando la túnica a Séneca—. Mis dueñas Agripina y Julia, os ruegan asistáis a su palacio después de la hora de sexta (1). Necesitan consultaros.

—Diles que iré a la hora que me indican.

El esclavo, volviendo a inclinarse, salió de la estancia.

La esposa de Lucio Anneo, apareció nuevamente. Con la mirada hosca y ademanes destemplados, demandó:

—¿Puede saberse que vas a hacer todos los días en el palacio de la princesa Agripina?

—Nada censurable. Eres igual que siempre y siempre serás como ahora. Aunque te dijera el motivo de estas visitas que te hacen sos-

(1) *Sexta*: tercera de las cuatro partes iguales en que dividían los romanos el día artificial, y comprendía, desde el final de la sexta hora temporal, a mediodía, hasta el final de la novena, a media tarde.

pechar, hallarías el modo de atacarme. Sostengo mis opiniones, ya lo sabes, y, seguro de tener razón, no quiero ceder a tus testarudeces.

Lucio Anneo creía poseer el don de leer en las almas de los otros, y lo cierto es que percibía los pensamientos ajenos. Le había ocurrido muchas veces, igual con mujeres que con hombres, adivinar por los movimientos de sus ojos y aun por su quietud misma, la secreta actividad de su mente. Al sentirse observados por él, un rubor tenue les subía a las mejillas y, dirigiéndole furtivas e inquietas miradas, fingían mirar a otra parte. Y aun hubiera sido mayor la intranquilidad de los observados de saber que ni una sola de sus ideas, dejaban de tener un reflejo en su conocimiento.

Un descontento vago y creciente le poseía desde que había oído la impertinente pregunta de su esposa, y pensó en lo que le ocurriera la vez última que salió con su mujer. El, que conocía bien el camino, le dijo:

—Iremos por aquí; es el camino más corto.

—No; más corto es el otro atajo.

Para convencerle, le propuso que cada cual fuese por su lado. Así verían quién llegaba antes al cruce de los caminos. Partieron, y Séneca no tardó en oír extinguirse los pasos

de su esposa en la lejanía. El echó a andar sin apresurarse, seguro de sacarle una ventaja por lo menos de mil metros. Al llegar al cruce de los caminos, vió con sorpresa que ella lo esperaba ya, y desde lejos le gritaba triunfalmente:

—¿Lo ves? Supongo que desde hoy irás por el camino que yo te diga.

Cada vez más sorprendido, Lucio Anneo se quedó mirándola. No estaba sofocada, de donde se deducía que no había corrido.

—¡Ah, el ardid debe ser ingenioso, pero existe! — pensó Séneca. Y recordó su conversación con uno de sus amigos, que cortejara a su mujer antes y creía conocerla.

—Me gustaría saber que opinión os merece — le había preguntado Séneca.

Antes de responder el amigo, lo miró con ojos desconfiados.

—¿Mi opinión?

—Sí, a título confidencial y con la firme promesa de guardaros el secreto.

—Bien. A mí me parece uno de esos seres que no se dan ni se dejan pedir, sino que escoge a quien le place, poniendo toda su voluntad en los caprichos. Es un ser que ha trocado sus obstinaciones de niña jamás castigada, en caprichos de mujer segura de su poder de seducción. Si la creéis fría os halla-

réis con todo lo contrario; si la juzgáis apasionada estad seguro de ir a estrellaros contra el hielo... ¿Qué es en suma? me diréis... Pues en concreto, una jovencita voluble en cuyo espíritu caben todas las contradicciones... Tratad de ejercer un influjo dominador sobre ella y ya veréis lo que es sagacidad y energía para desasirse. Su mismo padre, que cree dominarla, no hace sino obedecer hasta sus menores veleidades... Por cierto que dice que tenéis pupilas de fiera.

—Conozco la opinión; pero no es de ella, sinó de otra muchacha.

—¿De cuál?

—No sé, de una de sus amigas. Cuando menos, así me lo ha dicho ella.

—Pues a mí me ha asegurado varias veces que cuando la miráis, le parece tener frente a frente los ojos de un tigre o de un leopardo... No sonriáis creyendo tener por eso ventaja... Miradla bien, fijando en las suyas las pupilas fascinadoras, y en cuanto note el deseo de dominio, se dirá: "He aquí un hombre que porque los ojos le brillen piensa tenerme a merced suya". Y con una mirada o una palabra fría y cortante os rechazará, para volver a atraeros cuando se le antoje. Una marejada de ideas opuestas combate en su cerebro. A veces, cuando contempla la mon-

taña y el mar, su boca se contrae de tal modo, que se ve que se siente desgraciada, inferior a cualquiera. Si no fuera tan orgullosa, lloraría entonces... Su imaginación y su desenfrenada fantasía son sus enemigos peores. Tal vez espera la llegada de un príncipe. A mí me hizo una farsa, hace algún tiempo. Estábamos a bordo de una nave, donde íbamos a despedir a no sé quién. Hacía frío, llovía, y una pobre mujer tiritaba con su niño en brazos. Ella se acercó a preguntarle: “¿No tiene frío ni teme que enferme el nene? ¿Por qué no se va a casa, cerca del fuego?” La mujer le respondió que no tenía dinero para comprar nada, y entonces, volviéndose a mí, me dijo: “No tiene ni para comer”. Y le entregó todo el dinero que llevaba encima. Cuando la mujer, deshaciéndose en palabras de gratitud la bendecía, le dijo, señalándome a mí, que me había alejado algunos pasos, con evidente sinceridad: “No me déis las gracias a mí, sinó al señor”. Y no tuve más remedio que soportar las alabanzas de la infeliz... ¿Qué os parece? Podía contaros muchas anécdotas más de esa índole, pero creo que os bastará.

—Entonces ¿es imposible conquistarla?

—¡Quién sabe!... Necesita una lección severa, ya que sólo obedece a su fantasía y es-

tá acostumbrada a triunfar siempre y a encontrar de continuo seres a quienes tiranizar. ¿Os habéis fijado en cómo la trato yo? Como si fuera una niña. La riño, corrijo hasta su manera de hablar y aprovecho todas las ocasiones para humillarla. Esto la mortifica en extremo, pero su soberbia le impide dejarlo entrever. Hace un año que la estoy castigando por este sistema y me parecía que ya empezaba a recoger los frutos de mi paciente siembra, pues incluso la vi llorar, cuando vos empezásteis a admirarla sin reservas, por lo cual todo se echó a perder. Si uno la abandona, ella encuentra en seguida otro adorador más incondicional y fervoroso. De lo que sí estoy seguro es de que arde como un volcán. ¿No me preguntábais si creía imposible conquistarla? No, no lo creo. Espera a su príncipe, que tarda ya y que la ha causado más de una decepción. Durante unos días se figuró érais vos: se lo figuró por vuestras pupilas de fiera, por la admiración que despertábais en las masas como orador... ¡El príncipe que llegaba de incógnito!...

El tiempo corría y todos los pronósticos se habían cumplido. ¡Su mujer era imposible! En tanto, Séneca, en el colmo de las tribulaciones, sufría en silencio su negro sino.

Hasta celosa llegó a volverse. Le registra-

ba, le abría el porfolio, le leía las misivas... Lucio trató de darle algún consejo que ella rechazó de mal talante.

Cuando entraban damas en su casa, su mujer corría a una puerta de la habitación y aguzaba el oído o el ojo, al través de la cerradura. Una vez abrió la puerta de súbito y se presentó en actitud furiosa, porque Lucio mantenía entre las suyas una de las manos de la visitante.

A veces no parecía quererlo, sino odiarlo; tanto se complacía en contradecirle, entorpecerle cuanto ideaba e incluso ridiculizarle.

Lucio Anneo pasaba por todo con disimulo, con paciencia, con estoicismo.

Llegaron a vivir como extraños. Ella comía a deshoras, negándose a concurrir allí donde Lucio estuviera. Cerró por dentro la puerta de su habitación. Ni a la entrada ni a la salida de casa la topaba Lucio. Ni el más leve ruido delataba en la casa la presencia de su mujer. Parecía haberse ido, haberse muerto.

De repente, cambió de táctica. Se hizo presente en todos los actos. Hizo que la servidumbre lo desobedeciese. La habitación de Lucio no se barría, ni se arrojaban las aguas sucias, ni su almuerzo estaba jamás a tiempo, ni las visitas eran recibidas cortésmente, ni

los libros de Séneca aparecían donde él los dejaba. Era una lucha insostenible.

Tuvo Séneca que barrerse él mismo su cuarto, hacer su cama, arreglar sus cosas. Comer, comía a deshoras, viandas pasadas y pan de la víspera.

Lucio Anneo no perdía su estoicismo, pero perdía la salud. No dormía. Sus nervios, agitados, lo hacían sufrir. A la menor queja de Lucio, con el más fútil pretexto, ella se encolerizaba:

—¿Qué te imaginas tú, que vamos todos a vivir de rodillas ante ti? Eres un hipócrita, un holgazán. No piensas nada más que en tus bribonadas. ¡Quién sabe cuántos líos tendrás por ahí, con esas damas que te mandan llamar con cualquier pretexto? ¡Farsante! Vives engañando a la humanidad; pero yo te conozco.

Complaciase, sobre todo, en calumniarlo y humillarlo delante de los amigos o deudos que fueran de visita. Su instinto de mujer, envalentonado por la pasividad de Séneca, por la seguridad de no encontrar resistencia agresiva, le servía para descubrir motivos de ofensa en los casos más baladíes. Supo encontrar los medios de acribillar a puyazos aquella vida, ensuciar aquella pureza, convertir en un infierno el estoicismo del filósofo.

XI

EN EL PALACIO DE AGRIPINA



s esperaba, querido filósofo — dijo Agripina cuando vió a Séneca franquear la puerta—. ¡Cuánto habéis tardado!

—¡Princesa! Por todos los dioses, no me avergoncéis de ese modo! Creo haber sido tan puntual como otras veces.

—Pero es mucha mi impaciencia y la inquietud que sentía por veros.

—Precisamente, la puntualidad y la palabra, son mi mayor motivo de orgullo. Creo que ambas, caracterizan al hombre.

—Así parece.

—¿Por qué sólo os lo parece? — repuso Séneca, un poco desconcertado.

—Porque a mí no se me oculta que vuestras palabras y vuestros actos, no guardan

relación. Hay una cierta diferencia entre ambas.

—¡Perdonad! ¿Os ha molestado mi franqueza?

—¡No! ¡De ninguna manera pueden molestarme vuestras palabras; muy al contrario: ellas me enseñan, me ayudan a conocerme, poniendo de manifiesto un algo de mi espíritu que yo desconocía. Porque, en verdad, nunca llegamos a conocernos plenamente!

—Pero yo nada puedo enseñaros, estimado filósofo.

—Desechad esa idea. Toda persona puede enseñar a otra. Un niño, o un gañán, con sus preguntas, pueden llegar a revelarnos algo desconocido.

Los que tienen la pretensión de llamarse sabios, conocen la sabiduría de la filosofía. Pero, ¿qué sería de ellos, con todo su saber, si no hubiera esclavos humildes y dóciles que les prepararan el baño, les limpiaran la casa, les lavasen la indumentaria y les condimentaran los alimentos? Para nada les serviría toda su sabiduría. El verdadero sabio, es aquel al que mucho le falta aprender y espera recibir siempre nuevas, por diferentes conductos. Por eso, no desprecia a nadie, atiende a todos igual, en cada uno espera hallar una partícu-

la del bien o del mal, de lo que debe asimilarse o de lo que debe rehuirse.

—¡Yo me creo tan poca cosa! Creí que en mí no hallaríais nada interesante.

—Una mujer hermosa como vos, princesa, aun cuando calla, es para el hombre inteligente un caudal de inspiración.

Hubo una pausa. Séneca concentróse un momento, y de pronto, dijo:

—Perdonad mi distracción...

—¿A qué os referís?

—A que al llegar, no os pregunté por Pasio Crispón ...

—Mi marido — interrumpió Agripina — estará jugando a los dados con sus amigos, hablando mal de su mujer, o libando buenos vasos de vino.

—¿Y Julia?

—Mi hermana estaba en el baño cuando llegásteis. Pronto vendrá.

—Siempre tan hermosa, ¿verdad? — comentó Séneca.

—¡Para su desgracia!

—¿Cómo para su desgracia?

Séneca reclinóse indolentemente en un asiento.

—¿Os extrañan mis palabras? — preguntó Agripina.

—Sí, no comprendo cómo pueda ser des-

graciada una mujer joven, por el hecho de ser hermosa.

—Lo comprenderéis en seguida. Desde que murió nuestro hermano, el emperador, vivimos rodeadas de las asechanzas envidiosas de nuestra tía Mesalina. Como cada día va envejeciendo más, tiene la pretensión de ser la mujer más bella del imperio. Mientras vive en palacio, rodeada de cortesanos, estos, con sus adulaciones, logran hacerle vivir en el engaño. Más, cuando la realidad se impone, como el otro día, y ve que la adulación es mentira y...

—¿Qué ocurrió?

—El otro día, en el circo, se hallaron muy próximas Mesalina y Julia. Esta, sin hacer alarde de su belleza, deslumbró al público, atrajo hacia sí las miradas de la concurrencia. Y esta humillación Mesalina no la perdona. Mujer de malos instintos, recurrirá a la venganza. Temo que algo desagradable nos va a suceder.

—Nada temáis, princesa. Recordad que sois sobrinas del emperador reinante.

Vuestro tío Claudio, además os quiere de verdad.

—¡Lo sabemos, lo sabemos! Pero es débil de carácter y se deja influir por su mujer. En esto está el peligro.

—Suposiciones vuestras.

—No, realidades. Y me parece que ya es tarde para evitar funestas consecuencias.

—No comprendo.

—Escuchad. Según confidencias de mi esclava Magda, que está al servicio del emperador, Mesalina ha hablado a su esposo de cierta intriga confabulada contra él, preparada por nosotros, bajo vuestra dirección.

—¿Nosotros? ¡Una intriga! ¡Es asombroso!

—La acusación os envuelve directamente a vos y a Julia.

—¡Una calumnia!

—Precisamente. Maneja con habilidad esta arma. Para disimular el verdadero origen de su venganza, ha inventado esa mentira burda y os ha hecho aparecer como conspirador, para luego descargar sobre vos y mi hermana toda la furia de su vanidad herida. No concibe que su hermosura quede relegada a segundo término. Esto para ella supone una grave ofensa.

—¿Y vos no entráis en su venganza?

—Para mi reserva algo peor. Quiere vengarse en mi hijo.

—Me dejáis perplejo. ¿Le ha ocurrido algo?

—Ayer, mientras Nerón jugaba en el patio, se le acercó un esclavo y lo convidó a unos pastelillos. Cuando Nerón se los llevaba a la boca, nuestro perro se los arrebató de la mano. Yo presencié la escena aterrorizada. Conozco al esclavo al servicio de Mesalina. Inmediatamente dí orden a los míos para que lo detuvieran. Mis temores no fueron infundados. Al poco rato vimos al perro que se revolcaba en horribles convulsiones. Ante el perro muerto, hice varias preguntas al esclavo. Negóse en un principio a contestar. Ordené entonces a mis siervos que lo desnudasen, y atado a una columna, le dieron cincuenta palos. Lo amenacé después con la muerte, si se obstinaba en callar. Con lágrimas, confesó que Mesalina lo había amenazado también con darle muerte si no envenenaba a Nerón. Por temor, obedeció. Al escuchar la confesión, mandé que lo desatasen, y cuando estuvieron curadas sus heridas, le dí la libertad.

—Hoy mismo debemos hablar con el emperador.

—¡Mesalina lo tiene completamente dominado!

—Entonces, no hay más remedio que salir de la ciudad inmediatamente, si no queremos ser víctimas de sus asechanzas.

En aquel momento entraba Julia radiante

de alegría, juventud y hermosura. Traía una cesta de uvas en la mano.

—Amigo mío, os traigo unas uvas de la campiña que acaba de ofrecirme una esclava. Comed — y le ofreció un racimo.

Cuando estaban más entretenidos paladeando el fruto, oyóse pisadas de gente armada que se detenía junto al palacio.

—¡Soldados! — murmuró Agripina, consternada.

—¡Sí! — afirmó Julia, en voz queda, pálida de terror.

Llamaron a la puerta. Uno de los esclavos abrió. Un centurión fornido, presentóse en la estancia y, después de saludar, dijo:

—Por orden del emperador, mi amo y señor, la princesa Julia ha de seguirnos, conducida a la isla de Córcega.

—¿Por qué atropella el emperador a su familia? — preguntó Agripina, enfurecida.

—No podría responderos, princesa. Obedezco y cumplo órdenes. Lo único que puedo afirmaros — añadió el centurión — es que, si la princesa no está dispuesta a seguirnos, he de llevármela por la fuerza.

—¡Cien soldados para llevar a una mujer! — repuso irónicamente Agripina — y añadió:

—Julia, obedece. Ve con el centurión. Yo

sabré hablar al emperador en la forma que merece. ¡Adiós, hermana mía!

—Tengo el presentimiento de que ya no nos veremos más, — exclamó Julia, acongojada.

—Sabré defenderte y rescatarte. ¡No olvides que aquí queda tu hermana!

El centurión habló otra vez:

—No tema la princesa. No irá sola a la isla de Córcega. La acompañará el filósofo Lucio Anneo Séneca, a quien vamos ahora a buscar. El emperador, lo ha relegado (1), igualmente, a aquella isla.

—¿Habéis dicho Séneca? — preguntó el filósofo.

—¡Séneca, he dicho!

—Pues yo soy.

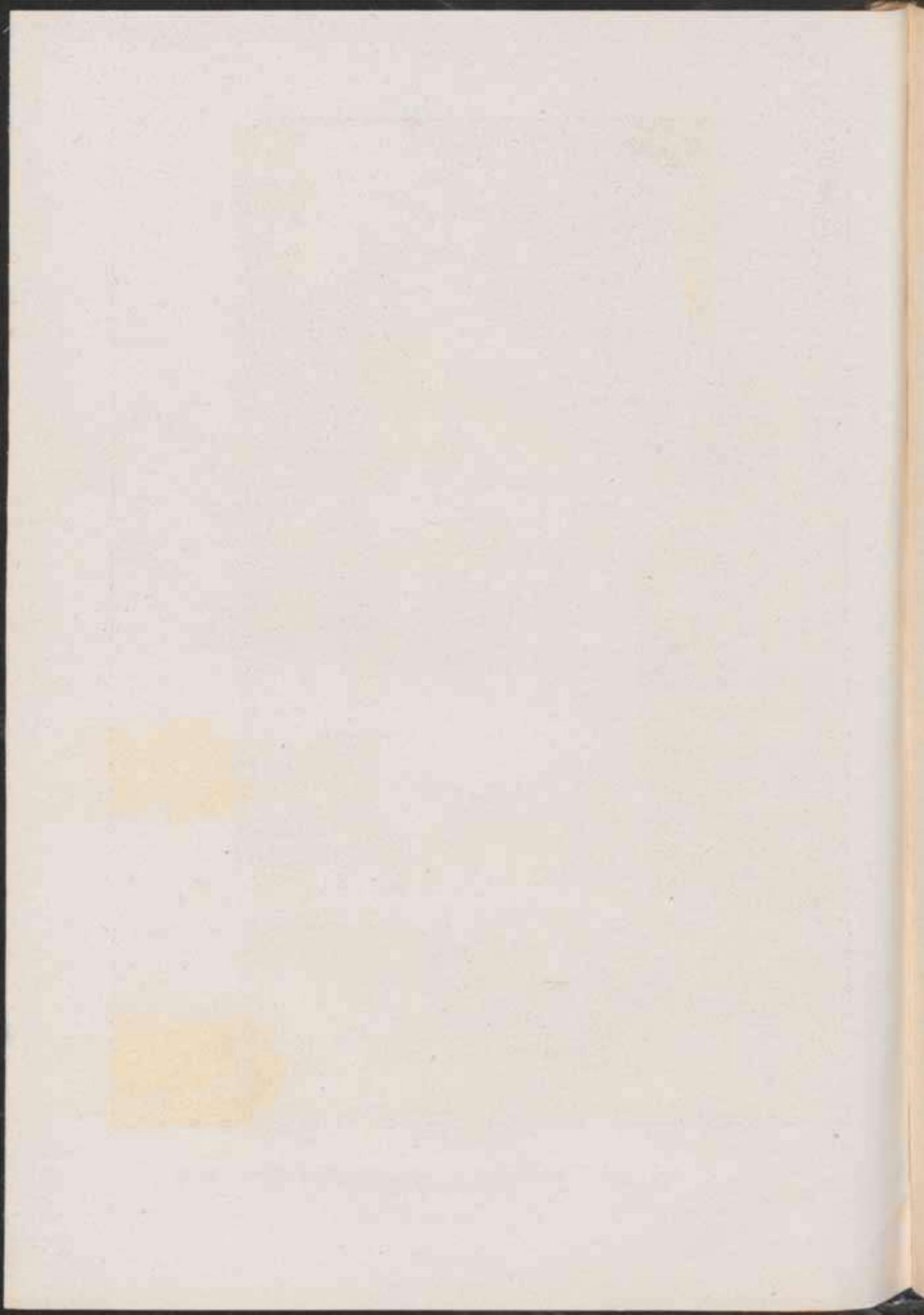
—¡Seguidme!

Séneca, después de despedirse de Agripina, con ánimo sereno, dejóse conducir por el centurión. Detrás, caminaba apesadumbrada, llena de temores y el espíritu abatido, la princesa Julia.

(1) *Relegar*: Entre los antiguos romanos, desterrar a una ciudad a una persona, sin privarle de sus derechos.



... Con ánimo sereno, dejóse conducir por el centurión.



UNA INTRIGA CORTESANA



ESALINA estaba enfurecida. No comía ni sosegaba. Su único afán se concentraba en vengarse de Julia, de su rival, de la que con su hermosura le había usurpado el puesto que le correspondía como primera beldad del imperio. Reclinada en el barandal de la azotea, contemplaba la campiña romana, pletórica de vegetación. Absorta, con la mirada perdida en el vacío, las imágenes de todas sus inquietudes malsanas y de la intriga que tramaba, confundíanse a porfía, entrecruzándose y fundiéndose.

Transcurrieron varias horas en la solemne quietud de la tarde estival, y Mesalina seguía con la mirada fija en un punto invisible. Poco a poco, empezaron a escocerle los ojos por efecto de aquella fijeza. El insano afán de su

corazón, la movió a erguirse convulsivamente y exclamar:

—Debo vengarme de Julia. ¿Pero cómo? ¿Matándola? ¡No! —rechazaba—. La sangre siempre deja huella. ¿Desterrándola? ¿Con qué motivo?

Luego, en tanto se le iluminaba el rostro con súbita alegría, exclamó:

—¡Ya sé! La calumniaré. ¿Pero qué diré? ¿Si dijera a mi marido que ella y Séneca conspiran contra él? ¡Eso es! Así me vengo indirectamente de Agripina, desterrando al filósofo, privándola de sus consejos... ¡Sí! He de deshacerme de Nerón. ¡Ese maldito niño no debe llegar a emperador!

Respiró profundamente, satisfecha de su plan, y, deseosa de llevarlo a término lo antes posible, entró en el palacio, dirigiéndose a las habitaciones de su esposo.

—¡Claudio! ¡Claudio! —llamó Mesalina, tratando de despertar al emperador, que dormía la siesta.

Al ver que él no parecía querer despertarse, Mesalina recurrió a medios violentos. Lo sacudió fuertemente, y, para acabar de despabilarlo, le echó agua al rostro.

Claudio, por fin, abrió un ojo, luego otro, y dando un bostezo formidable, preguntó a su esposa:

—¿Por qué me has despertado?

¿Que por qué? Piensa que si no fuese por mí, que vigilo constantemente, no serías emperador. A ambos nos habrían arrojado del imperio.

—¡Hija mía, todo eso es muy grave! ¿Qué ocurre? ¿Se han sublevado los esclavos? ¿Hay que matar algunos centenares de ellos?...

—¡No, nada de eso! ¡Ocurre algo peor!

—¿Peor aún? ¿Qué es ello? ¿Qué sabes?

—¿Qué es lo que sé? ¡Pues que existe una confabulación contra tí!

—¿Una confabulación contra mí? ¿De quién?

—De tu sobrina Julia y de Séneca, el filósofo.

—¿Una intriga de Séneca? ¡Estás soñando! Séneca es un hombre pacífico.

—¿Te extraña que los intrigantes sean gente pacífica? Pues bien; Julia, la niña cándida, está urdiendo contra tí la intriga más abominable.

Y aproximándose a su oído, le dijo unas palabras.

—¿Eh...? — exclamó el emperador.

Mesalina siguió hablando en voz baja. Después, elevando la voz, añadió:

—Ahora ya lo sabes. Haz lo que mejor te parezca — e hizo ademán de salir.

Quedó Claudio preocupado. Cuando Mesalina iba a franquear la puerta de la estancia, el emperador la llamó:

—¡Mesalina, Mesalina!

—¿Que deseas! — preguntó.

—Ven.

Aproximóse sumisa, con la sumisión que podía mostrar una mujer rencorosa, de espíritu satánico.

—¿Qué debemos hacer? — preguntó Claudio con inquietud, sintiendo en su ánimo el zumbido de mil perplejidades.

—¡No sé, no sé!...

—La cuestión es delicada. Observa que Julia es una princesa, y Séneca uno de los filósofos más conocidos de Roma. Sin motivo que lo justifique no puedo mandar matarlos.

—¡No los mates! No hay necesidad. ¡Relégalos a Córcega!

El emperador, fuera de sí, juró que castigaría duramente a los culpables de aquella infamia. Sin embargo, una duda le asaltó:

—Si la nobleza se entera, ofendida a un tiempo ella y el pueblo, hollando los derechos de la primera y privando a la segunda de los discursos del filósofo, ¿qué dirá? La nobleza se molestará conmigo, que, en vez de cumplir con la justicia, demuestro a diario que en mi corazón anida la ira.

—¡No temas! Ejecuta la orden al atardecer, y pasará inadvertida.

—Llama a un esclavo para que avise a un centurión.

—¿Qué orden vas a darle?

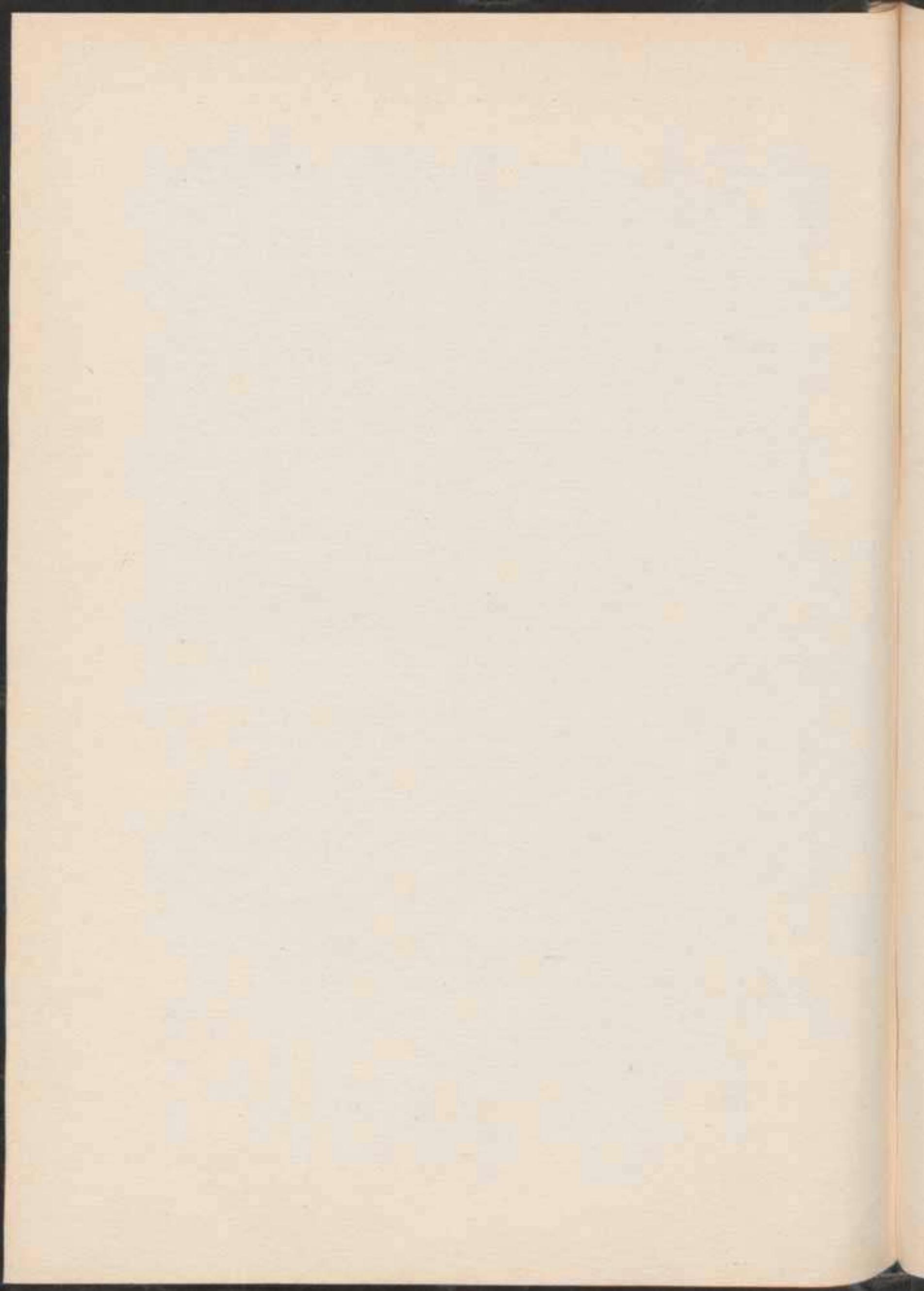
—Que detengan a Julia y a Séneca, para relegarlos a Córcega.

—¿Y si se resiste, hostigada por su hermana?

—¡Ah!, entonces, que la lleven a la fuerza.

—Eso, precisamente, era lo que había que puntualizar.

Llamaron al esclavo. Y el centurión, después de recibir sus órdenes, alargó el brazo derecho en señal de acatamiento.



XIII

LUCIO ANNEO SÉNECA DESTERRADO



Los naturales de Córcega, dominados y gobernados por los romanos, veían a éstos con recelo. Los corsos, aunque resignadamente, odiaban a los romanos, haciéndoles sentir en todo momento su profundo desprecio.

Para el ciudadano romano, la isla tenía un ambiente de inhospitalidad, y esa contingencia era aprovechada por el Tribunal de Justicia para deportar a ella a los delincuentes políticos.

La población corsa, repartida en colonias, habitaba los parajes próximos al mar, mientras otras buscaban su albergue en el interior de la isla y en el corazón de los bosques.

En una de esas colonias cercanas al mar, en una casita humilde, vivía el filósofo, acom-

pañado de una esclava encargada de los quehaceres de la casa.

Lucio Anneo, con el ánimo deprimido, sintiendo el aguijón de la añoranza de su patria adoptiva y de su familia, representada, no en su esposa, sino en su madre y hermanos, pasaba los días sin otra compañía espiritual que los libros, entregado a sus lucubraciones, escribiendo el famoso tratado "De Consolatione".

Una hermosa mañana, cuando más enfrascado estaba en la lectura de sus autores directos, llamaron a la puerta.

—¡ Señor! — dijo la esclava—. Ha llegado un amigo vuestro, que dice llamarse Cesorio Máximo y pide autorización para veros.

Al enterarse de que su amigo Cesorio había hecho la travesía hasta Córcega sólo para visitarle, sintió Séneca que su abatimiento desaparecía, renaciendo en él el optimismo. Dejando sus libros, salió al encuentro de Cesorio Máximo. Al verlo, corrió a abrazarle.

—Siéntate, amigo mío, siéntate! — invitó Lucio Anneo. Y añadió—. ¿A qué debo tu visita?

—La visita obedece al deseo de probarte mi amistad. No creo en la falta que se te imputa. Sigues siendo para mi el mismo Lucio Anneo Séneca de antes.

—Gracias, gracias, amigo mío.

—Estás pálido, desmejorado, enflaquecido...

—¡Sufro mucho! Te habrás enterado del envenenamiento de la princesa Julia...

—¿Envenenada?

—Sí, todos los síntomas que se manifestaron en su rostro, delataron bien a las claras una intoxicación misteriosa...

—Esas irregularidades son obra de la misma fuente... Son obra...

—Supongo... ¡Pero... callemos!

Durante un instante guardaron silencio. Después, preguntó el recién llegado:

—Dime, ¿en qué te ocupas?

—Leo, escribo, paseo. No es posible hacer más. Esta gente indómita mira con odio tal al romano, que no hay manera de hablar con ella. Para hacer sentir el rencor que le roe, azuza a sus hijos a que apedreen a los romanos; y si, en justa defensa, éstos les castigan su atrevimiento, aparecen entonces los padres y hermanos, con aire destemplado, pronunciando palabras llenas de amenaza... Y ¡ay de aquel que, formulando una queja pide ayuda a la fuerza armada, porque le hacen la vida imposible!

—¿Cómo te las arreglas, pues, para convivir con ellos?

—Usando de una serena diplomacia y de una gran ductilidad de carácter; poniendo en práctica el axioma de “devolver bien por mal”.

—¡Oh!

—Por medio del ejemplo, logré que me traten bien. El mundo sólo nos da lo que le hemos entregado con antelación. Me propuse ganar el ánimo de estas gentes, que aun siendo primitivas y rudas, tienen un fondo de bondad, el que precisamente he querido sacar a la superficie. Comencé por atraerme a los pequeñuelos, a los niños, mis predilectos. Sin hacer caso de sus pedradas y amenazas, los convidé a almendras, nueces, higos... Esta manera de obrar les extrañó en un principio, pero no volvieron a levantar las piedras del camino contra mí. Un día se cayó un mozal-bete, dislocándose una pierna. No podía andar. Lloraba desesperadamente, los padres estaban apenadísimos. Casualmente, acerté a pasar por allí. Al enterarme de lo que ocurría, pedí permiso para curar al pequeño. Y como conozco la anatomía, fuí tentando, tentando, hasta que dí movilidad a aquel pie. Desde entonces, todos los vecinos me reverencian. Me buscan cuando están enfermos y curo sus dolencias. ¡Pero, en el fondo (lo comprendo), todo es egoísmo! Finjo no enterarme. Debo

convivir con ellos... ¡quién sabe cuánto tiempo!... He sufrido físicamente, pero mi espíritu se ha depurado. El infortunio templó las almas. Me he consagrado a escribir mis obras, deleitándome en ese trabajo. Para descansar de las meditaciones filosóficas me entrego a la contemplación de la Naturaleza. Cuido las flores y recolecto los frutos. Tú desconoces el encanto estético que encierra la contemplación de una flor en el mudo proceso de su desarrollo, en el movimiento inmóvil de los vegetales, cuando transforman el capullo...

—Comprendo tus éxtasis, porque muchas veces, sediento de verdad, me he parado yo también a contemplar la gran obra...

Pausa.

—¡Cuánto has sufrido!

—Sí, he sufrido. No es humano no sentir los propios males, pero no es varonil no saber soportarlos.

—Tienes un consuelo. Mucho exigen de tí los hombres, porque mucho esperan de tí.

—No lo creas. Los hombres no piensan tanto en mí. La única memoria inmortal es la del genio. Yo no lo soy. Pero... hablemos de otra cosa. Háblame de los míos.

—Después de la muerte de tu esposa, que se te comunicó...

—¡Que los dioses hagan con ella todo el bien que mal a mí me hizo!

—Tu madre, al saber tu destierro, se afligió muchísimo. Hoy está más sosegada, sobre todo, desde que recibió aquella "Consolación" que le enviaste. La última vez que la ví, pensaba volver a Córdoba.

—Siento añoranzas de Roma... Soy débil, lo reconozco...

—No la sientas, Lucio Anneo. Roma está sufriendo una transformación increíble.

Nos divertimos con impetuosidad y terminamos por aburrirnos, quizás porque no pensamos más que en la diversión. El César nos da el ejemplo. No veo en mi alrededor más que gente fastidiada, que no tiene otra ocupación que buscar distracciones renovadas, y esto en todas las clases, del mismo modo en el pueblo, que en los esclavos y en las mujeres que en los niños.

Nuestros viejos padres Thraseas, Rubellius, Plautus, Memmius, Regulus, Silanus, Pisón, ven esto con disgusto y con tristeza silenciosa.

Aquellos mismos cuya frente hace tiempo habían olvidado sonrojarse, se sonrojan ahora a la vista de multitud de Augustos prodigando sus aplausos al César. No exagero al decir que hay senadores que se muestran al públi-

co como cocheros, y matronas que figuran entre los gladiadores. Los que pasan por filósofos y hombres castos, no se atreven a decir lo que piensan. No sé, verdaderamente, hasta donde podremos bajar, pero lo que existe es de mal agüero para el porvenir. Algunos se impacientan y se indignan. En el pueblo y entre los pretorianos hay quien se lamenta. Todos, sin embargo, están de acuerdo para formar malos augurios de Roma, sus costumbres libertinas y toda la corrupción que muestra. Hay quien asegura una caída inminente, aunque la ciudad se engrandezca, aunque recubran sus techos de oro, aunque se agreguen siempre enormes edificios y se bañen en el lujo más desenfrenado. La corrupción se ha introducido en los hogares; la virtud de Thraseas y de Arria, parece hoy tan ridícula como el modesto hábito de los antiguos romanos al lado de los cabellos rizados y la faz pintada de los del Palatino. El Senado no se atreve a pensar en la suerte de la República.

Muy raros son los momentos en que los hombres, otras veces tan enérgicos, salen de su letargo. Los justos son en minoría y se callan. Todo lo que resta de venerable en la nación, guarda silencio bajando la frente, ya que el uso de hablar no sirve para nada. No obstante, Plautus sostiene que los dioses, antes

de hacer sentir su poderío, esperan que el mal haya llegado a su última etapa.

—¿Pero es que hay todavía dioses? Tienen todavía adeptos sinceros?

—No, no. Se hace burla de todo lo sagrado, aunque aumente siempre el número de dioses, y las extrañas prácticas vengan de Asia y Africa. También los templos están desiertos, exceptuando los días que se festeja a los Augustos.

Entonces el miedo conduce allí a la multitud y los sacerdotes se transforman en nómicos. No creas que, llevado por el espíritu de la sátira, exagero en nada lo que sucede. La corriente es de una impetuosidad extrema. Los mismos que se dejan llevar lo atestiguan. Roma resistirá todavía antes de sucumbir, pero con la condición de que el remedio sea tan violento como el mismo mal...

—¿Qué vida haces en medio de esa baránda?

—Mi vida es siempre la misma. Me acuesto fastidiado y apenado; me despierto lo mismo. Apenas acabo de abrir los ojos, cuando me doy cuenta de que mi casa está invadida por un enjambre de contertulios importunos y alborotadores. Unos me fatigan con sus bajas adulaciones; otros me traen noticias o mensajes, cuya naturaleza me avergüenza

manifestarte. ¿Qué debo hacer de la mañana sino ir a las Termas? ¿Qué debo hacer del día sino pasar una buena mitad en las calles? Los mismos tertulianos reaparecen, enlodándose detrás de mi litera, llenándome de preguntas y demandas, si llego a detenerme. Para unos es menester una invitación para cenar; para otros una cantidad de dinero... En las calles, es un ir y venir perpetuo, una batahola incesante. ¿A quién sigue el populocho? No es a los senadores o a los tribunos, pero sí al flautista o a un libertino cualquiera revestido de un manto de púrpura galoneada de oro, y cuyas orejas delatan el origen. En las Termas, si se quiere, se puede pasar un día entero, semanas, un año. Todo un mundo vive allí. Los baños y las estufas no son más que accesorios. Cuando, hace varios años, dejaste Roma, no existían más que las Termas de Agrippa. Ahora son varias; unas para el pueblo, otras para la nobleza. Algunos senadores tienen Termas propias y pasan allí la vida. No se oyen más que risas y discusiones desde la mañana hasta la noche. Después son los charlatanes que dicen la buenaventura, de todos los países y de todos los orígenes, que venden el porvenir como otros, cabellos y afeites. No hay necesidad, para consultar el oráculo, ir a las cavernas de la Sibila de Cu-

mes; por algunas monedas se compra una sentencia. Están todos allí, judíos del bosque de Egeril, charlatanes y brujas de Caldea y sacerdotes ambulantes de los diferentes dioses, a los cuales Roma, hastiada de sus divinidades, ofrece hospitalidad. Se encuentra en las Termas lo que se desea y lo que no se desea absolutamente.

—Vosotros, los romanos, os habéis hecho dueños del mundo, y no sabéis dominaros vosotros mismos.

—¡Por Júpiter! ¡Cambiaría con mucho gusto mi existencia por la tuya! Te quejas de vivir en medio de estas gentes. En su seno mismo puede aprenderse. Hoy quizás hay más virtudes aquí en la Galia que en Roma. Solamente el estudio del carácter y costumbres de las naciones extranjeras, que por instinto están más cerca de la naturaleza que nosotros, ofrecen un tema de trabajo interesante. Pero estás harto de tu destierro, como yo estoy cansado del ruido y del murmullo de la multitud, en donde los bárbaros (1), son al menos por mitad. Son los Egipcios, los Judíos, los Parthos, los Griegos, los Germanos, los Armenios, los Sirios, individuos llegados del lago Maeris o de la Bretaña, domestica-

(1) Extranjeros.

dos, civilizados poco a poco. Y en medio de ellos apenas un puñado de Latinos, débiles y pálidos.

—¿No dominan las costumbres romanas?

—No. Más bien las costumbres griegas o extranjeras: los dioses, vestidos, casas, manjares, todo es griego y extranjero.

—Antes Roma tenía valor, resolución, dignidad. ¿Acaso lo ha perdido todo?

—Sí. Los romanos no saben vivir con dignidad, ni morir con nobleza.

—¡Son fastos muy tristes los nuestros!

—No puedes formarte idea del derroche, de la locura de lujo, de la sed de distracciones que devoran a Roma.

—Bajo esa alegría, estoy seguro que se oculta un sentimiento de profunda tristeza, y, para esa sociedad envilecida, es necesario derivativos extravagantes a los cuales el mundo entero paga su tributo de sangre y oro. Ayer y hoy, millares de bestias y centenares de personas perecen en el Circo, y apenas la sangre acaba de verterse, el pueblo reclama a gritos otros espectáculos, nuevas locuras. Para saciar los deseos del pueblo romano y mantenerlo quieto es menester sangre en grandes cantidades. No necesitan cadáveres, son necesarias distribuciones gratuitas de pan, baños, peluqueros, regalos o limosnas distribuídas

por las gentes ricas, pues, de lo contrario se sublevarían. No es ya un punto de discusión: el *populos romanus* no quiere trabajar. El botín y las comitivas triunfales, he aquí lo que interesa en la guerra. Pronto habrá que incorporar mercenarios en las legiones, pues los voluntarios, antes de mi destierro, llegaban a faltar. Un anillo en el dedo parecía ya demasiado pesado a la nobleza. ¿Qué dirán, de una armadura? ¿En qué se ha transformado el ancestral valor y temeridad en el combate de los antiguos romanos?

—El libertinaje y la ociosidad los han hecho desaparecer vergonzosamente.

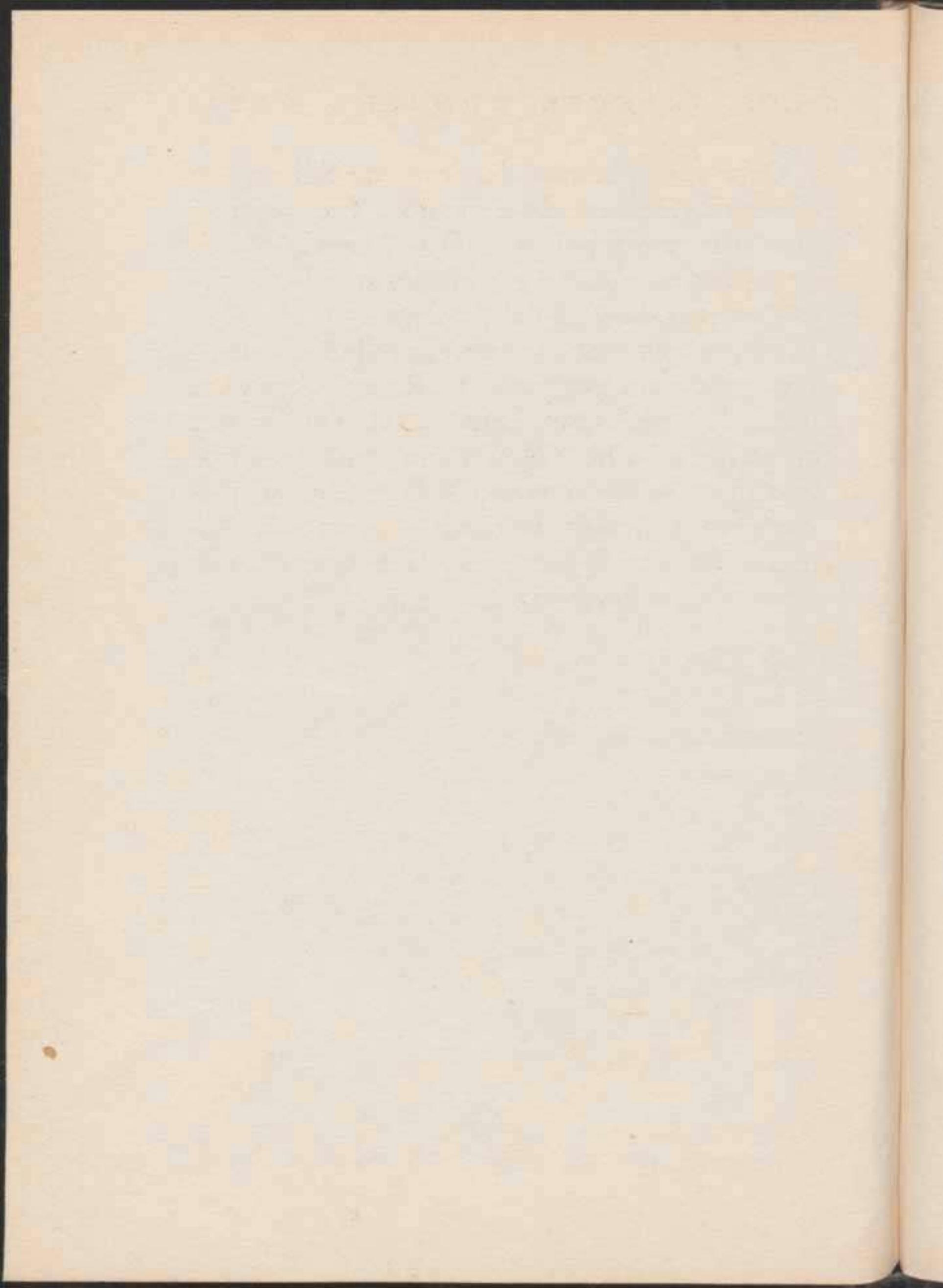
—He aquí lo que pensamos en nuestra sociedad íntima, y el hastío os llega hasta el corazón cuando codeáis el triste mundo actual.

La conversación entre Lucio Anneo y su amigo Cesorio Máximo, se prolongó hasta altas horas de la noche. La tierra y los dioses, el pasado y el presente: he ahí el tema de la plática...

En la noche serena, se trasladaron a los jardines de los arbustos en flor, se sentaron cerca de una fuente, a los pies de Diana, y lentamente, el tiempo fué pasando. Y así les sorprendió el alba.

Ocho años duró el destierro de Séneca, en Córcega. Durante este tiempo, fué visitado repetidas veces por su amigo Cesorio Máximo, quien compartió con él, durante temporadas enteras, la vida del destierro.

El año cuarenta y nueve, recibió orden de Agripina para regresar a Roma. Agripina había logrado que Claudio, el emperador, adoptara a su hijo Nerón. Su cruel enemiga, Mesalina, había muerto. Y la madre de Nerón comenzaba su privanza, llamando a Roma al filósofo Séneca, con el honroso cargo de preceptor de su hijo.



XIV

SÉNECA PRECEPTOR DE NERÓN



o quiero, no quiero! — decía Nerón tozudamente.

—¿Cómo no vas a querer, si ha llegado ya tu preceptor? — argüía Agripina, tirándole de la mano.

—¡No, no! ¡Me da miedo! ¡Es muy feo!

—Ven aquí, tonto — dijo Séneca, que en aquel momento entraba en la estancia—. Déjale, princesa. El solo vendrá a mí. ¿No es eso? ¿Verdad que eres un hombre? Por lo menos ya tienes años para serlo y casi tanta estatura como yo.

Nerón estaba avergonzado.

Séneca le pasó suavemente la mano por la cabeza. La caricia hizo nacer en Nerón la confianza hacia su preceptor.

—¿Jugarás conmigo? — preguntó.

—Sí, esta noche te mostraré las cinco estrellas (1). ¿No las viste nunca?

—He visto muchas...

—Pero las cinco estrellas de que te hablo, son más bellas que las siete maravillas del mundo. ¿Las conoces?

—No.

—Fíjate bien:

Los muros de Babilonia.

El Templo de Artemisa, en Efeso.

La estatua de Zeus, en Olimpia.

Las pirámides de Egipto.

El mausoleo de Halicarnaso.

El coloso de Rodas.

Los jardines colgantes de Babilonia.

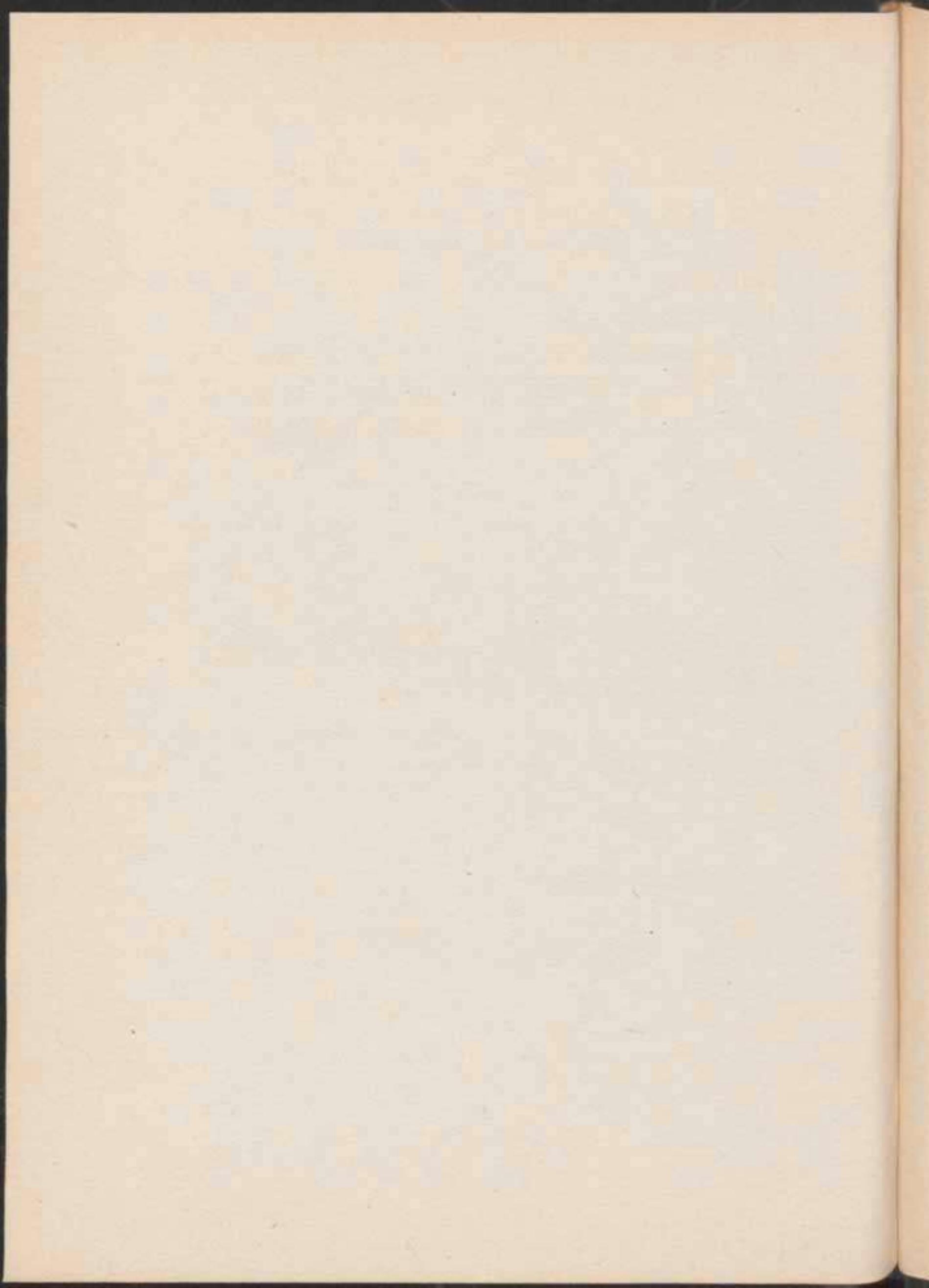
Para granjearse las simpatías de Nerón, Séneca fomentó su vanidad y permitió sus caprichos. Si alguna vez se manifestó su energía de una manera violenta y quiso imponer su autoridad al futuro emperador, la soberbia de éste y su orgullo despreciativo, lo desarmaron.

En vista de esto, Séneca optó por transigir con todas las cosas de Nerón, halagándolo, riendo sus groserías y estupideces, con algún elogioso adjetivo.

(1) Se refería a los cinco planetas conocidos en la antigüedad: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno.

Lucio Anneo esperaba, sin embargo, corregir sus defectos y afinar su sensibilidad abotargada. Mas Nerón fué creciendo, y los consejos del filósofo cayeron en el vacío y en la indiferencia.

Agripina, por su parte, procedía como Séneca, y no pensaron que estaban formando la moralidad del que más tarde había de ser emperador.



XV

LA SEGUNDA ESPOSA DEL FILÓSOFO



EN el palacio de Agripina celebrábase una fiesta familiar en honor de Nerón por vestir por primera vez la túnica blanca (1).

Cuando se retiraron las flautistas, las danzarinas y todos los invitados, quedaron solos Agripina y Lucio Anneo.

—Parece que voy a perder a mi filósofo (2)
— comentó Agripina.

—¿Porqué dices eso, princesa?

—Me he enterado que proyectas casarte con la hermosa Paulina Pompeya. Yo no la

(1) Los romanos celebraban familiarmente la salida de la infancia y la entrada a la pubertad. El joven que había llegado a esta edad, cambiaba de *praetexta* ribeteada de púrpura por la toga viril, completamente blanca.

(2) Las mujeres romanas acostumbraban a confiar a un filósofo su dirección espiritual.

conozco. ¿Serías tan amable que me dijese como es ella?

—Paulina, es joven y bella, pero no está aquí su verdadera supremacía.

No hay en Roma, princesa, dos jóvenes como Paulina. Es menester su sincera virtud, su amor a la modestia y a la ciencia, para garantizarla de la corrupción. Y lo que ve cotidianamente pasar ante sus ojos, no hace más que fortificarla en sus resoluciones, perseverando en su actitud austera y en su pudor indómito. Los representantes de las más ilustres casas de patricios han pretendido su mano, pero ninguno fué aceptado. Y pocos son admitidos a pasar el umbral de su puerta. No sin orgullo, me alabo de encontrarla, de ahora en adelante, siempre abierta para mí. En su casa, debo confesarlo, he pasado los más dulces momentos de mi vida... Pero no creas, princesa que experimentara en un principio un gran amor por Paulina.

Entonces nos quedábamos en el terreno de amigos sinceros, y si me hubiese atrevido a hacerle comprender que la encontraba seductora y deliciosa, me habría impedido en seguida la entrada en su domicilio.

La casa de Paulina está situada sobre una de las vertientes del monte Palatino, cerca de la mía. He preferido esta villa a la villa más

suntuosa que habitaba el rico Marcus, y no siento esta preferencia, por otra parte más conforme con mis gustos modestos, ya que me encuentro como vecino de Paulina Pompeya. A esta villa he llevado los cuadros de mis antepasados y sus estatuas. Alrededor se extiende un jardín bastante grande, que limita con los jardines del César; gozo de él con placer, porque encuentro sombra, agua y una gran quietud. Un muro separa solamente mi *vidriarum* del domicilio de Paulina. Es más lujoso que el mío, porque su familia lo ha adornado de objetos hermosos. Por amor al arte ha adquirido estatuas griegas, jarrones de Corinto o cuadros de los antiguos maestros. Además, tiene una rica biblioteca, más numerosa que la mía. Su padre ha comprado muy caros esclavos que le copian todas las novedades, y su *amanuensis* caligrafía día y noche, no cartas amorosas, pero sí obras doctas.

—Nada me has dicho del físico de Paulina — interrumpió la princesa.

—Pues hablar de una mujer sin describir su exterior es como si no hubiese dicho nada. Es bella. Pero no una bella a la moda actual, con el pecho descubierto y sujeto por un filete de oro, con los cabellos deshechos, revestida de esos velos transparentes con los cuales las mujeres de hoy se parecen más a las de Siria

que a las matronas de Roma. Modesta, bella, como una vestal de mármol, envuelta en un *peplum* que la protege de las miradas indiscretas, de una imponente estatura, Paulina Pompeya cuida de su belleza, a pesar de su sencillez, en la justa medida que conviene a las mujeres de bien.

A su alrededor no muge un enjambre de esclavos, empleados en darle exagerados cuidados de tocador... No obstante, resplandece en ella una gracia llena de nobleza, como si bajase de su zócalo de mármol, antes de tocar el suelo. *Incessu patuit dea.*

Esta dignidad no la priva de aparecer muy joven: a pesar de sus veinte años, no se le haría más que diez y seis. Es que su alma es muy joven, aunque su espíritu sea más maduro y más asentado que el de muchos sabios de cabellos blancos.

Los dioses la han colmado de sus dones, porque no es solamente virtuosa: está dotada de una inteligencia viva y sutil, que causa admiración. Nuestra amistad cordial, hasta ahora, no se parecía en nada, puedo asegurarlo, a un apasionado amor.

—Entre jóvenes, no es raro pasar los límites prefijados, y esto no deja de ser peligroso — advirtió irónica, Agripina.

—Es imposible que Paulina se enamore de otra cosa que de la virtud.

—¿No te ama ni la amas?

—Sí, es cierto, pero con mi constante desconfianza, aun no leo claramente en ella, y no la amaré jamás apasionadamente. La duda me domina constantemente y esto es lo que me amarga la vida.

—Desecha esos temores, y admite mi felicitación. Otra vez, confiesa tus secretos con menos trabajo...

—Yo no tengo secretos para la princesa.

—¿Cómo explicas tu silencio?

—Porque no era un secreto mío. Era también de Paulina. Y la prudencia me aconsejaba callar.

—Eres muy circunspecto.

—Creo que se debe ser así con los secretos de los demás.

—Es verdad. Tu proceder capta todavía más mi confianza.

—Gracias. Y ahora que estamos en el terreno de las confidencias, ¿qué opina de Paulina la princesa Agripina?

—Por la descripción que de ella me hiciste, me parece muy mujer. Su padre es un honrado patricio. Dió pruebas de su nobleza



en varias ocasiones, rechazando subastas (1) favorables, que podían enriquecerlo. Su nombre está siempre en primer término.

—¿Crees, princesa, en mi felicidad con ella?

—No puedo afirmarlo. Depende de muchas circunstancias... Pero dejemos el amor, que es más propio de la juventud. Hablemos de otra cosa.

—Ante el pueblo representas un sector de la opinión. Y yo ante el emperador, soy como el mismo emperador...

—Me maravilla esa afirmación.

—No debe maravillarte. La debilidad de Claudio es manifiesta. Mientras vivió Mesalina, gobernó ella el Imperio. Hoy que ya no existe, soy yo la que mando. Tengo completo ascendiente sobre el César. Hace lo que le sugiero. Si titubea en realizarlo, se lo exijo, se lo mando. Y él obedece siempre.

—Princesa, me parece imprudente hacer pública su debilidad.

—Eso solamente lo conoces tú.

—Está bien. ¿Y, qué quieres decir con eso?

(1) Cuando se habían de vender bienes del pueblo romano o confiscados a los proscritos, el pretor clavaba en tierra la lanza, en el lugar donde se realizaría la venta. Se tenía por poco honroso comprar esta clase de bienes.

—Que, aliándonos secretamente, nos haremos dueños de los secretos del Imperio.

—¿Cómo?

—Claudio morirá muy pronto. Es un apoplético. Por sucesión, el Imperio, debe heredarlo el hijo de Mesalina y Claudio.

—Britanio.

—Eso es. Pero nosotros hemos de evitar que Britanio sea el elegido.

—¿Quién ha de ser, pues?

—Nerón, mi hijo.

—¿Nerón?

—Sí. Cuando él sea emperador, tú serás su primer ministro.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿Por qué?

—Un hijo hace la voluntad de su madre.

Séneca cerró los ojos. Una idea terrible cruzó su mente.

—¿Te interesa? — inquirió Agripina.

—¿Se enterará de esta intriga el pueblo romano?

—¿Me lo preguntas a mí tú, que eres filósofo?

Lucio Anneo quedó pensativo. Agripina añadió:

—¿Tanto como has vivido y te quedas perplejo ante esa bagatela?

—Princesa, algunas veces tengo mis dudas. No sé si he vivido mucho o si he existido mucho... ¡que no es lo mismo!

Se levantó Agripina y, acercándose a un vaso de Corintio (1) lleno de rosas, aspiró largamente su aroma. Luego, en tono displaciente, dijo: ¡No hagas frases!

Sonrió el filósofo. Las ironías de Agripina eran muy sutiles.

(1) Vasos de bronce que privaban en aquel tiempo, reputándoselos como característicos de un lujo refinado.

XVI

NERON SUCESOR DE CLAUDIO



El emperador llamó al esclavo:

—¡Fausto, escancia vino!

El aludido obedeció.

—¡Sin miedo, sin miedo!

El vino debe servirse

aprisa para que el vaso se llene rápidamente y haga burbujas.

Con mano temblorosa, el esclavo hizo lo que le ordenaban.

—¡Así! — dijo el César jovialmente, con la jovialidad prematura de la embriaguez. De un tragoapuró el contenido, y se tumbó nuevamente en el diván.

—¡Claudio! ¡Claudio! — gritó Agripina, sacudiendo el inerte cuerpo del emperador. — ¡Qué asco! ¡Otra vez borracho! Todo el día bebiendo!

—Dejémosle — observó Séneca.

—No. Este es el momento oportuno para lograr de él lo que se quiera. Hay que aprovechar su inconsciencia para hacerle firmar las mayores insensateces.

—No me parece muy digno el procedimiento.

—Ya estás con tus acostumbrados reparos y prejuicios. Con esas dudas y tu manera de ser, no es posible que se cumpla nuestro objetivo.

Séneca hizo como si no hubiese oído, luego exclamó:

—Parece que despierta.

Padecía Séneca hondas crisis de debilidad moral. El destierro anuló la fineza de su espíritu y nació en él un temor de condición de esclavo, logrado por asimilación, como una segunda naturaleza, que no le permitía obrar con energía, imponiéndose a las adulaciones y negándose a realizar indignidades.

Agripina volvió a llamar al emperador.

—¡Claudio! ¡Claudio!

—¡Vino! ¡Vino! — dijo él.

—¡No, vino no! — negó Agripina, con entereza—. ¿No ves que te hace daño?

—¡Más vino!

—¡Cállate!



— ¡Claudio! ¡Claudio!

—¿Quién eres tú, para levantarme la voz?
— preguntó, mirando a Agripina, sin reconocerla.

—¿No sabes quién soy?

—¡Ah, sí!

—¿Quién soy?

La miró un momento, pestañeando y dijo:

—¡Agripina!

—Sí, tu querida sobrina.

El César se frotó los ojos.

—¿Quién te acompaña?

—Un amigo tuyo: Séneca, el filósofo.

—¡Ah, el filósofo!

—Hemos venido a hablar contigo de cosas relacionadas con el Imperio. Cada día estás más débil. Los médicos aseguran que debido a tu glotonería y excesivas libaciones puedes sufrir un ataque de parálisis. Sin embargo, no te asustes. Pero no conviene que por falta de previsión, tus enemigos, que sabes son numerosos, aprovechen la ocasión para destronarte.

—¡Eso no lo harán, por Júpiter!

—No lo harán, porque aquí estoy yo que vigilo y me intereso por tus cosas. Tu hijo Britanio es débil, enfermizo, sin ninguna iniciativa. Debido a su abulia, no es difícil que tus enemigos lo convenzan de que debe conspirar contra ti y lleguen a destronarte, obli-

gándote a pasar el resto de tus días encerrado en una mazmorra.

—¡No, eso no! ¿Qué debo hacer?

—Lo que yo te diga, aceptándolo sin titubeos.

—Habla.

—El hombre que debe sucederte es tu sobrino Nerón.

—¿Tu hijo?

—Sí.

—Es un muchacho valiente, decidido, inteligente, impetuoso... — elogió Séneca—. Sabrá malograr todas las intrigas. Es el hombre que os conviene.

—¿Oyes, oyes?... No lo digo yo. Lo dice el filósofo, y la voz del filósofo es la voz de los dioses.

—Nerón sabrá matar a todos tus enemigos César — afirmó Séneca, haciendo un supremo esfuerzo.

—Sí, es un gallardo mancebo.

—¿Qué te parece mi plan?

—Magnífico. Nerón será emperador. Ahora mismo lo nombraré sucesor...

—¿Y esto a quién se lo debes?

—¡Al vino, mujer, al vino! ¡Fausto, Fausto!

Acudió el siervo.

—Escancia vino para todos.

—¡Para mí no! — advirtió Lucio Anneo —soy abstemio y estoico...

—¡Qué abstemio ni qué centauros! ¡Fausto, sirve vino al filósofo!

—Bebe, Séneca — invitó Agripina.

Lucio Anneo posó los labios en el vaso, con una mueca de desagrado.

Un hombre como Séneca, que conocía la vida romana y de Córcega, a través de la vida de esclavitud, y humillación, debía haberse formado del plan de Agripina una idea justa, mostrándose más severo que un romano envuelto por la corriente de esa vida misma. Pero en aquella sociedad enferma, con locura de placeres, en el libertinaje más insolente e impúdico, olvidados de toda ley... el ejemplo venía de lo alto y no estaba permitido desobedecer. El que defendía la virtud o el buen sentido, cometía un crimen contra el César y los dioses. Del mismo modo que el mundo entero había sido creado para Roma, Roma entera había sido creada para el César.

Tiberio y Calígula fueron aventajados en mucho por Claudio, y la inmoralidad llega a lo inenarrable con el histrión, poeta y músico, que exigía se le admirase bajo pena de muerte: Nerón, el discípulo de Séneca, muchacho conducido por Agripina, creador de las *Juvenales*, y de su transformación de César en

poeta, actor, músico, citarista... en fin, monstruo, hombre cruel y sanguinario.

Para festejar el nombramiento del sucesor de Claudio, celebróse en el Circo una gran fiesta. Había allí mujeres e hijas de senadores, mujeres de rostro pintado, peinados extravagantes, llenas de joyas deslumbradoras, riendo a carcajadas, cambiando signos o imprecaciones con los hombres, mostrando con desvergüenza la gloria de su oprobio. Se podían tomar por esclavos o danzantes recién libertadas.

Al aparecer los gladiadores, circularon de boca en boca los más íntimos de sus secretos, y en el rostro de Séneca se podía leer el sufrimiento interior que lo torturaba. Guardaba silencio, a veces pálido y a veces encendido el rostro, mirando obstinadamente a las arenas y no sabiendo como esconder su inquietud.

La vista de la sangre le causó una impresión dolorosa y quiso marcharse cuando a los gritos de la multitud se remataba a los moribundos. Y mientras que los demás clamaban con delirio ante el espectáculo, él desfallecía.

Lo más curioso era quizás César, Nerón, Agripina y su acompañamiento. Estaban allí Tigellinus, Epaphrodite, Senetius, Poppea... En la parte baja del anfiteatro, en los bancos

que recientemente se habían hecho reservar para la nobleza y los senadores, estaban sentados los amigos de Pisón, figuras sombrías y pensativas.

Habíase anunciado que además de los combates de los gladiadores y los *bestiaria*, serían entregados a las fieras algunos esclavos y judíos. El pueblo desenfrenado los llamaba sin cesar. El César hizo una señal... Todas las miradas se dirigieron hacia las rejas.

Una vez fueron corridos los pesados cerrojos, las rejas se abrieron, aparecieron las fieras. Un león primero, después una pantera y un tigre, salieron de su escondite a latigazos.

Azorados al principio y no apercebidos para la lucha, las fieras se agazaparon contra los muros, lanzando miradas inquietas a su alrededor, buscando un hueco por donde escapar.

Los gritos dados por los espectadores no hacían más que aumentar su espanto. Por fin, el león se acostó; la pantera, con paso acompasado, dió la vuelta al redondel; el tigre ejecutó primeramente saltos enormes, después se detuvo bruscamente, ojo avizor. De repente, las rejas *Vomitorium* rechinaron con estrépito. Se oyeron en los bancos exclamaciones sordas. Un momento de espera. Salieron tres personas: un anciano débil, una jo-

ven de gran belleza y un hombre en la plenitud de su vida, con largos cabellos y barba negra. No tenían armas, ni siquiera picas. Nada de cueros en las piernas: eran cristianos.

El anciano marchaba delante; detrás iba la joven, encendida de rubor, con sus manos sobre el pecho. Seguía el joven con la mirada triste, pero aspecto tranquilo. Iban replegándose unos contra otros, lo que provoca una risa salvaje en la multitud.

Habiendo llegado al medio de la arena sin que ninguna de las bestias los atacara, se arrojaron. La multitud se indignó, creyendo que pedían perdón, y en todo el anfiteatro se oyeron gritos y rugidos reclamando el combate y la muerte. Más recio que los demás vociferaban las mujeres, furiosas por el retardo.

Esta espera duró sólo un instante. Las fieras pasearon sus miradas sobre el anciano, la muchacha y el joven, no atreviéndose a arrojarse sobre ellos. Aguijado por el hambre, el tigre se aproximó, arrastrándose, al joven, y de un salto montó sobre su espalda... Todo esto en un abrir y cerrar de ojos. El joven cayó con los brazos cruzados. El sufrimiento fué corto.

La multitud se impacientó, empezando a murmurar. No era este el espectáculo que re-

clamaba; pedía lucha, episodios dramáticos, sufrimientos y torturas más lentas.

Durante este tiempo, el tigre, ocupado en triturar a su víctima, lanzaba de cuando en cuando miradas al león y a la pantera. El olor de la sangre y la vista del cadáver acabaron por despertarlos. El león saltó y se abalanzó, no sobre los supervivientes, sino sobre el tigre. Este le amenazó con sus garras, y después huyó, abandonando los despojos ensangrentados.

Se ofreció entonces un espectáculo que hubiera enternecido al hombre más bárbaro, y para el cual, no obstante, los romanos no tuvieron más que burlas y gritos de desprecio. La muchacha se había inclinado sobre el cadáver del joven, y llorando amargamente le abrazaba la cabeza. La pantera la cogió en esa posición por la nuca... Después, el último suspiro salió de sus labios.

El anciano había quedado solo. Ni los insultos, ni los gritos de la multitud, que deseaba verlo combatir, cambiaron su actitud serena. Contemplaba melancólicamente los cadáveres de sus hijos, esperando la muerte con calma, sin cerrar los ojos.

¿De qué sentimiento estaba animada la multitud? No puede definirse. Respecto a Séneca, experimentaba tal piedad hacia aquellos

desgraciados, tal desprecio hacia los que exigían su muerte, que casi hubiera querido saltar a las arenas para defenderlos.

De una mirada abarcó toda la pista. El león daba un rugido terrible, a causa de una zarpada del tigre, y se lamía sus ensangrentadas heridas, y la pantera desgarraba el blanco y bello cuerpo de la joven... Al anciano se le arrojó una pica para que se defendiera del tigre o la pantera. Ni siquiera la cogió.

—¡A muerte! ¡A muerte! — gritaba el pueblo.

El anfiteatro entero, la *cavea*, la galería, el *podium*, temblaba bajo los gritos frenéticos. En un delirio indecible, las mujeres se agitaban como furias. La dignidad del rango no impedía a los senadores mezclarse en estas manifestaciones, y de sus bancos salían gritos más atroces que los que salían de las filas superiores del anfiteatro.

El anciano no imploró perdón, ni dirigió sus miradas hacia los espectadores, ni hacia el César, ni del lado de las vestales. La escena hubiera durado largo tiempo, si Nerón, el futuro emperador, por indicación de Claudio, no hubiese hecho una señal.

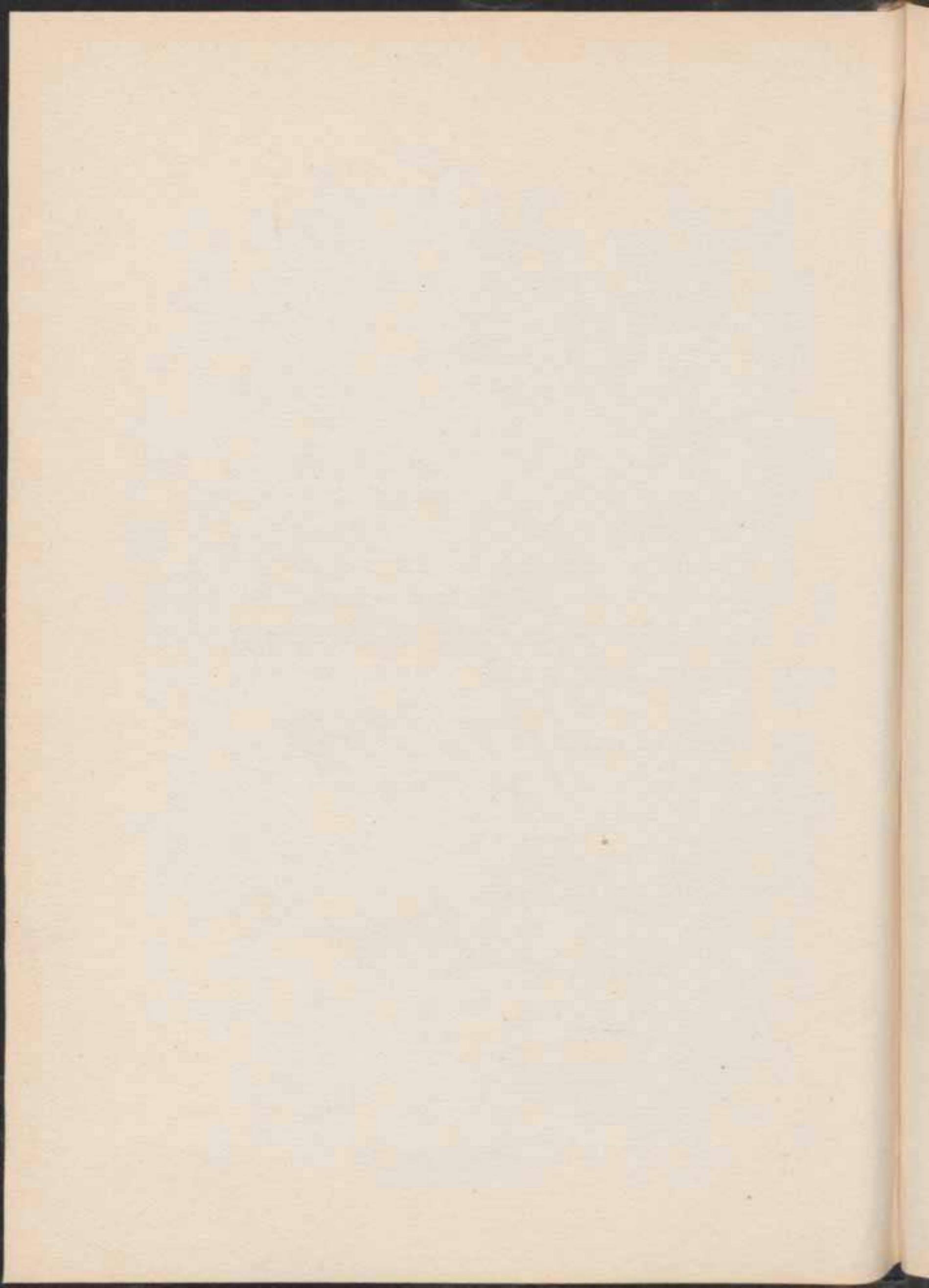
Los verdugos se aproximaron, y uno de

ellos hundió su corta espada en el pecho del anciano.

El viejo no se movió. Levantando los ojos al cielo, parecía estar en comunicación con divinidades invisibles.

Luchar encarnizadamente hasta el fin, ¿hubiera representado más valor que esperar así la muerte, con una calma estoica y sin manifestación de temor? Aquellas gentes, uno de los primeros sacrificios del cristianismo, murieron como estoicos y como ningún romano sabría morir. No experimentaron ni indignación, ni cólera. Despreciaron una defensa inútil. Mostráronse llenos de fe, con una fuerza desconocida, propia solamente de los discípulos de Jesús.

Jamás Séneca estuvo tan preocupado y serio como después de este espectáculo, cuyo recuerdo le torturó toda su vida.



SÉNECA MINISTRO DE NERÓN



L morir Claudio en el año cincuenta y cuatro, Agripina, hábilmente secundada por Séneca, elevó a Nerón, a los trece años de edad, al solio imperial.

—Te felicito, Lucio Anneo — dijo Agripina al filósofo, — por la última orden que has sometido a la firma del emperador.

—¿Te refieres a la separación entre el Estado y el Palacio Imperial?

—Sí. Esto alejará a las mujeres, a los favoritos y a los libertos de los Césares, de que se inmiscuyan en todos los asuntos de la República.

—Con esta medida, el sistema político del Imperio, deja de ser el de la monarquía de Claudio, servida por la domesticidad, para

convertirse en una monarquía servida por la aristocracia.

—Estás bien orientado.

—Hago lo que puedo por el pueblo romano.

—Ahora debieras procurar, de acuerdo con Burrus, el prefecto de la milicia, que Nerón no se entrometa para nada en los asuntos del Estado. Esto puede lograrse contrayendo una secreta alianza con amigos y amigas, a fin de que, distrayéndolo con festines y bacanales, deje lo demás en nuestras manos.

—Eso es una inmoralidad, princesa.

—¡Qué importa! En política todos los medios son lícitos; la cuestión es llegar al fin. Fíjate que así gobernamos nosotros y no él.

Séneca quedó abismado, tembloroso.

—¿Titubeas? Ya veo que me he equivocado en la elección. No eres el hombre que yo necesito. Estás lleno de prejuicios, como un plebeyo.

—¿Llamas prejuicios a la moral?

—Para mí todos los obstáculos que se oponen a la realización de mi ideal son prejuicios.

—Pero es que eso que dices, no es ningún ideal. Eso es una intriga.

—¿Cómo se atreve mi ministro a hablarme con tanta insolencia, usando palabras groseras y ofensivas? Recuerda que soy princesa, la madre de Nerón, la que te sacó del des-

tierra de Córcega, de tu condición vil. No olvides que una palabra mía, es capaz de hacer trocar tu túnica de ministro por la del desterrado...

Y le volvió la espalda y se encaminó a la puerta...

—¡Princesa! ¡Princesa! ¡Un momento, por favor!

Detúvose la intrigante, y al volverse, Séneca le dijo:

—Estoy dispuesto a obedecerte.

—Satisfaz mi deseo...

Agripina salió de la estancia. Séneca habló consigo mismo:

—He sido un vil, pero no, yo he protestado de sus intenciones. ¡Maldita debilidad moral! Me ha hecho transigir, aceptando como buena esa villanía que se trata de hacer contra Nerón. ¿Esta es su madre? ¡No eso es un mónstruo! ¡Parece increíble que existan seres tan abyectos y despreciables!

Para sacudirse el malhumor en que le había sumido esta última escena, salió a la azotea. Era un día despejado. El sol brillaba allá en lo alto, y su luz potente lo esmaltada todo. El azul del firmamento estaba limpio de nubes. Séneca, sentía en su espíritu este baño de Natura. Su ánimo intranquilo fué serenándose paulatinamente. Los pensamientos

pesimistas dejaron paso a un cúmulo de nobles aspiraciones.

Paseando lentamente por la azotea, preguntóse:

—¿Cómo mitigaré, legalmente, la situación de los esclavos? Acaso no sea tiempo todavía para esta evolución, pero hay que encauzar la opinión en este sentido. Por de pronto, todo mi esfuerzo debe redundar en hacer que la autoridad judicial castigue los excesos que los señores cometen con sus siervos.

XVIII

EL SENTIDO DE LA VERDAD



ÉNECA no escribía como hablaba y hablaba de otro modo que obraba. Anneo Cornutus, poeta joven, silencioso y poco comunicativo, que llegó a ser célebre por el valor de sus juicios frente a Nerón, decía de él “que sus opiniones, como las de Lucano, eran demasiado variables”. Se citaba una contestación famosa de Anneo Cornutus, cuando el debate del número de capítulos y de versos que debía contener el gran poema de la historia de Roma.

—Cuatrocientos versos por el capítulo dedicado a Nerón — opinaba Lelius, uno de los aduladores del César.

—¡Cuatrocientos! — exclamó Cornutus—. Pero, ¿quién los leería?

—Y, no obstante, Chysippas, a quien veneráis tanto, ha escrito muchos más.

—Es verdad — repuso Cornutus; — pero al menos, los libros de Chysippas han podido ser útiles para alguna cosa.

Estas palabras arrojadas en pleno rostro del César permiten apreciar el hombre que las había pronunciado.

El cristianismo comenzaba a preludiar su misión redentora, glorificando el sufrimiento, considerado hasta entonces como un mal y que únicamente los estoicos enseñaban a vencer y a despreciar. La nueva religión se edificaba sobre la ley moral, en la que no basta estar iniciado en los misterios de la fe, en hacer ofrendas y en satisfacer las exigencias de los ritos; sino que es necesario también observar una conducta sana, mostrarse digno de Aquel cuyo nombre nos cobija. No la religión de un país, sino la religión del mundo entero. Sus verdades son claras y no se esconden ante nada. Su característica distintiva, abarca la vida del hombre por completo, y resume sus principios en algunas grandes prescripciones y, sobre todo, en una prescripción capital, única, que resume todas las demás: manda amar. Del amor resulta la fraternidad, el perdón de las faltas, la sumisión... De la ley del amor nadie está exceptuado, ni el enemigo. Dios ama de igual manera a todos sus hijos, y debemos seguir

su ejemplo. Una sociedad completamente nueva, una gran familia de la que Dios es padre y en la que todos los hombres son hermanos: he aquí lo que constituye esta religión. Ni maestros, ni libertos, ni esclavos, todos son iguales. Solamente es la virtud la que decide de la categoría de cada uno, señalando a los que tienen derecho a guiar a sus hermanos. Todo es amor en esta religión; pero un amor que no tiene nada de carnal ni terrenal. Con él se trabaja para la unión de todos, y el que es más pobre y humilde, más derecho tiene a ser amado. Este Dios no conoce el odio, no admite la venganza, y nos manda devolver bien por mal. Si el orgullo del hombre se revuelve contra esta ley, su corazón, por el contrario, la saluda con júbilo.

Así hablaban ante la Asamblea, en las cavernas, los apóstoles de elevada estatura y mirada clara y franca, comenzando siempre con la plegaria a Dios, padre de todos los hombres, uno y único, sin carne, sin principio, sin fin.

La religión cristiana ganaba cada día más adeptos, extendiéndose por las provincias más lejanas, sobre todo entre los esclavos. Por esta religión el Imperio se creía amenazado de una revolución, de una nueva guerra, tanto más terrible cuanto que con la nueva doc-

trina, que es la libertad ilimitada y sin excepciones, no sólo de los hombres, sino también de las naciones, era abolida la esclavitud. Muchos declaraban que la moderna doctrina no molestaba a nadie. Pero los sacerdotes se preocupaban de su continuo crecimiento y de que las muchas sectas que existían eran causa de que los templos estuviesen poco frecuentados y las ofrendas fueran de día en día más raras. Los sacerdotes, comprendiéndolo así, celebraron un consejo. Silvino convocó en su casa a sus colegas y senadores más importantes para acordar un plan de conducta. Silvino se esforzó en convencer a los senadores, que lo mismo se preocupaban de la seguridad del Imperio que de la religión cristiana, que del respeto a la ley, que del mantenimiento del orden. Todo dependía de la antigua religión, de la que el César era el jefe supremo. Los senadores se dejaron persuadir, y se acordó que Nerón, con los medios eficaces de que disponía, contuviera la difusión de los ritos secretos. Nadie supo señalar otro remedio contra los cristianos más que una severa persecución y un exterminio completo y leyes extrañas contra los extranjeros (1).

(1) Bárbaros.

Con este fin, los senadores Decius y Licinius se presentaron en casa de Nerón. César les dispensó buena acogida.

No pudiendo sufrir a los sacerdotes, le agradó aprovechar la ocasión para reirse de ellos. Además, en su afán de recoger las adulaciones y el incienso, pensó que le serían prodigados los más serviles elogios. Creía ser tanto como un Dios. Lo mismo que a un segundo Apolo, todo le estaba permitido, incluso hacer desollar vivo a Marsyas, porque cantaba demasiado bien... No sabía qué hacer de su vida y se agitaba como un loco... Séneca quiso rodearlo de sabios, hacer de él un filósofo y un retórico. Pero las garras del león se ocultaban bajo la toga. Y como una bestia, algunas veces, en su delirio enfermizo, se levantaba súbitamente y se convertía en un basilisco...

Los senadores fueron admitidos a la presencia del César. Al ver que iban a hablarle de cosas del Imperio, Nerón cambió de actitud. No admitía que nadie, ni en apariencia, pudiese compartir el poder con él. Por intentarlo, hizo envenenar a su madre, Agripina y a su primo Britanio. Odiaba a los patricios y a todos los hubiese exterminado de buena gana, para no reinar más que sobre el pueblo. Tenía por ofensa que los senadores pensasen cualquier cosa antes que él y le dieran conse-

jos... La sangre afluía a su rostro, sus ojos grises brillaban insanamente. Se incorporó de pronto sobre el lecho. Los senadores permanecían erguidos e inmóviles, mientras Nerón, siempre acostado y revestido de la púrpura tiria, parecía que con sus miradas pronunciara sentencias. Licinus, con bastante habilidad, en un discurso preparado de antemano, mostró las zozobras y los temores de que se lamentaban los buenos ciudadanos, no sólo por el Imperio, sino por la sagrada persona del César. Nerón se sintió hinchado de orgullo, y como la escena le proporcionaba un momento de distracción, se sentó sobre su lecho y despachó mensajeros a todas partes para convocar a los que eran de su agrado, a reunirse en consejo. Cornutus fué llamado también, a pesar de que no podía sufrirle. En cuanto a Séneca, el cual no fué llamado, se presentó allí. Nerón, al verle, se disgustó. Sin embargo, recibióle con aparentes grandes manifestaciones de afecto. Desde hacía algún tiempo, Séneca le era antipático. Su presencia molestaba a Nerón, quien ante él, se avergonzaba de sí mismo. Séneca no lo ignoraba pero se guardaba bien de alejarse de la Corte, por miedo a ser deportado... o a sufrir algo peor. Cuando llegaron todos los consejeros a quienes se

mandó llamar, Nerón ordenó a Licinus que repitiese su relato.

—Es notorio — dijo Licinus — que los cristianos se reúnen en las catacumbas, las antiguas excavaciones de donde Roma sacaba la piedra y la arcilla necesaria para sus construcciones. Allí, desde antiguo se juntan los esclavos y los malhechores, y los cristianos practican ahora sus afrentosos ritos cruzándolas de nuevas criptas que se extienden por la Vía Appia, con secretas entradas, discretamente disimuladas y dispersadas aquí y allá. Es como un Imperio sepulcral... Cerremos las entradas, tapemos con arena los intersticios... ¡Y que la muerte les sobrevenga por hambre y asfixia!... Persigámoslos por toda la ciudad, matémoslos sin compasión, no hagamos gracia a nadie, ni distingo de sexo o edad... ¡En fin, que el César promulgue edictos contra los adeptos de esta extraña superstición judía, y que sean oficialmente declarados enemigos del Imperio!

Casi todos estaban conformes en hacer un exterminio general. Séneca fué el único que opinó que, ante todo, se les debía asustar, impidiendo que se derramase demasiada sangre. Llegó el turno a Cornutus.

—Este — dijo Nerón, señalándole con el

dedo — dirá la verdad sin preocuparse de la opinión general...

—Sí que la diré, César. La verdad pertenece a los Césares... y yo la diré,... Si tú te hallas enfrente del engaño y del error, todo lo que tú decretarás será justo y bueno. Pero si, por el contrario, tienes ante ti la verdad, tus juicios quedarán sin valor.

—¿Osarás sostener — interrumpió Licinius — que esa superstición está apoyada en la verdad?

—¿De dónde deduces tú que sea falsa? — intervino Séneca—. Nosotros no la conocemos. ¿Quién de vosotros es cristiano para que nos ilumine?

—¿Quién alterna con los cristianos? — añadió Cornutus—. Entre nosotros, nadie. Por eso sólo sabemos lo que sabe el vulgo, el cual, en su credulidad, repite todas las leyendas que le cuentan. Yo no afirmo que la verdad resida en esta religión, pero tampoco puedo garantizar que no exista en ella... Y aun cuando no tenga más que un átomo de verdad, ni la persecución ni la sangre la detendrán, y la verdad alcanzará el triunfo.

—¿Cuál es el medio de acción que tu aconsejas, Séneca? — preguntó Nerón.

—Contra la verdad no hay nada — respondió el filósofo con calma.

—¿Ni aun con todo mi poder?

—Ni aun todo tu poder, César. Tú puedes abatir mediante las armas y el fuego países enteros, pero no decapitarás una verdad eterna. Si tú crees ahogarla en su cuna, al día siguiente renacerá de nuevo.

Nerón palideció y mordióse los labios. El no quería ser solamente Apolo.

También quería ser Hércules.

—¿No soy yo todo poderío? — preguntó.

—¡No, César! Tú puedes quitar la vida, pero no tienes facultad para darla. Unicamente los dioses pueden crear.

—Entonces, ¿tú no admites que yo soy un dios?

—Te reconozco dios sobre la tierra, César — replicó Lucio Anneo, — pero tú no eres Aquel que, desde lo alto del cielo, reina sobre todo el Universo.

Los dos callaron. Después, alzando la cabeza, Séneca repitió:

—La persecución, la sangre corriendo a torrentes, el reinado de la sospecha y el espanto, todo eso es bueno contra los bárbaros, pero impotente contra la verdad.

—¿Es que tú también te has hecho cristiano? — preguntó Licinus burlonamente.

—Hasta aquí, no—repuso Séneca con tran-

quilidad—. Si su Dios me pareciese el Dios de la verdad, cristiano sería.

César guardó silencio. Las demás opiniones fueron hostiles a los cristianos.

Se decidió exterminarlos a todos. Nerón les cerró la boca, declarando que él por sí solo se bastaba para encontrar medios. En el momento en que iban a retirarse, Silvino añadió aún:

—No menosprecies, César, la gravedad del asunto. ¡Quién sabe si en tu misma Corte, entre tus pretorianos, entre tus libertos y entre tus servidores, existen ya infinidad de cristianos secretos!

Nerón pareció preocuparse por esta suposición. Algunos instantes después ya no pensaba en nada de eso. Cogió su laúd, y se puso a cantar la Toma de Troya. Adornado con una diadema dorada, corrió a su Circo del Vaticano, tomó un baño, regresó en seguida al Palatino y escribió algunos versos, siempre cantando a media voz. Durante su comida de la tarde ninguna arruga apareció en su frente. Por el contrario, mostró una alegría nerviosa y excesiva: esa alegría que precede a las grandes cóleras. Habló con frecuencia de su proyecto favorito de la reconstrucción de Roma, y de darle el nuevo nombre de Nerópolis...

NERÓN INCENDÍA A ROMA



DESPUÉS de los últimos escándalos que hicieron enrojecer de vergüenza a todos los romanos honrados, Nerón se puso en viaje. Mil carros llevaron detrás de él su teatro; falanges de esclavos los útiles para los festines, hilos de púrpura y anzuelos de oro para la pesca. Hasta las estatuas predilectas. Centenares de mulas y caballos cubiertos de escarlata y con campanillas de plata.

Cuando Nerón regresó de Actium, en donde dió orden de incendiar a Roma, contemplando el incendio con éxtasis desde la Torre de Mecenas, el único barrio que no había sido destruído, exclamó aplaudiendo:

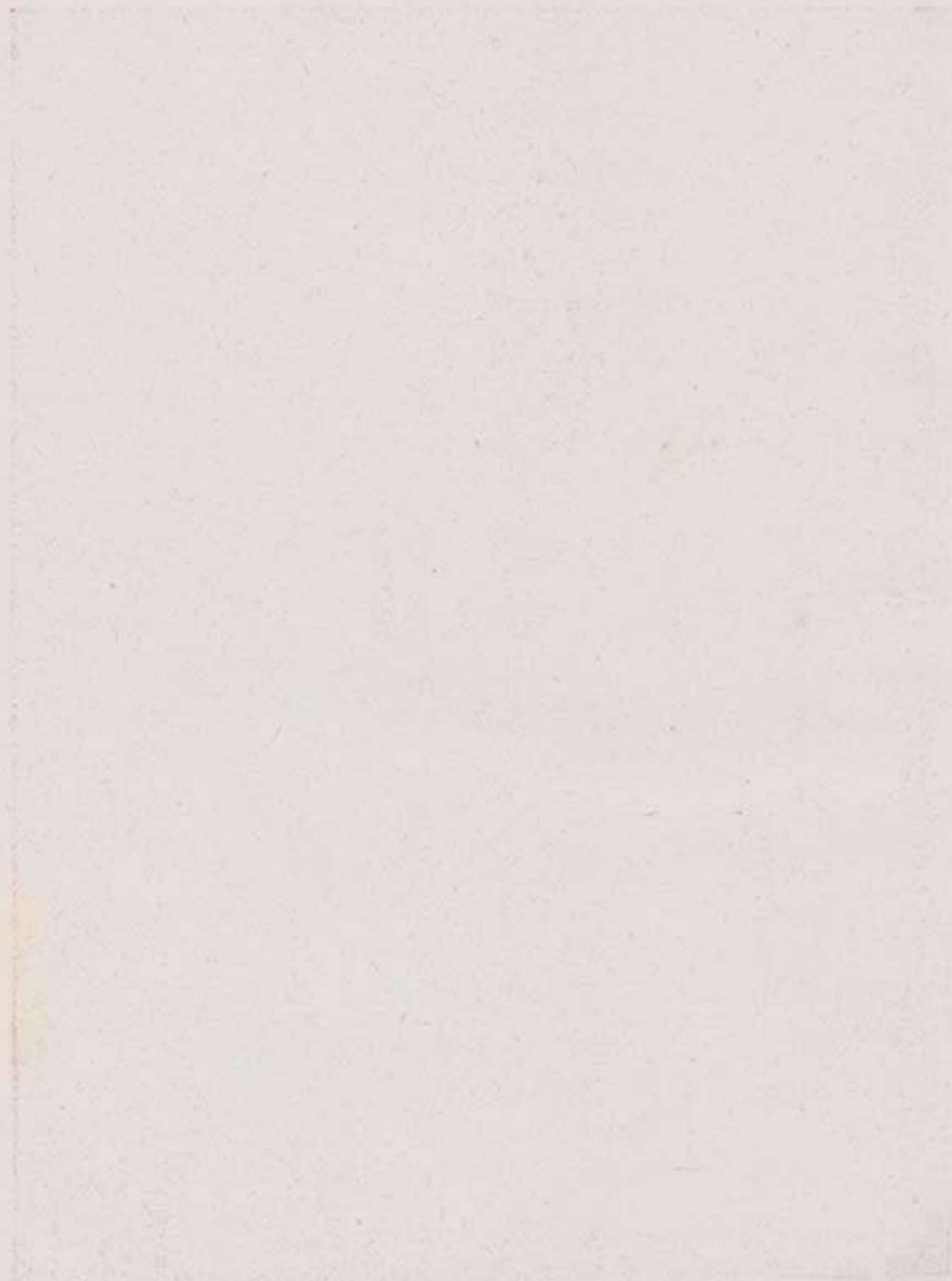
—¡Qué soberbio espectáculo! ¡Qué magnificencia! ¡Qué esplendor! ¡Qué me traigan mi lira! Mi lira inmediatamente.

Apenas la tuvo en sus manos, rompió a cantar la Toma de Troya, deteniéndose a cada instante, como para escuchar los lamentos y gritos que llegaban de la calle... Tal era su desvarío que creía tener ante sí las ruinas de Ilión... Batía palmas, gritaba, temblaba. Al descender de la torre dejóse conmover por la contemplación del desastre y, lanzando maldiciones, comenzó a ocuparse de la suerte de los que carecían de abrigo. Hizo levantar barracas y viviendas en el Campo de Marte, dió orden de abrir el Templo de Agripina, de distribuir el trigo de los almacenes y de repartir dinero. En la casa del César todos guardaban un triste silencio. Únicamente él aparentaba alegría. Fué haciendo preguntas a todos, sin olvidarse de los esclavos, para saber las causas del incendio. Nadie respondió. El silencio fué elocuente... Nerón pareció comprenderlo y se puso sombrío. Después, dijo:

—El César solamente sabe lo que significa este incendio de Roma que toda el agua del Tiber no hubiera bastado a contener. Las llamas, propagadas a infinidad de casas, han asfixiado sus habitantes o aplastado entre los escombros a los que trataban de escapar, lanzando rugidos de fieras. Roma es castigada porque tolera la religión impía venida del ex-



...rompió a cantar la toma de Troya...



tranjero y la permite propagarse... ¡Son los cristianos los causantes de la catástrofe! Desde hace tiempo predecían el fatal acontecimiento... y son ellos quienes lo han realizado. ¿Me entendéis?... ¡Son ellos! Es un castigo que los dioses nos envían... Sólo la sangre de los cristianos puede contener la ira de los dioses. Les perseguiremos pues terrible y despiadadamente. Haremos un completo exterminio. He dado órdenes de prender a todos los que no renuncien a sus supersticiones, y de lanzar a las fieras a los que no pasen por la mano del verdugo. Que se quemem como Roma se ha quemado por su culpa. El pueblo concluirá por calmarse, y los dioses se dejarán aplacar. Nosotros reconstruiremos la ciudad, y será cien veces más hermosa... Antes no había más que cabañas miserables, calles estrechas, indignas del pueblo romano, donde no se podía respirar. Levantaremos una ciudad de Césares, para un pueblo de Césares. Templos... Plazas... Termas...

Roma siguió ardiendo. Las llamas se extendieron hasta que no encontraron nada a que comunicarse. Las tres cuartas partes de la capital estaban ardiendo. Nerón se mostraba lleno de atenciones con el pueblo, pero reprendía enérgicamente a los patricios si se quejaban de sus pérdidas y volvía la espalda

a los senadores. La irritación contra él era inmensa. El incendio que destruyó la cuna de Rómulo y Remo (1) que devoró inmensas riquezas duró seis días y siete noches.

Los prisioneros de guerra del Imperio acababan de ser requisados para edificar sobre el Palatino y sobre el Esquilo la casa de oro del César, en la que quería encerrar todo lo que hubiese en el mundo de más raro y precioso.

En el Circo comenzaron de nuevo las fiestas. Para pasto de las fieras se prendieron cientos de cristianos.

Reunidos en Asamblea en casa de Chysippas algunos senadores y patricios, expresaban sus sentimientos de esta manera, con respecto a Nerón.

—¿Y seguís mano sobre mano — decía uno — cuando cada momento de retraso causa mil víctimas entre vosotros? Cuando la locura de este hombre, mejor dicho, de este monstruo, traspase todos los límites, cuando falten palabras con que calificar sus crímenes, vosotros os dejaréis aplastar por completo, permitiréis que él deshonne y manche nuestros altares y despoje nuestros templos... No tendréis bastante fuerza para abatir a ese hom-

(1) Fundadores de Roma.

bre feroz que os aniquila sin piedad? ¿No os basta que haya hecho perecer a su madre, a Britanio, al hermano de su mujer, que haya organizado innobles orgías, que haya destruído a Roma? ¿Es que tendréis la curiosidad de saber lo que puede aún intentar su locura y lo que la vileza de nuestro espíritu puede llegar a soportar?

Cornutus no era partidario de confabulaciones secretas. Aconsejó se tratara el asunto abiertamente, reuniendo al Senado y declarando a Nerón enemigo de la República. Las opiniones se fueron manifestando. Algunos aconsejaban que lo mejor era lanzarse sobre Nerón un día que cantase en el teatro y asesinarle en presencia de todos los conjurados. Otros eran partidarios de una emboscada nocturna; de aprovechar una de sus frecuentes incursiones. El sitio y la hora se sabría merced a confidencias de Séneca. Epicharis fué más explícito. Propuso que Pisón lo invitase a su villa de Bais, a una de las casas de las inmediaciones de Mirene, y que Nerón fuese esperado para sufrir el castigo en el mismo lugar donde fué envenenada su madre. Pisón se negó a ofrecer hospitalidad al César, horrorizado ante la muerte que había imaginado para los cristianos, cuya persecución había comenzado ya con una crueldad espanto-

sa. En las tertulias se decía que Séneca, silencioso de ordinario, conversaba con sus confidentes de la admiración que le causaban los cristianos, por más que sólo asistiera dos veces a la inmolación de algunas docenas de víctimas. Se retiró por completo al campo, rehuyó la Corte, renunció a su influencia sobre el César. Nerón le habló de su reconocimiento y lo despidió amablemente.

—¡Que los dioses te sean propicios, César!
— saludó Séneca.

—¡Salud! — respondió el emperador—. Hoy vamos a echar más cristianos a las fieras — y soltó una feroz carcajada—. Acabaré con esa raza maldita de revolucionarios.

—César, yo estoy viejo y enfermo...

—¿A qué viene eso?

—A que ya no puedo desempeñar el cargo que me encomendaste... Siento que de día en día me faltan las fuerzas y te ruego me sustituyas. Yo te cederé parte de la fortuna que te debo.

—No te preocupes por esas minucias. Buscaré otro colaborador.

—Ten entendido, César que mi hacienda es tuya incondicionalmente. Si tienes necesidad de mis consejos siempre te los daré sinceramente, apoyados en las bases morales de la verdad.

—Sí, ya conozco tu estoicismo.

—Procuro cumplir lo mejor que puedo las normas de mi doctrina.

—Espero verte esta tarde en el Circo.

—Iré, César, aunque esos espectáculos no son muy de mi agrado.

—¿Lo dices por el derramamiento de sangre?

—Sí. Creo que todos los hombres tienen derecho a la vida.

Séneca anhelaba dar fin a sus inquietudes. Sabía que en el Palatino sólo era un testigo molesto, cuya mirada y hasta cuyo silencio ofendían y humillaban. En voz baja se murmuraba que, por orden suprema, Cleoninus, su liberto, le administró un veneno, pero que a tiempo se le pudieron dar los remedios necesarios. Desde entonces, el anciano filósofo no se alimentaba más que de frutos y de agua que él mismo iba a buscar a las fuentes y a los campos. La opinión estaba conforme en predecirle una muerte próxima. Sólo una cosa podía salvarle: el ardid de Pisón. Y la gente se preguntaba: ¿“Es posible que Pisón haya confiado a Séneca el secreto? No son más que un retórico y un sofista. No son hombres que puedan hacer cambiar el aspecto del Imperio: uno cantaría los hechos consumados; el otro haría un sabio análisis”.

Sin embargo, Séneca, tan circunspecto de ordinario, viendo las atrocidades cometidas por Nerón, pronunció la palabra “sacrilegio”. Los demás guardaron silencio.

Y MURIÓ EL SABIO



AL enterarse Nerón del complot tramado contra él, se agitó terriblemente, condenando a muerte, enviando a todas partes mensajeros con crueles sentencias. El Senado se mostró vergonzosamente complaciente aprobando las listas de proscriptos, para no correr él la misma suerte.

Nunca, desde el advenimiento de Nerón, se había vertido tanta sangre. Innúmeros fueron los conspiradores condenados. Lucano, el gran poeta, fué sentenciado a muerte.

Nerón le odiaba desde hacía tiempo, celoso de su gloria, por más que se había propuesto cantar la historia entera de Roma.

Todos sabían que Lucano estaba amenazado de muerte, ¿quién hubiese creído que el

que cantó los fastos de los grandes hombres se mostrase tan cobarde frente al momento supremo? Sometido a tortura, se igualó a Nerón. Este hizo matar a su madre: Lucano denunció a la suya como mezclada en la con-fabulación.

La vida de Séneca estaba amenazada, como la de todos los virtuosos. El filósofo había tomado ya sus disposiciones: un baño caliente estaba de continuo preparado, y era leyendo o hablando de la muerte como se preparaba a morir.

Nerón envió a llamar a Silvius Flavius, tribuno de la cohorte de los pretorianos, quien hizo oír al César durísimas verdades.

El César le reprochó duramente el haber faltado a su juramento de fidelidad.

—Te desprecio — repuso Flavius—. No has tenido un soldado más leal que yo, mientras mereciste mi admiración. He empezado a odiarte desde el día en que te hiciste parricida, asesino de tu mujer, incendiario...

Enfrente de la muerte, dió tales muestras de valor, que el verdugo temblaba, costándole gran trabajo dar muerte a la heroica víctima.

El sol marchaba a su ocaso. Por el cielo pasaban algunas nubes... de pronto, como un milagro, las nubes blancas se deshicieron y

un rayo de sol ardiente bañó con su luz la casa del filósofo.

Séneca esperaba al centurión que le trajera su sentencia de muerte. Lo recibió con gran estoicismo. El arquero neroniano, antes de entrar en su casa, se entretuvo, por cortesía, para dar a Lucio Anneo el tiempo necesario a matarse por sí mismo. Así es que, creyendo hallarle ya muerto, se admiró al ver que le recibía sentado tranquilamente.

—¿Sabes — le dijo — a qué vengo?

—Sí. Cumple tus órdenes — le respondió Séneca.

—¿Por qué no lo has hecho ya? — contestó el soldado—. ¿Es que no tienes bastante valor?

—Le tengo. Espera un momento...

Y con ese refinamiento que en el arte de morir se había adquirido en Roma, logrando que la muerte se asemejara a una grata siesta, el filósofo admirable, se metió en el baño tibio abriéndose las venas...

Cuando sus manos y sus pies comenzaron a enfriarse, tuvo aún bastante presencia de ánimo para decir con voz débil:

“—Gracias a la muerte, es más apreciable la vida”.

“¡Cuántos beneficios nos reporta una muer-

te oportuna, y a cuántos ha perjudicado una vida excesivamente larga!”

Paulina, la esposa de Séneca, sollozaba en un rincón. El filósofo iba empalideciendo, muriendo. Aún tuvo tiempo para decir:

“No soy desgraciado. No es posible en mí la desgracia. Cada uno puede hacerse feliz a sí mismo”.



